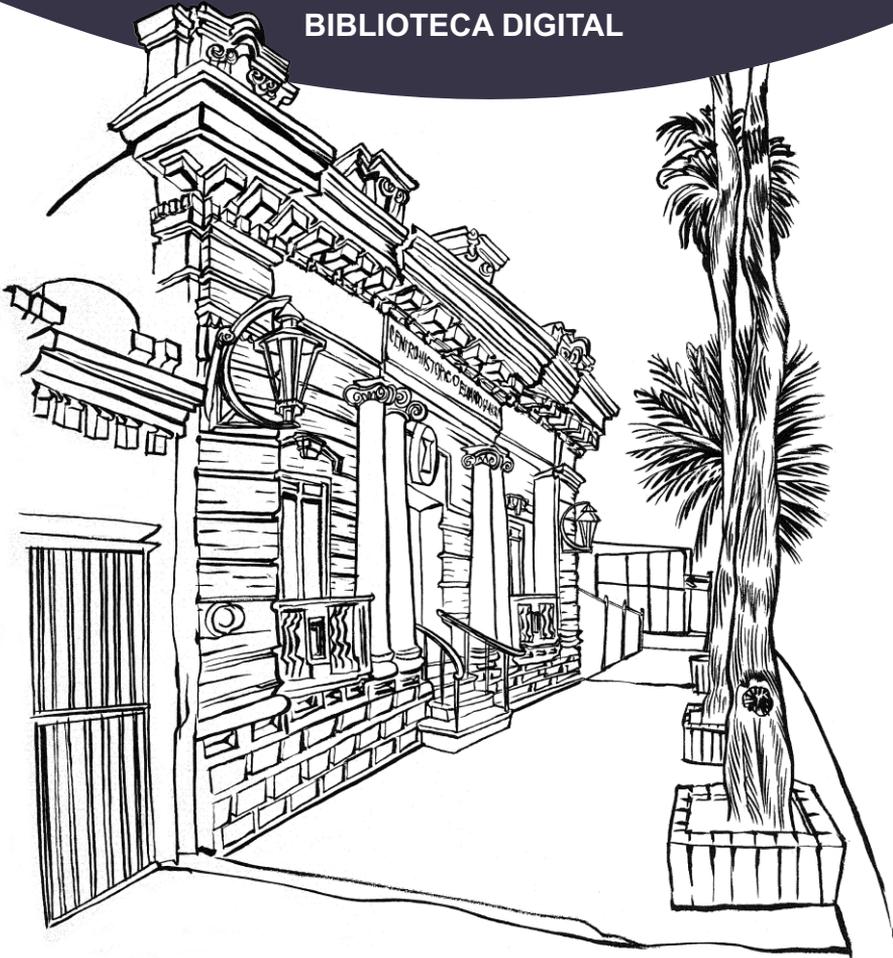




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13

www.torreon.gob.mx/archivo

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC

Joaquín Sánchez Matamoros

Espigas de oro de la historia



Patronato del Teatro Isauro Martínez
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Programa Cultural de las Fronteras
Instituto Nacional de Bellas Artes

Cuesta de la Fortuna

Espigas de oro de la historia

Joaquín Sánchez Matamoros

Espigas de oro de la historia

**Patronato del Teatro Isauro Martínez
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Programa Cultural de las Fronteras
Instituto Nacional de Bellas Artes**

Portada: Felipe Garrido/Armando Lira
Fotografía: Juan José Márquez

Primera edición, 1990

© D. R. 1990, Patronato del Teatro Isauro Martínez
Galeana 73 Sur, Torreón , Coah.

Impreso y hecho en México

Carta a Joaquín Sánchez Matamoros

Distinguido y fino amigo:

Leer su libro ha sido una sorpresa gratísima. Yo conocí algunas de sus Espigas en *El Siglo de Torreón*, pero la impresión que causan una vez reunidas es totalmente diferente, y mucho más intensa, que la que se tiene en la publicación espaciada del periódico.

No voy a detenerme en la pulcritud de sus escritos, el cuidado con el lenguaje, el gusto por palabras de poco uso, ni la sabiduría para narrar con una atingencia que algunos calificarán de anacrónica, pues éstas son virtudes que todos le conocemos de tiempo atrás. Voy, y tal vez también esto será tachado de anacrónico, a referirme al valor moral de su obra.

En un tiempo dolorosamente marcado por el cinismo y el escepticismo, usted nos propone repetidamente la veneración de lo heroico; lo heroico excepcional y lo heroico cotidiano. La fe en el esfuerzo personal, en la esperanza, en la capacidad de mantener la mirada fija en el ideal; la convicción de que la voluntad puede transformar el mundo y, lo que es aún más asombroso, la vida de las mujeres y de los hombres, se desprende de sus escritos como una tonificante lección que nos orilla a asumir una actitud constructiva.

“Sobreponerse al infortunio —aprovecho palabras que usted escribió—, nadar contra la corriente de la desventura sin que el ánimo se acobarde; trepar a pulso por la escarpada vertiente de la desdicha, hincando con fe las uñas en las ligeras anfractuosidades de la montaña para llegar por fin a la cumbre, es algo reservado para los espíritus fuertes, para los mártires y para los héroes.” Más me admira que usted sosten-

ga este credo estoico y esperanzado con amenidad patente y, a veces, con un delicioso sentido del humor.

Espero que su libro encuentre muchos lectores; que los encuentre también entre los jóvenes, que necesitan escuchar voces como la suya, capaces de enfrentarse con buen éxito a la corriente de catastrofismo y decadencia que nos envuelve. Me alegro de haber leído este libro y de haber estrechado a menudo la mano que lo escribió.

Felipe Garrido

A manera de prólogo

En los últimos años el quehacer periodístico ha tenido un aceleramiento de vértigo. Reporteros, redactores y comentaristas, ya no se acomodan poltronamente frente a la vieja Remington y, liando cigarrillo tras cigarrillo, narran los acaeceres provincianos o amplían los mensajes telegráficos del extranjero.

Hoy, frente a veloces computadoras, han de dar rienda suelta a la imaginación y presteza a los dedos para redactar sus notas a un ritmo trepidante, sin casi tiempo para echarle un segundo vistazo a la pantalla del veloz aparatito.

Estas *Espigas* fueron concebidas y estructuradas frente al escritorio del periódico *El Siglo de Torreón*, a las volandas, sin pretensiones literarias, sin vanidades de historiógrafo; pero procurando, eso sí, que en cada una de ellas se incluyera algún mensaje de fe y esperanza, de sano orgullo nacionalista, o de ocurrencias extranjeras capaces de inspirar solidaridad fraternal.

Para mayor acercamiento con los lectores modernos, tan apresurados como nosotros, hemos recurrido, con frecuencia, a la prosa coloquial, imitando con todo respeto a Larra y Azorín, o echando mano del lenguaje dulce, tierno, afable pero épico de Manuel Gutiérrez Nájera o Mónico Neck, con las naturales limitaciones de un periodista provinciano.

Si estas *Espigas de oro de la historia* contribuyen, de algún modo, a estimular entre nuestros jóvenes estudiantes o aun entre los muy atareados profesionistas, el culto por la historia y por la cultura lagunera en general, me daré por muy satisfecho.

Joaquín Sánchez Matamoros

¿Quién fue el niño héroe que se arrojó envuelto en la bandera?

—Papá —me preguntó ayer María del Rosario— ¿cuál de los niños héroes fue el que se envolvió en la bandera y se arrojó desde lo alto del Castillo de Chapultepec, en la invasión norteamericana?

—Hay controversia sobre eso —contesté—. La tradición oral, la más propalada y la que tiene más arraigo en el pueblo, sostiene que fue Juan Escutia, un joven subteniente de artillería, quien había ingresado al Colegio Militar el 8 de septiembre de 1847, apenas cinco días antes de la epopeya. Su cadáver fue hallado en la falda del cerro que mira al oriente, junto al cuerpo de otro niño cadete, Francisco Márquez.

Esa tradición afirma que Juan, oriundo de Tepic, Nayarit, estaba de guardia en el edificio del colegio; que cuando éste fue atacado por las tropas invasoras y la situación se volvió insostenible, tuvo temor de que la bandera cayese en poder del enemigo, por lo que se envolvió en ella y se arrojó desde lo alto, para estrellarse contra las rocas.

—¿Dices que hay otras versiones?

—Sí, hija. También se dice que quien se arrojó envuelto en el lábaro patrio fue el cadete Fernando Montes de Oca. En su expediente, que se muestra a quienes visitan el castillo, hay una anotación que expresa: “Alumno Fernando Montes de Oca, muerto por la patria el 13 de septiembre de 1847, al saltar por la ventana que daba al rancho de Anzures para incorporarse al resto de los alumnos que defendían la entrada del bosque desde el Jardín Botánico. Fue cazado por los americanos que ya se habían adueñado de la azotea del castillo. Su ca-

dáver quedó tirado por tres días. De este alumno se dijo que se había envuelto en la bandera y se había suicidado, arrojándose desde la azotea para no verla en poder del enemigo”.

—Pero en esa misma nota —comentó Rosario— hay una contradicción aparente. Dice allí que Fernando saltó por una ventana para unirse a sus compañeros, no para suicidarse. Y además se agrega que fue cazado; es decir, muerto a balazos por los irruptores, de lo que se deduce que no falleció por el golpazo de la caída.

—Por otra parte —agregué— en el final de la misma nota se aclara que de ese alumno “se dijo” que se había envuelto en el pendón, etc.; es decir, que la versión es también oral, como la otra...

—Pero —interrumpió Rosario— ¿no crees que en la gesta heroica de la defensa del Castillo de Chapultepec hay suficiente gloria, tanto para Juan Escutia como para Fernando Montes de Oca?

—¡Claro que la hay! Y bastante queda aún para amortajar gloriosamente al oficial Juan de la Barrera y a los otros cadetes, Francisco Márquez, Vicente Suárez y Agustín Melgar. Todos ellos sabían del poder incontrastable del ejército yanqui. Conocían que la pelea iba a ser a muerte y en condiciones sumamente desventajosas para ellos; y aún sabiéndolo, se negaron a cumplir la recomendación del general Mariano Monterde, quien quería que los niños se retiraran a sus casas. Fueron los propios cadetes quienes se empeñaron en permanecer en sus puestos...

—El valor de esos jóvenes imberbes —subrayó mi hija— era de 24 kilates, como el oro más puro; su espíritu de sacrificio tuvo un oriente luminoso y purísimo, como el de las perlas legítimas. Pero, dime: ¿hay en la historia universal algún otro caso en que por no perder la bandera se recurra mejor a la muerte?

—No exactamente iguales, pero los hay parecidos. Casi todos de personas adultas. Oye, por ejemplo, éste: en 1536 un guerrero indígena llamado Cahui se unió al inca Manco II para luchar contra los conquistadores españoles. Haciendo gala de una bravura impresionante, tomó en lucha sangrienta la fortaleza de Sacsahuamán, en el Cusco, derrotando a los

teules. Pero luego los hispanos sitiaron la fortaleza con fuerzas muy superiores y la caída del punto se volvió irremisible. Los atacantes le intimaron la rendición, pero Cahuide se rehusó a considerarla siquiera. Y cuando la lucha de veras se tornó imposible, Cahuide se cubrió la cabeza con el manto y se arrojó desde lo alto de la fortaleza, pereciendo instantáneamente.

—Bueno, aunque su manto no fuese una bandera, el espíritu del caudillo indígena era también indomable.

—Lo era, hija, como debió serlo también el del niño Bariato que...

—Un niño... ¿dices? Entonces, este tipo de sacrificio heroico ¿no es privativo de la madurez o de la senectud en todo el mundo? ¿También lo han practicado infantes o adolescentes?

—Aguarda a que oigas lo que sigue: dice la historia que por más de 20 años los habitantes de Numancia, una antigua población española, cerca de Soria, resistieron los ataques de las legiones romanas. Se agrega que fortificados en el cerro de Garray, cerca de la confluencia de los ríos Duero y Merdanchó, rechazaron todas las embestidas de las tropas mandadas por Fulvio Nobilior, Claudio Marcelo, Pompeyo, Popilio Lenas y Hostilio Mancinas, todos los cuales fracasaron en sus intentos de tomar la población.

Entonces los romanos enviaron a su mejor guerrero, Escipión Emiliano —el destructor de Cartago—, quien renunció desde luego al ataque frontal en que habían fallado sus antecesores, y decidió rendir por hambre a la tozuda ciudad, la cual fue rodeada por vallados y muros con torres que formaban una línea continua. Además, desviaron el curso del río para dejar sin agua a la población.

El sitio duró 15 largos meses (en los años 134-133 antes de Cristo). Acosados por el hambre y la sed, y diezmados por las enfermedades, los numantinos decidieron no rendirse jamás. Para ello, incendiaron la ciudad, y mientras unos se lanzaban sobre los romanos para morir combatiendo, otros, ancianos, mujeres y niños, formaron una enorme hoguera y se lanzaron a ella, pereciendo achicharrados...

—¿También los niños?

—También. Ahora, fijate en esto: en *La Numancia*, tragedia en verso escrita por Cervantes y cuyo nombre completo es *Comedia del cerco de la Numancia*, y en la que el autor utiliza personajes simbólicos y reales, se relatan las angustias de los numantinos y su heroica decisión de morir antes que rendirse. En la tragedia se narra que tras del holocausto de toda la población, sólo queda vivo un niño muy pequeño, llamado Bariato, al que los invasores ven corriendo por las azoteas de las pocas casas que aún se mantienen en pie.

Escipión Emiliano manda que lo atrapen vivo, porque lo necesita para exhibirlo en su desfile triunfal, a su regreso a Roma. Los soldados cercan a la criatura y cuando están a punto de capturarla, Bariato se arroja al vacío, desde lo alto de una torre. ¡Él también siguió el ejemplo glorioso de sus mayores! ¡Él también prefirió morir, antes que doblegarse!

Mientras que yo me encaminaba a la biblioteca, oí que María del Rosario evocaba el poema de Amado Nervo:

Como renuevos cuyos alifios
un viento helado marchita en flor,
así cayeron los héroes niños
ante las balas del invasor...

Las albacoras del patriotismo

Absorto en la lectura de la *Enciclopedia de Ciencias Naturales* no advertí la llegada de mi hijo Luis Enrique sino hasta que, al posar su mano sobre mi hombro, me dijo:

—Ese soberbio pez que contemplas, es atún, ¿verdad?

—Es una albacora —respondí—, miembro de la familia de los escómbridos, de la que forman parte los atunes y los bonitos. ¿Sabes por qué me fascina y suelo pasar largos ratos examinando su belleza de líneas muy perfiladas, su cuerpo corto y nervioso, su color azul metálico en el dorso y plateado en el vientre?

—Será porque su carne blanca es deliciosa, al grado de que a las albacoras se les conoce también con el nombre de “pollos del mar”...

—No, hijo. Lo que admiro en este pez es su valor indomable, su espíritu de pelea, su vigor increíble. En el deporte de la pesca se ha vuelto clásica la resistencia que opone cuando es atrapado con el anzuelo. Lucha denodadamente, se sacude con vigor suicida, vuela por los aires en saltos descomunales y luego se sumerge a profundidades muy considerables. Izarlo a la superficie es una tarea de romanos, sobre todo para los pescadores novatos. El tironeo es tan fuerte y prolongado, que a veces el sedal se rompe, o se destroza el hocico del animal y éste nada libre, a una velocidad de vértigo. La captura de las albacoras es una de las diversiones preferidas en los mares de Baja California durante los meses de la primavera.

—La tozudez de este animal —observó Luis Enrique— debiera servir de ejemplo a esos hombres pusilánimes que se amilanan en cuanto se ven delante de la adversidad; que se acobardan y achican apenas tropiezan con los primeros obstáculos que les opone el destino. Un hombre que rechazara tan endiablada y valerosamente como las albacoras los intentos de esclavizarlo, merecería, a no dudarlo, el calificativo de héroe.

—Por fortuna —dije— la especie humana también ha producido seres denodados hasta la temeridad. Hombres que, atrapados por la desgracia, se han jugado la vida hasta voltear la última carta. Uno de ellos, si no me falla la memoria, lo fue el coronel peruano Francisco Bolognesi.

”Hacia 1880 Perú y Chile se hallaban en guerra por la espinosa cuestión de Tacna y Arica. Una disputa de tierras. En esta última ciudad, el general Baquedano, al frente de 5,000 soldados chilenos, puso sitio a la plaza, la que era defendida por Bolognesi y 1,200 hombres del Perú. La lucha fue tremenda. Y cuando los defensores tuvieron conocimiento de que no podrían recibir auxilio alguno; cuando pólvora y pan escasearon a ojos vistas; y cuando el enemigo les hizo llegar la proposición de que se rindieran con todos los honores de la guerra, Bolognesi y los suyos —verdaderas albacoras del patriotismo— la rechazaron indignados. Y decidieron morir an-

tes que someterse. Y tomando a partir de entonces la iniciativa, saltaron de sus parapetos y se lanzaron a un ataque suicida... La pelea cesó poco después cuando todos aquellos héroes quedaron esparcidos y destrozados sobre el campo de batalla."

—Yo recuerdo —interrumpió mi hijo— que en 1916, durante la primera Guerra Mundial, el capitán francés Charles de Gaulle, al mando de la Décima Compañía, quedó atrapado en el vértice de la saliente de Verdún. La orden de retroceder le había llegado a todos los destacamentos, menos a él. Y como ignoraba tal mandato y sí tenía presente la orden previa de sostener la posición aún a expensas de la vida, se aferró tenazmente a su puesto. Muy pronto su grupo se vio rodeado por las divisiones alemanas. Aislados de los suyos y acosados por todas partes, las albacoras francesas no pensaron jamás en rendirse. Pero el colmo del valor fue que De Gaulle ordenó a sus hombres calar bayoneta y se lanzó con ellos a una lucha homérica, imposible, absurda, pero gloriosa. Los pocos héroes que sobrevivieron a la epopeya quedaron sobre el campo, muy mal heridos.

"El general Luis Felipe Petain, al condecorar meses después a De Gaulle con la Cruz de Caballero de la Legión de Honor por su intento suicida de retener el vértice estratégico que tenía a su cuidado, dijo con emoción: '...Cuando su compañía, sujeta a terrible bombardeo, estaba diezmada y rodeada, el capitán De Gaulle lanzó a sus hombres a un furioso asalto y a una feroz lucha cuerpo a cuerpo, la última solución que él juzgó compatible con sus sentimientos respecto al honor militar.'"

—Otro ejemplo admirable —dije a mi vez— de lucha desesperada y empecinada, es el del marino español Blas de Lazo, quien se distinguió por su valor increíble en 1704, combatiendo en Málaga contra las tropas inglesas y holandesas; y luego en los sitios de Tolón y Barcelona; y en la expedición contra Mallorca. En cada uno de esos épicos combates, Blas fue herido de gravedad, pues se exponía demasiado. Perdió la pierna siniestra, luego el ojo izquierdo y después el brazo derecho. Pero tales desgracias no apocaron su ánimo ni doblegaron sus bríos.

“En 1741, en la batalla final de su vida, defendiendo heroicamente el puerto de Cartagena de Indias contra el ataque de las tropas inglesas que mandaba el almirante Vernon, echó el resto. Dice la historia que cuando Blas cayó para no levantarse más, estaba salvajemente acribillado de heridas y que en todo momento fue el más denodado y furioso combatiente, siempre al frente de bizarros contrataques.”

—En el caso de esos héroes —exclamó mi hijo— se trata de hombres que habían mordido el anzuelo fatal de la desgracia, pero que, al saberse atrapados, se revolvían contra su sino maldito. Seres que —como las albacoras— aletean y saltan, se debaten y agitan tratando de romper el sedal o de romperse a sí mismos el alma...

—Otro caso esplendoroso —agregué— de espíritu de lucha, de fe en sí mismo, de corazón rebosante de temeridad, lo dio el esclavo nómida Espartaco, quien hizo que los gladiadores del circo romano en vez de pelear a muerte entre sí, lucharan en contra de sus opresores, que eran los conquistadores del mundo, buscando alcanzar su libertad. Y cuando estaban rodeados por las legiones de Creso y a punto de dar la batalla final, Espartaco hizo traer su caballo —única esperanza de huida en caso de ser derrotados— y lo hizo degollar, diciendo: “Si venzo, me sobrarán caballos; si soy vencido, no necesitare éste, porque no huiré”.

“Y no huyó. Cayó vendiendo muy cara su vida y haciendo gala de un valor y una fortaleza verdaderamente admirables.”

—Las albacoras humanas —comentó Luis Enrique— han sido grandiosas en su sacrificio y sublimes en su glorioso ejemplo. ¿Rendirse sin luchar? Eso —ya lo sabemos por las albacoras— es algo que no reza nunca en el mar. ¿Por qué, entonces, habría de ser una odiosa verdad entre los hombres?

Mexicanas excelsas

Óscar, mi hermano mayor, acababa de llegar ese día 15 de septiembre de 1932 de El Salto, Dgo., con tiempo apenas para asistir a la inauguración del Estadio de la Revolución, obra del gobernador en turno, Nazario S. Ortiz Garza.

—¿Tienes los boletos? —me preguntó ansioso, antes de siquiera tenderme la mano.

—¡Míralos! —le dije—. Ya sabía que, como buen beisbolero que eres, no querrías quedarte sin ver el primer juego nocturno de beisbol en toda América Latina.

—¡Claro! Pero si deveras me conoces, sabrás que me mueven, además, otros antojos: quiero contemplar el rostro de la reina Ofelia Larriva, que me dicen es lindo y arrebatador; y oír de nuevo la voz prodigiosa e inigualable de Fanny Anitúa.

—Por lo que veo —contesté— no has olvidado la noche en que la escuchamos embelesados en 1923.

—¿Cómo podía olvidarla? Las cosas sobrenaturales se fijan indeleblemente en las retinas y en el corazón. Fue en el teatro Princesa de esta ciudad. Su poderosa voz de contralto pareció que llenaba el teatro, y estremecía las paredes. Tuve la sensación de que sus arpegios y trinos eran cosa divina y que el volumen de sus magistrales sobreagudos no cabía en la amplia sala...

—¿Qué te gustó más en esa velada, el solo del coro de *El trovador* o el aria de *La traviata*?

—Las dos me deleitaron igualmente porque la música de Giuseppe Verdi es alucinante. Pero lo que me dejó turulato, lo que totalmente me volvió tarumba, fue la interpretación que hizo del *Orfeo* de Gluck. Unas notas endiabladas, pero sublimes que estremecieron todo mi ser. Te juro que si en esos momentos hubiese estado yo sobre el tablado, habría caído de rodillas ante la fantástica diva...

—Ese *Orfeo* —comenté— es deveras precioso. Por cierto que uno de los timbres de gloria para el tenor español Julián Gayarre —uno de los mejores del mundo— fue haber podido cantar, sin esfuerzo aparente, la parte de la contralto en esa

obra cumbre del alemán Christoph Willibald Gluck, lo que puso de relieve la portentosa extensión de su voz.

—Como mera comparación —dijo Óscar— me habría gustado oírle ese bello trozo musical a doña Ángela Peralta...

—¿Olvidas que el Ruiseñor Mexicano tenía otro tipo de voz? La suya era más aguda que la de Fanny, ya que fue soprano lírica. Se dice que era tan encantadora su voz angelical que el público de todo el orbe se le entregó sin cortapisas. En México mismo, la noche del 28 de noviembre de 1865, cuando cantó en el teatro Imperial de la capital de la república —a su regreso triunfal de Europa—, su éxito fue apoteósico. Cuando el auditorio la oyó, estupefacto, cantar el rondó de la ópera *La sonámbula*, de Vincenzo Bellini, quedó electrizado, galvanizado por aquella voz que parecía venir del cielo. Y el aplauso que rubricó tal actuación desbordó los límites de lo hasta entonces conocido. La ovación trepidante parecía interminable. Cuentan los viejos cronicones que la muchedumbre, a la salida del teatro, desenganchó los caballos del carruaje y ella misma lo arrastró hasta el alojamiento de la soprano.

—Es cierto. Y en premio de su arte excelso, recibió entre otras joyas valiosísimas, un collar que le obsequió el emperador Maximiliano de Habsburgo, una cruz de brillantes que personalmente le dio el zar de Rusia y un ramo de margaritas, formado con perlas, recuerdo del rey Leopoldo II de Bélgica.

—Para mí, —dije— las dos cantantes, Ángela y Fanny, son igualmente grandiosas. Para el maestro Hugo del Grial, la Anitúa era mejor. En cambio, el también maestro músico Guillermo Orta Velázquez, opinaba que la Peralta fue inigualable. De cualquier manera, también es cierto que Fanny recibió, el 5 de febrero de 1916, un honor todavía mayor que el de los brillantes y perlas. Fue en ocasión de que se conmemoraba el centenario de la ópera *El barbero de Sevilla*, de Joaquín Rossini. La ciudad de Pésaro —cuna del compositor—, efectuó una encuesta para determinar quién era la mejor contralto de entonces, con objeto de encargarle la interpretación del papel de Rosina, la huérfana inmortal de esa ópera magna. Y el consenso universal designó a una mexicana como la mejor de todas: Fanny Anitúa...

El estadio se llenó a reventar. En el palco central se hallaban su majestad la reina y su corte; el gobernador del estado; el presidente municipal, que entonces lo era Franciso Ortiz Garza; el primer regidor Filemón F. Garza; el segundo, que lo era el licenciado Arnulfo M. Siller; el tercero, Aurelio Anaya; el cuarto, Santos Castañeda; y los síndicos Joaquín Martínez Chavarría y Nicolás Díaz. Entre los militares que presidían, reconocimos al general de división Eulogio Ortiz, jefe de las operaciones en la plaza.

La reina de los festejos hizo la inauguración y Fanny cantó en el teatro al aire libre, que se halla al fondo del diamante. Y aun sin micrófonos, se le oyó perfectamente en las tribunas. Entonces se manifestó el gran cariño que entre los laguneros se tuvo siempre por la cantante. Los aplausos fueron sencillamente atronadores.

A la salida del festejo, Óscar y yo formamos en la valla que se hizo, para ver pasar a la reina y a la artista.

—¿Qué te ha parecido todo, Óscar?

—Que estuvo mucho mejor de lo que yo mismo esperaba. Ante todo, me ha impresionado la unidad de los laguneros. Se ven felices y orgullosos con su gran ciudad. Creo que cualquiera de ellos, si fuera preciso, daría su vida por ella. El estadio es majestuoso y único en todo el sur y el centro de América. Hay que reconocer que es la obra de un buen gobernante. Y en cuanto a Fanny, me ha entristecido mucho que ya no es la misma de antes. Empieza a declinar; pero, eso sí, todavía es maravillosa...

—Y de la reina que querías conocer, ¿qué me dices?

—Que al ver la hermosura de sus negros ojos; la majestad serena y elegante de su perfil regio; el coral precioso de su boca, pensé que así debió ser Lorelei, la sirena que con sus cantos y belleza atraía hacia los escollos a los remeros del Rin; con la diferencia de que esta beldad, que ha hecho la unión de los laguneros, estimula el progreso y el amor a Torreón y que en vez de llamar a la muerte, es un canto a la vida. Al verla, me he quedado pensando en que así de bella debió ser la Sulamita, esposa del rey David; o la sin par Matneferura, consorte real del faraón Ramsés II, quienes pasan por ser los rostros más bellos que han contemplado los siglos...

La magia de unos ojos hermosos

El martes 25 de diciembre de 1927 nos aprestábamos, Óscar mi hermano y yo, a presenciar el debut de la compañía teatral de la hermosa tonadillera Delia Coppel. Ya teníamos los boletos del Teatro Herrera, que estaba ubicado en la esquina de la avenida Juárez y la calle Múzquiz, de esta ciudad. Pero, como era nuestra costumbre, discutíamos acaloradamente sobre la calidad artística y la belleza de la tiple debutante. Y es que, si yo era entonces más terco que una mula, mi hermanito era tan testarudo... como dos.

Además, nuestros gustos y preferencias casi siempre resultaban antípodas. A mí me deleitaban las zarzuelas y operetas *Molinos de viento* y *La pícara molinera* del compositor español Pablo Luna. A Óscar le encantaban *Los cadetes de la reina* y *El asombro de Damasco*, del mismo músico. Yo prefería *La revoltosa* y *El rey que rabió*, de Roberto Chapi, en tanto que él favorecía más bien *La tempestad* y *Puñao de rosas*, de igual autor.

Y si se trataba de los artistas de la compañía de don Ricardo de la Vega, él se ilusionaba con la dama joven, Herminia Álvarez, mientras que yo soñaba con la cupletista Cecilia Cavero.

En cuanto a la música que entonces estaba de moda y que se ha vuelto inolvidable, él no se cansaba de oír “Princesita” y “Valencia”, de José Padilla; yo, al contrario, jamás me aburría de escuchar “El relicario” y “La violetera”, del mismo compositor. Y, por lo que hace a las canciones de Juan Martínez Abados, yo prefería “Agua que no has de beber” y Óscar se arrullaba y adormecía con la melodiosa e inmortal “Flor de té”.

En nuestra juvenil discusión, yo sostenía que la voz de Delia Coppel era clara, bien timbrada y fuerte, sin llegar a la estridencia. Óscar fincaba su oposición a la diva, en que ésta ya pasaba de los treinta años y en que —a su juicio— a su voz le faltaba dulzura.

—Dulzura... ¿has dicho? —le pregunté—. ¿Es que no te has fijado en la miel que destilan sus ojazos? ¿Eres tan ciego que no has advertido la ternura apasionada que irradian sus

pupilas? Me parece que difícilmente podrías hallar otros ojos que merezcan más que los de ella, que se les apliquen los versos dulcísimos de la canción mexicana, "Ojos tapatíos":

Miradas que matan,
ardientes pupilas;
noche cuando duermen,
luz cuando nos miran...

—¡Ya! —me interrumpió Óscar—. ¿Me vas a decir que los ojos grandes, porque sí lo son, de la Coppel, son más hermosos y picarescos que los de la artista potosina Lupe Vélez?

—Bueno —contesté—, confieso que los ojos de la Lupilla también me gustan tremendamente.

El Teatro Herrera registró un lleno hasta las azoteas. Y eso que los precios eran estratosféricos: 20 centavos en palcos y 30 en luneta. Y como nosotros llegamos muy temprano, logramos butacas de primera fila.

El triunfo de Delia fue estruendoso. El lujo de su vestuario fue imponente y su actuación impresionante. Entre sus mayores éxitos de la noche figuraron interpretaciones de "La canción de la Lola", de Federico Chueca; "Club Verde", de Rodolfo Campodónico; "El faisán", de Miguel Lerdo de Tejada; "Acércate a tu ventana", de Marcos A. Jiménez; los valeses "Recuerdo" y "Río rosa", del maestro mexicano Alberto M. Alvarado; "Ojos tapatíos", de Fernando Méndez Velázquez, y, sobre todo y en forma magistral, el bellissimo tango "Nena", de don Joaquín Zamacois, que por entonces todos cantábamos.

Diecisiete años después —exactamente el miércoles 25 de diciembre de 1944— y en los altos de la esquina de la avenida Morelos y la calle Rodríguez, local del Club X, los redactores, obreros y empleados de *El Siglo de Torreón* organizamos un baile en que la alegría corrió a raudales.

Cuando la fiesta estaba más animada, uno de los encargados de la puerta subió a decirnos que dos viejos artistas estaban abajo y suplicaban que se les permitiera actuar un rato, para luego pedir una ayuda económica.

De momento tuvimos la intención de negarles lo que pedían. ¿Qué espectáculo podían brindar dos viejos artistas desarrapados?

—¿Se puede saber quiénes son? —pregunté.

—Son un hombre y una mujer. A él le dicen el *cuate Chon*...

—Lo conocí hace años —le interrumpí—. Era un buen comediante, con bastante sal y gracia. ¿Y ella?

—Dice que se llama Delia Coppel.

—¡Cómo! —exclamé alborozado—. ¿Has dicho Delia Coppel? Bajemos a recibir, como se merece, a una de las reinas de la farándula.

Cuando la vi, me dio un vuelco el corazón. Delia ya no era ni la sombra de lo que había sido. En el cuello, en las mejillas, en la parte superior del labio, las arrugas eran notables. Lucía —de algún modo hay que llamarlo— un vestido limpio pero desleído; muy bordado de lentejuelas, pero éstas descascaradas y herrumbrosas. *El cuate Chon* estaba irreconocible. Con el pelo todo blanco, como si tuviera la cabeza enjabonada. Y más, mucho más zarrapastroso que ella.

Los presenté en la fiesta. Expliqué sus grandes triunfos de antaño. Y narré aquella interpretación que la diva hizo en Torreón del tango "Nena".

Delia se conmovió y lloró al oír mis encendidos elogios. Y cuando le llegó el turno de cantar, me dedicó su éxito de antaño: "Nena", que todavía le resultó bastante pasable.

Pero al cantar, los ojos de Delia cobraron vida vigorosa; volvieron, fugazmente, a irradiar aquella hermosa luz de antes. Su vida había sido el tablado y en él seguía sintiéndose a sus anchas. Su mirada se tornó altiva y garbosa; sus ojos pardos y rasgados, ardientes y apasionados... ¡seguidamente se hicieron bellos!

Claro que no les permitimos a los artistas hacer colecta personalmente. Pero una comisión, discretamente, les reunió una buena suma.

Y al despedirnos de ellos, ya en la calle, Delia me tendió su mano agradecida. Yo la retuve entre las mías durante unos momentos para poder contemplar sus ojazos. Tuve la sensación de que era la última vez que Dios me iba a permitir contemplarlos. Pero debo advertir que en mis ojos no había ni pizca de malicia; no había lujuria o concupiscencia por aque-

lla exbella. Ni tampoco había piedad por esa viejecilla. Yo estaba simplemente alelado, arrobado, hipnotizado por la magia irresistible de unos ojos que seguían siendo divinos...

La tiple Cecilia Cavero

Había pasado ya la época de las variedades —de 1910 a 1920— y estábamos en el final de los alegres y fabulosos veintes. Ya no había de tardar en nacer para el arte frívolo la soberanía de la revista. Era el año de 1929 y la compañía de don Ricardo de la Vega se despedía de la afición torreónense con una serie de zarzuelas y operetas, dedicando cada día de la última semana al beneficio de sus más grandes artistas.

La despedida se inició con el homenaje a doña Elisa de la Vega, primera actriz dramática; luego el agasajado fue el primer actor de carácter, Juan Álvarez; siguió la hermana de éste, Herminia Álvarez, primera actriz joven; luego fue el actor cómico Juan Padrés; y ya sólo faltaba el de la despampanante tonadillera y primera tiple, Cecilia Cavero.

Era Cecilia tan bella o mucho más que la mismísima Carolina Otero, quien pasaba entonces por ser la gallega más guapa de la bella época. Cantaba cuplés como podía haber gorjeado óperas, si se lo hubiese propuesto. Pizpireta y atrevida, pero no fachendosa, se movía en el tablado con la prestancia y seguridad de una Tórtola Valencia, aunque sin la vanidad de ésta —de quien se decía que pensaba que el sistema planetario se movía alrededor suyo.

El día del beneficio de la joven Cavero, un poco antes de que comenzaran las tandas vespertinas, fuimos, Óscar mi hermano y yo, al teatro Herrera, a visitar a la artista en su camerín. Óscar se oponía a ello y vaticinaba que la farandulera nos iba a echar con cajas destempladas.

Al llegar al apartamento de la diva, toqué discretamente y apareció la maquillista.

—¿Quiere usted hacer el favor de entregarle a Cecilia esta canastilla de rosas y esté recado?

El tal recado contenía un encendido poema de amor y estas palabras finales: "el autor del poema solicita la merced de poder besar su mano".

Momentos después, ante el asombro de Óscar, entramos al camerino. Cecilia Cavero se hallaba de pie, hermosísima, junto a su tocador.

—¿De parte de quién vienes, muchacho? —preguntó—. ¿Quién es el caballero que te envía?

—No me envía nadie, señorita. Vengo en mi propio nombre a desearle una buena suerte en la función de su despedida y a decirle, antes de que se marche a España, que aquí deja un corazón enamorado; un hombre que la adora y que ve en usted a la diosa del arte, del amor y de la belleza...

—¡Pero si eres todavía una criatura —exclamó riendo la actriz—. ¡Yo diría que ahora mismo vienes de mamar la última teta!

La frase dura y despectiva me hirió en lo hondo, derrumbó todos mis arrestos de conquistador y bajé la cabeza. Ella notó mi dolor y amoscamiento, avanzó unos pasos y me tocó el hombro.

—¿Conque estás enamorado de esta loca sevillana?

—¡Sí! —respondí—. Enamorado con todas las fuerzas de mi alma.

—Cuando empecé a recibir —dijo Cecilia— tus poemas apasionados y las crónicas que redactaste y me hiciste llegar, narrando mis triunfos en las zarzuelas *Las bravías*, *La princesa de las czardas*, *Molinos de viento*, *Luisa Fernanda*, *Peluquería de señoras*, *El barbero de Lavapiés* y *La chavala*, empecé a interesarme. Y aunque esas crónicas no aparecían en los diarios locales, pensé que las escribías para alguna revista metropolitana. Tus poemas no son malos, pero es mucho mejor la prosa. Tenía ganas de conocerte... ¡pero ahora veo con desencanto que eres casi un niño!

—Un niño, Cecilia, que tiene el corazón de un hombre...

—No lo dudo, chaval. Pero ¿es que no te das cuenta de que pertenecemos a dos generaciones opuestas? Yo ya voy de salida y tú apenas llegas a la existencia. ¿Cuántos años tienes?

—Quince, bien cumplidos.

—¡Jesús! ¡Y yo que te echaba encima siquiera unos dieciocho!

—La diferencia no es insalvable...

—Para ti no, pero lo es realmente. Yo tengo ahora veintiocho. Dentro de otros veinte seré una cincuentona que habrá agotado su voz y sus atractivos. Tú, al contrario, serás apenas un hombrazo en la plenitud de tus facultades.

—¿Cree usted, Cecilia, que no tengo aún las agallas suficientes para enfrentarme a la vida y defender a la mujer que amo?

—No es eso, chico. Supongo que serás el hijo de un gran potentado que te avala. No habría problemas económicos. Pero el amor es mucho más que eso. No tienes aún edad para comprender todo lo que faltaría...

—Cecilia, en mis versos...

—Sí, ya lo sé, muestras un amor sincero, dulce, tierno y casto, que sería delicioso si tuvieses quince años más. Perdona mi franqueza: No tengo, ni tuve nunca vocación para dedicarme al kinder... Es más, tú no estás enamorado de mí sino del arte, lo que te ha cautivado no es mi voz, sino el cuplé. Estás turulado más bien por la música española. ¡Y eso que no has escuchado todavía a Granados, Albéniz o De Falla! Voy a guardar tus relatos teatrales porque si Dios lo permite, un día allá en mi tierra me calaré las gafas para evocar, releyéndolos, los viejos triunfos de mi lejana juventud. A propósito, ¿vas a venir esta noche a mi beneficio?

—No podría faltar, Cecilia. Estos son mis numerados...

Aquella noche la gente se abalanzó sobre las taquillas y el lleno fue fantástico. El teatro Herrera se vistió de gala para despedir a la vedette que todos adoraban.

Menudita y esbelta, con un bucle de su pelo de oro levantado sobre la sien izquierda, sostenido por un broche que a la vez sujetaba un rojo clavel, la artista lució esa noche un atuendo diseñado por Thiel y triunfó rotundamente. Tras la obra principal, obsequió al público con "Pichi", "La chica del 17" y otros cuplés picantes, todos los cuales fueron coreados y aplaudidos con delirio. La multitud se le entregó sin condiciones. Pero el clímax llegó cuando, a solicitud de la concurrencia, Cecilia cantó el atrevido, pegajoso y casi procaz cuplé denominado "Más que guapa", que expresa: "Dicen que yo a mi padre le di un disgusto/ y que mi madre al verme murió del

susto/ porque nací tan fea, según dijeron/ que en el alumbramiento se desmayaron”.

El público con la música del cuplé, coreó: “¡Fea...! ¡Fea...!” A lo que la artista, jacarandosa, contestaba: “Me dicen por la ciudad”. Y otra vez el auditorio: ¡“Fea...! ¡Fea...!” Y ella de nuevo: “me encanta tu fealdad/ porque tienes una gracia por delante y por detrás, que a pesar de ser tan fea/ das envidia a las demás”. Los oyentes, descompuestos, lujuriosos, con los ojos chispeantes, remataban: “Chiquilla... ¡qué bien estás! ¡Por delante... y por detrás”.

La ovación final debe haberse oído hasta Dinamarca. Ella, desde el proscenio, lanzaba besos a todos rumbos, rodeada de canastillas, entre las cuales descollaba la mía, pletórica de rosas, tan bellas y sonrosadas como las rodillas de Cecilia. De pronto la actriz avanzó por la pasarela, saludando al público. Se detuvo casi encima de mi butaca. Desciño el rojo clavel de su tocado, con lo que su rubia guedeja cayó suelta y deslumbrante sobre su espalda, con el mismo resplandor que deben lucir las cataratas de Zambia, vistas a contraluz... Me observó un segundo y dejó caer la roja flor sobre mis manos.

Yo pensé, al verla dirigirse de nuevo al escenario, que la tranquilidad de la diva en medio del mar tenebroso de aquellas pasiones desbocadas, su dulce andar lleno de seguridad y firmeza, sólo eran comparables al sosiego y serenidad que mostró Jesucristo cuando anduvo sobre las aguas encrespadas del turbulento mar de Galilea... Óscar, cuando la vio alejarse, no pudo menos que exclamar: “¡Chiquilla... qué bien estás!”

Han pasado ya muchos años y Cecilia no volvió a Torreón. ¿Vivirá todavía? ¿En qué rincón del típico barrio de Santa Cruz, de Sevilla, cuajado de balcones floridos, ocultará su marchita belleza? ¿Desde qué punto de la gitana urbe contemplará la bella Torre del Oro o la torre de La Giralda, junto al Guadalquivir? ¿Se calará las gafas para evocar, llorando, los triunfos esplendorosos de su lejana pero enloquecedora juventud?

El hechizo de las amazonas

—Ese guerrero tuerto que examinas —preguntó mi hija María del Rosario— ¿quién es? Tiene un aspecto feroz que horroriza.

—Es el adelantado Francisco de Orellana, descubridor del río Amazonas —contesté—. Pero su aspecto temible es bastante engañoso. Fue un soñador empedernido, un hombre que murió persiguiendo una ilusión casi infantil, un guerrero que sacrificó su vida y la de sus hombres en pos de una esperanza... irrealizable!

—¿Cómo fue eso?

—El conquistador español Francisco de Orellana acompañó a Pizarro a la conquista del Perú, y hacia 1539 le fue encargada una de las más difíciles expediciones. Gonzalo Pizarro, en sus correrías iniciadas en Quito, fue engañado por sus guías y se extravió en lo más espeso de la selva, donde sufrió grandes penalidades. Unos aborígenes le informaron, al llegar al río Coca, que más adelante encontraría poblados indígenas y alimento.

Mandó construir una barcaza y comisionó a Orellana y 50 hombres para que en ella se adelantaran en busca del bastimento. Pero el tuerto y los suyos ya no regresaron.

—¿Murieron? ¿Desertaron?

—Ni lo uno ni lo otro. La corriente del río se hizo cada vez más fuerte y caudalosa y no pudieron retroceder. A velocidad de vértigo y por siete meses viajaron por el enorme cauce, padeciendo hambres y ataques de los nativos. Por fin llegaron a la desembocadura del río en el Atlántico y desde allí regresaron a España.

—Pero ¿cuál fue la ilusión mortal del tuerto?

—Aguarda un poco, hija. Ilusionado por la abundancia de agua y la exuberancia de la selva, pidió la venia real para fundar en ese paraíso una Nueva Andalucía. Al río desconocido por él lo bautizó con el nombre de Amazonas en recuerdo de un encuentro que tuvieron sus hombres con una tribu de mujeres guerreras. “Estas mujeres —decía Orellana— eran muy altas, vigorosas, rubias, con largas trenzas

arrolladas a la cabeza; sus taparrabos eran de pieles y empuñaban arcos y flechas con las que mataron a siete u ocho españoles.”

—¿Consiguió la anuencia del rey?

—Sólo una autorización y muchas promesas. Pero con la fortuna de su esposa Ana de Ayala montó una expedición de cuatro naves y 400 hombres, la que partió el 11 de mayo de 1544 de Sanlúcar. Pero la fatalidad se ensañó cruelmente con él y lo acosó con rabia hasta su muerte, como si una maldición o algún hechizo pesara sobre su encomienda. Antes de llegar a las Canarias, la tempestad hizo zozobrar uno de los barcos, la cuarta parte de sus fuerzas. En las Antillas perdió otra nave.

—¿Pudo volver a encontrar el río que había descubierto?

—Sí, hija. Pero con ello arreciaron sus desgracias. Si quieres enterarte pormenorizadamente de ellas, no tienes más que leer *El último viaje de Orellana*, escrito magistralmente por Demetrio Aguilera Malta. Leámoslo: “Una ola enorme, espumosa, surgida de pronto en el horizonte, hizo crujir las naves y estuvo a punto de despedazarlas. La fuerte corriente casi paralizó el impulso de los barcos y luego los hizo retroceder. El capitán mandó lanzar las áncoras, pero en segundos, con un golpe seco, se rompieron los cables y las naves volvieron a retroceder. Orellana mandó que con cadenas dobles se ataran los cañones y las lombardas y se arrojaran al agua para que sirvieran de anclas. Al día siguiente, al cambiar la marea, no pudieron rescatar la artillería y rompieron las cadenas para seguir adelante y llegar al sitio donde se proponían fundar la Nueva Andalucía

”Cuando iban a favor de la marea, es decir, con la creciente, cobraban velocidades vertiginosas. Era como si volaran. Cuando llegaba la vaciante, tenían que amarrarse contra los árboles de la orilla para no retroceder

”El capitán estaba como fuera de sí. Tomaba parte en todos los trabajos y especialmente trataba de que en ningún momento se paralizara el de los demás. Con fuertes palabras, y a veces hasta con actos violentos, los obligaba a rendir más de lo que podían. No le importaba la situación que confrontaba; ni que se hubieran comido, para subsistir, los pocos perros y caballos que les quedaban; ni que sus provisiones se

hubieran reducido a los pocos moluscos y crustáceos que recogían en las playas, o a raíces y frutos desconocidos que, a veces, les habían hecho más mal que bien; ni que todos estuvieran con la piel pegada a los huesos, convertidos en verdaderos esqueletos lívidos; ni que la mayoría se hubiese enfermado de unas extrañas fiebres que los hacían arder por fuera y tiritar de frío por dentro; ni que hubieran muerto ya, en aquellos lugares, cincuenta y cinco de sus hombres. Lo único que le preocupaba era tener las naves listas para partir cuanto antes hacia adelante.

”Un día la carabela fue arrastrada por una fuerte corriente. La cuerda que la ataba al bergantín se rompió. El casco chocó contra un barranco. Tuvieron que abandonar la nave, que se hundía

”Sólo quedaba, semihundido, el último de los cuatro barcos con que había salido de Sevilla, amarrado a los árboles.”

—¿Decidió regresar? —preguntó anhelante mi hija.

—Ni en sueños, hija. ¿Volver derrotado a España? ¡Nunca!

“Lo único que lo desesperaba era pensar en la situación de los demás, especialmente la de Ana, su esposa, que le acompañaba. ¡Pobrecita! ¡Todo lo había soportado sin exhalar una queja, sin una protesta! Cierto que ya muy poco se parecía a la muchacha de la florida reja sevillana. Estaba pálida, de una delgadez inverosímil. Apenas sí los ojos continuaban siendo los mismos: negros, intensos, afiebrados...”

”Como en el único barco que les quedaba no cabían todos, dejó un grupo en tierra y siguió adelante, en una exploración que duró 27 angustiosos días. Entraron a un río y advirtieron que no era la continuación del Amazonas, sino un afluente; siguieron un cauce creyendo que era el verdadero y sólo fue una isla a la que dieron vuelta regresando al mismo sitio del que partieron. La corriente los arrastró y únicamente, después de duros empeños, consiguieron acoderarse al barranco y amarrarse al tronco de un árbol.”

—Tienes razón —comentó mi hija—. Es imposible negar que el destino se ensañó con esos hombres.

—A veces —expliqué— Orellana llegaba a pensar que Dios lo abandonaba o que había fuerzas extrañas, algún hechizo poderoso que se oponía a sus deseos.

—¿Lo adviertes, Ana? —decía—. Es el propio río que se esconde, que no quiere que lo encontremos. ¿O no será mi río? ¿Será un río fantasma? ¡Tal vez son las Amazonas! ¡Están celosas de ti Ana! ¡Quizá pensaron que yo regresaba por ellas...! ¡Ellas están escondiendo el río...!

“En esos 27 días envejeció como si hubiesen pasado diez años. Estaba pálido, delgado, con su único ojo, velado, hundido.

“Un día, en la región que hoy es Monte Alegre y que era tierra de los indios saraos, de entre la selva surgió una nube de flechas contra ellos. Una multitud de indios se les fue encima. El combate fue terrible.

“De pronto Orellana gritó como un loco:

—¡Allí! ¡Miren allí!

—¿Qué, capitán?

—¡Las Amazonas!

“Efectivamente, entre los guerreros indios había surgido un destacamento de mujeres. ¡Estaban casi desnudas pues sólo llevaban taparrabos. Parecían furiosas e incitaban a los hombres a perseguir a los blancos. Disparaban sus flechas contra éstos, sin darles un momento de tregua.

—¡Son las Amazonas! —rugía el capitán—. ¡Lo sé como que estoy en mi río ¿Por qué no me dejáis aquí? Ellas van a comprenderme. Después volveréis por mí. ¡Dejadme! ¡Os lo ruego!

“A viva fuerza sus hombres lo arrancaron de aquel sitio. Pero ya la fiebre maligna lo había enloquecido y no sobrevivió. Al pie de un árbol cavaron su tumba. A falta de sacerdote, las palabras de unción y despedida las dijo Peñalosa. Ana, atontada por un golpe tan tremendo, estaba más allá de las lágrimas. En cambio, aquellos hombres —¡tan hombres!— sintieron que se les humedecían las mejillas...”

Nunca pudo localizarse la tumba de Orellana. La leyenda dice que al partir Ana y sus compañeros, tuvo lugar un acontecimiento impresionante. “Por el gran río bajaron cientos de canoas, con millares de guerreros. Iniciaba el cortejo un trío de canoas, una vacía y dos repletas de Amazonas bellísimas. La comitiva se acercó al árbol bajo el cual estaba sepultado el capitán Orellana. Destaparon la tumba. Extrajeron de ella el

cuerpo con gran respeto y lo embarcaron en la canoa vacía. Y enseguida los centenares de canoas, en el orden en que vinieron, pusieron proa aguas arriba, perdiéndose entre las sombras...”

¡Ellas, las amazonas, las fuertes guerreras de trenza rubia; el gran amor de su vida, se lo habían llevado para siempre!

Envidias corrosivas

“La envidia —decía Bacon— es un homenaje, aunque torpe, que la inferioridad le rinde al mérito.”

En ese sentido, una de las mayores pleitesías que se le rindieron en vida al genial pintor Tiziano Vecellio fue la que le tributó un malvado arquitecto cuyo nombre se ha negado la historia a recoger. Y lo raro es que cuando el cáncer de la envidia corroyó el corazón del profesionista, todavía no surgían de los pinceles del artista veneciano sus cuadros maravillosos: los *Milagros de San Antonio de Padua*, *El amor sagrado y el amor profano*, *El martirio de San Lorenzo*, ni ese prodigio de color, romanticismo y ternura que se titula *Venus con el amor y la música*, que ha hecho de Tiziano el mejor colorista de su siglo.

En efecto, el futuro gran artífice era todavía un niño cuando dio elocuentes muestras de lo que llegaría a ser. Su facilidad para el dibujo, su gusto exquisito en la selección de las vívidas tonalidades, su alma romántica, su fina sensibilidad, lo llevaron un día a pintar a hurtadillas, en uno de los capiteles de cierto edificio, la hermosa cabeza de una virgen.

El asombro del vecindario fue morrocotudo. A todas horas acudían en tropel centenares de espectadores a contemplar aquel cuadro. El rumor de que en la vecindad había un chiquillo extraordinario corrió como reguero de pólvora. Y muy pronto eran multitudes que acudían de todas partes para admirar esa soberbia virgen de rasgos tan perfectos, de rostro tan divino, de color tan estupendo.

Pero el arquitecto que diseñó el edificio se sentía amargado por el hecho de que la gente admirase más un sencillo retrato pintado con jugo de flores, que el despliegue arquitectónico de las mismas construcciones, de las que él estaba orgulloso. Un día no pudo soportar más “aquel homenaje estúpido que se le rendía a un mocoso” y con sus propias manos destrozó la pintura, derribó el capitel y aún demolió la fachada del edificio...

¡Cuánta razón tenía el conde de Segur cuando afirmaba que la envidia es la sombra de la gloria! Pero lo peor es que cuando la dentera es más injustificada, suele ser más corrosiva. ¿Cómo es posible que un emperador —por ejemplo—, dueño absoluto de vidas y haciendas, cuya voluntad omnímoda todos acatan y ante cuya presencia todos se arrodillan, pueda envidiar la fama de un pobre poeta sentimental?

Parece mentira, pero Nerón sintió un día envidia de la forma exquisita de la poesía épica del aedo hispano-latino Marco Anneo Lucano. El autor de la *Farsalia*, de *Orfeo*, *Iliación* y *Saturnalia*; el venerado creador de las *Epístolas* era reverenciado por las élites y aún por las multitudes. Sus versos se repetían con deleite en todas las reuniones. ¡Y cómo se estremecía de rabia, de corrosivo despecho, el corazón del emperador ante aquella admiración que se le rendía a Lucano!

El colmo llegó —según nos cuenta el historiador Cornelio Tácito— cuando en el concurso quincenal de poesías que estableció el propio Nerón, éste fue vencido por Lucano. Los versos preciosos enviados al certamen por Marco Anneo, plenos de dulzura, emotividad, inspiración e ingenio, resultaron tan abrumadoramente superiores a los demás, incluso a los rípidos y prosaicos del augusto soberano, que los jueces no pudieron otorgarle a éste, como siempre lo hacían, la victoria.

La furia del monarca no tuvo límites. Prohibió que Lucano leyese en público sus versos. Se vengó cruelmente de los árbitros. Y poco después obligó al poeta a que se suicidara.

El 30 de abril del año 65, rodeado de sus amigos más íntimos y sumergido en un baño de agua tibia, Lucano se abrió las venas. Y mientras la sangre y la vida se le escapaban, se puso a recitar los versos más bellos, los más tiernos, los que

más envidia habían despertado en el alma acibarada del nefasto emperador...!

“Quejarse de la envidia —escribió el dramaturgo francés Miguel Sedaine— es creerse con bastante mérito para merecerla.” Miguel Ángel Buonarroti no se quejó jamás de la envidia a pesar de que le sobran méritos para merecerla.

En una ocasión su pintura debía competir nada menos que con la de Leonardo de Vinci. Se les encargó que cada quien pintara una parte de la sala del consejo. La tarea de Miguel Ángel consistía en plasmar un episodio de la guerra de Pisa.

He aquí cómo describe Alejandro Dumás el cuadro que entonces trazó Buonarroti:

“Agobiados por el calor sofocante, los florentinos se bañan en el Arno. En esto, los de Pisa hacen una salida. Al aparecer el enemigo, se da la señal de alarma y todos los soldados acuden presurosos a las armas. Unos, semidesnudos, empuñan su espada; otros se apresuran a cubrir sus mojados cuerpos con sus vestidos, haciendo grandes esfuerzos para ello. El tambor redobla mientras la desesperación y la impaciencia se muestran en los rostros de los desgraciados infantes que no pueden unirse a su bandera.”

“Esta obra —añade Dumás— llenó de profundo estupor a los artistas de la época. De todos los puntos de Italia acudían a copiarla o admirarla y estudiarla. San Gallo, Ghirlandaio, Granacci, Andrea del Sarto, Sansovino, el Rosso, Perín de Vaga, el propio Rafael, jóvenes y ancianos, maestros y discípulos, todos se inclinaban silenciosamente ante el soberano artista que, de un solo y gigantesco paso, alcanzaba los últimos límites de lo sublime, más allá de los cuales Dios ha dicho al arte: ¡No pasarás de aquí!”

Benvenuto Cellini es también bastante expresivo al respecto. “Mientras permaneció aquel cartón —dice textualmente en sus memorias— fue la escuela del mundo. Si bien el divino Miguel Ángel ha realizado después la Capilla del Papa Julio, jamás demostró ni la mitad del talento que había enseñado en aquella obra maestra, ni jamás alcanzó tal esplendor como en este primer estudio.”

Sin embargo, en medio del coro general de alabanzas, de admiración y respeto que la portentosa obra de Buonarroti

provocaba, hubo una discordia fatídica. Un escultor y pintor que vivía protegido por los Médicis, Baccio Bandinelli, autor de obras tan encomiables como las tumbas de León X y Clemente VI en la iglesia de la Minerva de Roma y del recinto del coro en Santa María dei Fiore, en Florencia, sintió una envidia tan grande, tan corrosiva, tan lacerante del alma, al contemplar el asombroso triunfo de Miguel Ángel, que en 1512 entró furtivamente y con el puñal en la mano, a la sala donde se exponía aquella sublime obra. Y cuando el miserable la tuvo a su alcance, hundió repetidas veces su puñal en el cartón divino; lo hizo pedazos, lo arrojó al suelo, lo pisoteó con furia endiablada y ise llevó los pedazos para quemarlos...!

Sí, tenía razón Bacon: la envidia es un homenaje, aunque torpe, que la inferioridad le rinde al mérito...

En el lecho de muerte

Para Kierkegaard, filósofo danés del siglo XIX, la vida se vive como una paradoja. El hombre, preso en el mundo, corre riesgo de perderse a sí mismo porque se ha desfigurado la totalidad de su existencia; sólo adquirirá su sentido justo si ser-para-la-muerte significa en definitiva la unión más íntima con Dios; y la muerte, su abismarse en Él.

Claro que hay muchas tesis filosóficas sobre la vida y la muerte —muchas de ellas contradictorias— lo que hace que la actitud del hombre, al enfrentarse a la Parca, revista los más variados aspectos. Hay quienes se sienten sobrecogidos de espanto al acercarse sus últimos momentos, mientras que otros llegan a su ocaso tranquila y serenamente. Los más arriban al inevitable deceso sin darse cuenta, adormecidos por la fiebre o abrumados por el coma final.

Manuel Gutiérrez Nájera, considerado por muchos como el Becquer mexicano, no se dio cuenta de que moría. No oyó cuando su esposa Cecilia prorrumpió en llanto.

Según el relato que de la agonía del poeta nos ha dejado su colega Luis G. Urbina, el *Duque Job* deliraba el 3 de febre-

ro de 1895. Su cuerpo flaco y anguloso ardía en fiebre. Las manos gesticulaban con suavidad. Hablaba con voz un poco balbuceante, pronunciaba un discurso. Días antes de su enfermedad, la Prensa Asociada de México lo había elegido presidente. Y el agonizante pronunciaba el discurso de recepción, sin otro auditorio que su familia y dos o tres colegas. El entusiasmo del delirante iba en aumento, como si de veras estuviera de pie ante la barra corva de la tribuna. Se expresaba ya con dificultad, pero con suma elocuencia.

“¡Qué alta —dice Urbina— qué pura, qué noble y armoniosa palabra la de ese orador que improvisa un discurso académico al borde de una tumba que aún no terminaban de cavar para él! Jamás lo habíamos escuchado tan vigorosamente inspirado como en ese largo momento de sonoro delirio...”

“Permanecemos en silencio y temblando de emoción alrededor de la cama, mirando y oyendo a aquel cadáver que decía, casi murmurándolas, cosas bellas, imágenes fragantes, vocablos líricos que se enlazaban en flexible cadena luminosa.

“Cuando el poeta terminó, oyó en el fondo de su fiebre mortal los aplausos y sonrió...”

El poeta alemán Enrique Heine sí vio llegar a la muerte y la aceptó serena y románticamente. El ilustre germano, mundialmente famoso —sobre todo por la nota irónica-satírica, por el sarcasmo y el escepticismo que caracterizaron tanto a su verso como a su prosa—, fue víctima de una dolencia medular que lo obligó a pasar en cama los últimos ocho años de su vida. En el lecho del dolor compuso las originalísimas poesías de su *Cancionero*, que debían inmortalizarlo.

Una noche —el 17 de febrero de 1856— sorprendió en la mirada de su doctor tanta tristeza, tanta angustia, que le preguntó:

—¿Voy a morirme ya?

—¡El momento se acerca, amigo mío!

—¡Gracias! Mi mujer duerme. No la despierte. Bastante ha trajinado estos ocho años, desviviéndose por atenderme. Ha de estar abrumada por el cansancio. Esta mañana compró para mí aquellas flores. Sabe que yo adoro las florecillas... Doctor, póngalas sobre mi pecho... Así... ¡Gracias, muchas gracias!... Ella me las habría puesto... ¡Pero llorando...!

Y así, con la mirada fija en las brillantes corolas de aquel ramo de bellas florecillas que compendia la devoción, el cariño y la lealtad de su compañera de toda la vida, terminó la existencia dolorosa del último gran poeta del siglo XIX.

No menos solemne fue el fallecimiento de Juan Bautista Lully, músico florentino, creador de la ópera nacional francesa, muerto el 22 de marzo de 1687.

“Era —dice uno de sus biógrafos— un músico magnífico; pero libertino, supersticioso, adulator, envidioso, falso, violento y tan tramposo, que el mismo diablo no tenía de dónde cogerle.”

En uno de sus arrebatos de cólera se hirió en el pie con su propio bastón y como era hemofílico, la herida se tornó grave. Medroso, llamó a un sacerdote para descargar su atiborrada conciencia. Y confesó cosas tan terribles, que el confesor le exigió, como acto de supremo sacrificio, que arrojara al fuego la ópera que acababa de terminar y en la cual cifraba muy grandes esperanzas. Lully no vaciló un solo momento. Llamó a su hijo y le ordenó traer del primer cajón de su escritorio la famosa partitura, para quemarla inmeditamente y en presencia del sacerdote. El hijo se resistía, sabiendo la importancia tremenda de aquella obra musical. Pero ante la enérgica reiteración de la orden por parte de su padre, trajo el precioso manuscrito y se lo entregó al clérigo.

—¡Al fuego la partitura! —insistió Lully—. ¡La absolución de mis pecados bien vale este cruel sacrificio!

Y en la encendida chimenea cayeron una tras otra las hojas pautadas. El moribundo recibió enseguida la extremaunción.

El chamaco rompió en llanto al ver consumirse el fruto de tantas horas de trabajo. Y lloró y lloró hasta que su padre le hizo seña de que se le acercara y pegara la oreja a su boca. Con un susurro —porque el agonizante balbuceaba ya con mucho trabajo—, oyó que éste le decía:

—¡Cállate, hijo!... ¡Consuélate!... ¡En el segundo cajón del escritorio guardo una copia de esa bella ópera...!

Los testarudos ilustres

Hojeaba ayer en compañía de mi hijo Luis Enrique el libro de Henry Carnett, *El descubrimiento del pasado*. Él se encargaba de leer los textos para que yo no me fatigase después de la delicada intervención quirúrgica a que fui sometido hace unos días para restaurarme la vista. Admiramos, desde luego, el soberbio obelisco de Filae, que ha servido a los sabios como otra piedra Roseta; las cinco columnas del palacio de Apadana, en Persépolis, que es todo lo que se mantiene en pie del magnífico edificio construido 500 años antes de Cristo por orden del rey de Persia, Ciro el Grande; y la monumental estela de Hammurabi en la que con caracteres cuneiformes están grabadas las leyes que imperaban en Babilonia hace la friolera de 4,000 años.

—¿Por qué —preguntó mi hijo— ese obelisco, esas columnas y la famosa estela se han conservado maravillosamente a través de milenios, y en cambio ya casi nada queda de la iglesia de San Simeón, en el sitio arqueológico de Qalat Samán, a pesar de que fue erigida 460 años después del nacimiento de Cristo?

—En este caso —respondí— no sólo ha operado la diferencia en el material de construcción empleado, sino especialmente, la adoración vandálica de los fanáticos.

—¿Adoración vandálica? ¿Cómo puede ser eso?

—San Simeón —expliqué— fue un ermitaño originario de Sisan, en Siria, más conocido como *el Estilita*. Dice la historia que vivió 35 años sentado en lo alto de una columna de 20 metros, a donde le llevaban alimentos los monjes de los monasterios vecinos. Trepado en su columna, se dedicó a la oración y a meditar, predicando a los peregrinos que desde Bretaña, Persia y España venían a venerarlo y consultarle. Su santidad se volvió proverbial. A la muerte del eremita, el emperador de Bizancio, León I, mandó edificar alrededor de la histórica columna un templo suntuosísimo...

—¿Y el vandalismo?

—Allá voy. Si ahora subsisten sólo las ruinas de ese templo, ubicado a 65 kilómetros al noroeste de Aleppi, no es úni-

camente por efecto del transcurso del tiempo, sino también porque los visitantes, atribuyéndole al anacoreta poderes milagrosos, se llevaban siempre del templo alguna reliquia, incluso trozos de mampostería. ¿Ves este pedruzco informe, que se halla en el centro de las ruinas? Pues es todo lo que resta de aquella legendaria columna de 20 metros de altura en la que San Simeón permaneció sentado 35 años de su vida. ¿No crees que se necesita una gran fe y una férrea voluntad para permanecer tres décadas y media trepado en una altísima columna?

—No solamente lo creo —comentó Luis Enrique— sino que pienso, con José María Vigil, que la voluntad es la verdadera piedra filosofal buscada inútilmente durante siglos por la antigua alquimia. Sin fuerza de voluntad no se es nadie, ni se puede lograr nada. Ahora mismo recuerdo otro caso raro de fuerza de voluntad, el de Epiménides de Cnosos, un poeta y filósofo griego que floreció hacia el siglo VII, y que es fama que durmió durante 57 años en una oscura caverna. A veces lo admiro por su testarudez, pero luego pienso que a lo mejor no era sino un pobre babieca que ni siquiera valoraba su propio sacrificio.

—¡Nada de babieca! —comenté—. ¿Olvidas que a Epiménides se le ha considerado como uno de los Siete Sabios de Grecia? De su lóbrega cavidad salió por orden del oráculo de Delfos y marchó a Atenas para purificar esa ciudad y allí se convirtió en profeta. Por otro lado, hay en la historia universal multitud de ejemplos que son un mentís para quienes se acobardan en la lucha por la vida y se quejan de que no han contado en su batallar con los medios suficientes para alcanzar el triunfo; olvidando las palabras de La Rochefoucauld: “Si tuviésemos suficiente fuerza de voluntad, casi siempre tendríamos los medios suficientes para vencer”. No sé si recuerdas el caso del brasileño Antonio Francisco Lisboa, llamado *el Alejadrinho*...

—¿No era un escultor y arquitecto que brilló hacia 1800?

—El mismo. Era hijo de un arquitecto portugués y de una esclava negra. Desde su juventud notó que tenía los síntomas inequívocos de la lepra y que le aguardaba un fin ho-

rroroso. En ese entonces no se conocía la causa de tan grave mal y menos aún su tratamiento.

—Es cierto —murmuró mi hijo—. El bacilo causante de la lepra fue descubierto por el médico noruego Hansen hasta 1894.

—Antonio Francisco Lisboa se sobrepuso al terror, al dolor físico y a las deformaciones que le causó el mal de Lázaro, sublimándolos por medio del cultivo de un arte impregnado de profunda religiosidad y de belleza expresiva; como se aprecia en la construcción del templo de San Francisco, en Villa Rica, en la que trabajó desde el año de 1773 hasta el fin de su vida.

—Como escultor —agregó Luis Enrique—, su obra maestra me parece que es la serie de tallas en madera que forman el Vía Crucis del monasterio de Congonhas do Campo, que son maravillosas y la mejor expresión del arte barroco brasileño del siglo XVIII. Ya lo dijo Goldsmith: “Nuestra mejor gloria no está en no haber caído nunca, sino en levantarnos cada vez que caemos”. ¿Recuerdas algún caso heroico, patético, estrujante, como ejemplo de tozudez o de férrea voluntad?

—Recuerdo varios, hijo. Veamos que te parece éste, según cuenta don Benito Pérez Galdós en su libro *Trafalgar*: el 21 de octubre de 1805 se libró la batalla naval en que la escuadra inglesa de Nelson venció a la franco-española mandada por Villeneuve.

En contra de la oposición de los marinos iberos, Villeneuve ordenó a su flota salir a buscar a la poderosa de Inglaterra. Por errores en la formación aliada, Nelson pudo romper el centro de la formación franco-hispana, poniendo fuera de combate a los navíos más importantes, sin dar tiempo a que llegaran a auxiliarlos los de las alas; y dispersó enseguida al resto de la flota aliada. Entre los héroes españoles de esa trágica derrota figura Cosme Damián de Churruca, quien al mando del navío *San Juan Nepomuceno* se batió gloriosamente contra seis barcos ingleses. Un testigo presencial de la batalla, el joven Rafael Malespina, relata: “Nos sostuvimos enérgicamente contra tan superiores enemigos hasta las dos de la tarde, sufriendo mucho; pero devolviendo doble estrago a nuestros contrarios. El grande espíritu de nuestro heroico jefe, el gran Churruca, parecía haberse comunicado a solda-

dos y marineros... Nuestro navío con su defensa heroica, no sólo fue el terror sino el asombro de los ingleses... Estos necesitaron nuevos refuerzos: Necesitaron seis contra uno. Volvieron los dos navíos que nos habían atacado primero, y el *Dreadnought* se puso al costado del *San Juan* para batirnos a medio tiro de pistola. Figúrense ustedes el fuego de estos seis colosos vomitando balas y metralla sobre un buque de 74 cañones. Parecía que nuestro navío se agrandaba, creciendo en tamaño, conforme crecía el arrojido de sus defensores...

"Entretanto, Churruca dirigía la acción con serenidad asombrosa... A todo atendía, todo lo disponía... Y la metralla y las balas corrían sobre su cabeza sin que se inmutara... Pero Dios no quiso que saliera vivo de la terrible porfía... Viendo que no era posible hostilizar a un navío que por la proa molestaba al *San Juan* impunemente, fue él mismo a apuntar el cañón y logró desbarbolar al contrario. Volvía al alcázar de popa cuando una bala de cañón le alcanzó en la pierna derecha, con tal acierto, que casi se la desprendió del modo más doloroso por la parte alta del muslo. Corrimos a sostenerlo y el héroe cayó en mis brazos... Su decaimiento físico fue rapidísimo; le vi esforzarse por erguir la cabeza para seguir dirigiendo la pelea... Le vi tratando de reanimar a la gente con una sonrisa en su semblante cubierto ya de mortal palidez, mientras con voz apenas alterada, gritó: '¡Esto no es nada...! ¡Que siga el fuego!'..."

—He allí —interrumpió Luis Enrique— no solamente una muerte gloriosa y un ejemplo de valor sobrehumano. También hay, en el sacrificio doloroso de Churruca, el más acabado modelo de lo que debe ser un hombre poseído de verdadero deseo de triunfo, de un ansia irresistible de ser el vencedor. Churruca hace realidad, con su holocausto, las palabras grandiosas de Alfieri:

"¡Querer... querer siempre! ¡Pero para hacer algo verdaderamente grande en la vida, hay que quererlo con todas las fuerzas del alma...!"

Astros que surgieron del abismo de la pobreza

—¿Quién es la chiquilla desarrapada y famélica que aparece en esta fotografía? —me preguntó ayer María del Rosario.

—Aunque te parezca raro —contesté— esa niña y la mujer que se muestra a todo color en la página siguiente de esa revista francesa son la misma persona.

—¡Cómo! ¿Dices que ambas son una misma mujer? En la primera foto ella, casi una niña, se ve descalza, cantando en plena calle y rodeada de transeúntes. En la segunda no sólo es ya toda una señorita, sino que luce extraordinariamente guapa y pícara ¿Me quieres decir quién es?

—Se trata de Edith Piaf, una joven francesa que en los años 1928 y 1929 cantaba en las calles de París para ganarse unos céntimos. Tenía una hermosa y bien timbrada voz y un palmito adorable. Pero la cualidad cumbre que la adornaba era una irresistible fe en sí misma. Sabía, tenía la corazonada, de que llegaría a triunfar, y luchó denodadamente para lograrlo. Su caso es la mejor demostración de que no estaba equivocado el historiador Thomas Carlyle cuando decía: “Los hombres y las mujeres, cuando tienen fe en sí mismos, son capaces de hacer milagros”.

—Y ¿cuál fue el prodigio que realizó Edith?

—Aunque recorría las calles agobiada por la crisis económica que se abatió sobre Francia después de la primera Guerra Mundial; aunque iba siempre astrosa y miserable, jamás rodó por el fango. En cuanto sus magras ganancias se lo permitieron, se inscribió en las clases de canto y danza y practicó ambas disciplinas con entusiasmo y tenacidad. Pronto estuvo lista para debutar en los teatros, y su éxito fue tan ruidoso que se la disputaron los más lujosos cabarets parisienses. Finalmente, rica y famosa, se convirtió en la más popular cantante de *music-hall* de la Ciudad Luz. Sus canciones veristas y patéticas arrebatában el entusiasmo de las multitudes, que abarrotaban las salas en que actuaba...

—En la fotografía a color —interrumpió mi hija—, aunque bella, a mí se me antoja que era sumamente delgada y pálida, como si hubiese sido siempre muy enfermiza.

—Lo fue. Graves achaques la aquejaron hasta el mismo día de su muerte, ocurrida en 1963.

—Pero ya para entonces ella había colmado su esperanza de triunfo y de gloria ¿no te parece?

—Sí, hija. Esa esperanza luminosa, esa fe tesonera en el propio valimiento fue el incentivo más grande en su vida; lo que la mantuvo sin desmayos en medio de su calamitosa adolescencia. Pensando en ello, le doy la razón al poeta español José Selgas cuando dice: “La esperanza es indudablemente el único dinero con que puede comprarse la felicidad”.

”Pero el caso de Edith Piaf no es único ni resulta insólito. Por fortuna abundan los hombres y las mujeres perseverantes; los espíritus fuertes en los que la fe en sí mismos se ha convertido en una coraza invulnerable.

—¿Podrías citarme otro caso similar?

—Podría narrarte docenas de ellos. Veamos qué te parece el ejemplo de Francis Thompson, un muchacho inglés, aprendiz de zapatero, inquieto, nervioso y vivaracho, que vivió en los años de 1859 a 1907.

”Mientras agujereaba suelas con la lezna; en tanto que claveteaba tacones o le sacaba lustre al calzado de la clientela, elevaba su pensamiento al infinito y soñaba con verdes prados, fuentes cristalinas y arroyos murmurantes. Deseaba con toda su alma ser poeta pero se decía a sí mismo que no quería ser uno más en el inmenso montón de los mediocres o de los imitadores. Anhelaba llegar a la cumbre y sentía arder en su interior el fuego sacrosanto de la divina inspiración. Su lira mística le dio a los versos una ternura pocas veces igualada. Su originalidad le otorgó muy pronto fama imperecedera. Hacia 1897 dio a la estampa un primer tomo al que tituló simplemente *Poemas*, librito que le abrió de par en par las puertas de la gloria. Luego vino otro mejor: *El lebril del cielo*, en que la dulzura de las odas, la cadencia arrulladora de los versos y la transparencia y acierto en las imágenes, le trajeron su pase definitivo al Olimpo.

—Dime una cosa —inquirió María del Rosario— ¿Se avergonzó alguna vez Francis de haber sido zapatero?

—¡Nunca, hija! Si no se abochornó cuando lo era ¿cómo iba a enfrentarse cuando había dejado de serlo? Ya lo ha dicho Balzac: “El hombre que tiene la esperanza de un porvenir

hermoso, va en su vida de miseria como un inocente al suplicio: sin avergonzarse”.

—¿Quién crees que haya sido el hombre o la mujer que, surgiendo del fondo mismo de la gleba, se haya elevado a mayor altura?

—Es difícil precisarlo, sobre todo por la imprecisión de la palabra altura. Para algunos pudo haber sido Juan Bautista Carpeaux, un escultor maravilloso que fue hijo de un humilde albañil. Para otros lo fue aquel esclavo turco que llegó a sultán...

—¿Un esclavo que se convierte en algo así como un príncipe? Eso no me lo pierdo.

—Escucha, entonces. En el año 1247, en el mercado de esclavos de Damasco, fue vendido en remate un joven de 17 años; fuerte, apuesto, varonil e inteligente. Lo adquirió un comerciante rico para regalárselo al sultán Katur, y éste lo halló muy de su gusto, al grado de que lo incluyó desde luego en su guardia personal.

”Bíber —que así se llamaba el mancebo—, a pesar de los azotes y las humillaciones que había padecido hasta entonces, tenía sueños de grandeza y jamás se resignó a vivir aherrojado. Se dio cuenta de que Katur era un déspota al que odiaban cuantos le rodeaban, y que era un mal gobernante que oprimía y saqueaba a su pueblo. Y como las dotes excepcionales de Bíber lo llevaron al fin a ser el jefe de la guardia palaciega, apresó al tirano, lo destituyó y se colocó él mismo en el trono con el nombre de Bíber I.

”La historia dice que entonces se vio que aquellos sueños de grandeza que tuviera en sus tiempos de paria ilota no eran vanas ensoñaciones quiméricas. Que Bíber sabía lo que podía lograr y estaba dispuesto a hacerlo.

”Consolidó el sultanato; fundó el poderío mameluco; venció a los ejércitos de los mongoles y los cruzados; llevó a Egipto a una de sus épocas de mayor esplendor y lo convirtió en el centro maravilloso del mundo musulmán.”

—He allí —comentó María del Rosario— un ejemplo estupendo de lo que puede lograr la fe en uno mismo.

—¡Y la fe en Dios, hija! Bíber I fue siempre profundamente religioso. Su fe en Dios estuvo siempre por encima de

todo. Su encumbramiento final se lo había pedido muchas veces, y con gran fervor, al Altísimo. Esa fe en Dios, Rosario, puede obrar prodigios. Es por ello que Carmen de Silva, la exquisita poetisa guatemalteca, pudo decir, con gran exaltación:

¿por qué arrancáis a los pobres
su fe en Dios,
si no tenéis otra cosa mejor que darles?

Los zapatos rotos de Linneo

Aquel joven estudiante era pobre y vivaracho como muchos de los nuestros. Bajito de estatura y con un par de ojos penetrantes que brillaban en el marco de una cabeza bastante voluminosa, nadie habría dicho que estaba destinado a la inmortalidad.

Su miseria era espantosa. Comía por casualidad. Sus ropas caían a pedazos. Y sus zapatos —aquellos viejos y queridos zapatones que supieron de tantas correrías por el campo—, estaban tan rotos y gastados que para seguir usándolos, aquel jovencito rellenaba los agujeros de las suelas con bolas de papel.

Nunca se sintió humillado por su condición humilde. Sus ropas andrajosas no le preocupaban ni le causaban el menor complejo. La riqueza ajena no le produjo envidia. No tenía ojos ni pensamiento más que para sus amadas plantas, a las que adoraba con fervor sin límites.

El doctor Stobaeus, médico del rey de Suecia, impresionado por la inteligencia de aquel muchacho, lo tomó a su servicio y le permitió recorrer sus jardines y cuidar de sus colecciones. Infatigable y laborioso, el joven estudiante trabajaba todo el día en el cuidado de aquellos vegetales; y por las noches, cuando un hombre robusto habría caído rendido por la fatiga, él se dedicaba todavía a una actividad misteriosa. La luz de su cuarto permanecía encendida hasta las primeras luces del alba.

Intrigado por la persistencia de aquella luz, el doctor investigó la causa y sorprendió al estudiante absorto en la lectura de uno de los más preciados libros de la biblioteca del propio Stobaeus. Cogido *in fraganti*, el jovencuelo se asustó. Sus grandes ojos se abrieron desmesuradamente. Se mordió la manga del raído chaquetón y tuvo la impresión de que le echarían irremisiblemente a la calle.

—¿Te gusta la botánica? —le preguntó el doctor.

—¡Me apasiona, señor! ¡Pero no he robado su libro! Éste es ya el vigésimo libro suyo que leo, y los otros diecinueve los he regresado a sus estantes. ¡Créame, señor... no he querido robarlos...!

Con lágrimas en los ojos, el doctor abrazó al pequeño. Lo llevó a comer a su mesa. Y en lo sucesivo lo trató y ayudó como si fuera su propio hijo.

Con la ayuda y el estímulo humanitario del doctor Stobaeus, y con el empuje formidable de su genio y apasionamiento, el pobrísimo estudiante pudo cursar las Ciencias Naturales en el colegio Lund, y más tarde en la Universidad de Upsala. En 1730 dio una serie de conferencias y demostraciones públicas en los jardines botánicos suecos, que empezaron a darle fama. En 1732 realizó un viaje de exploración a las desoladas regiones de Laponia y otro a Dalecarlia. Estudió medicina en Holanda e Inglaterra hasta graduarse como médico, y ejerció esta profesión en Estocolmo. Todo ello, desde luego, sin olvidarse ni abandonar el cuidado de sus preciosos vegetales, tan espléndidamente cuidados, que le valieron el sobrenombre de el *Rey de las Flores*.

A los 22 años de edad, aquel joven creó un método para clasificar el sexo de las plantas; a los 30 ideó un sistema binario de nomenclatura y puso orden en el caos existente. Con sólo dos palabras latinas describió de manera sencilla y práctica a todo ser viviente. Y aquellas dos palabras mágicas tenían además la virtud de señalar claramente la relación de aquel ser con todos los demás.

Se hizo famoso. Sus obras, entre las que se cuentan: *Florea sueca*, *Fauna sueca*, *Filosofía botánica* y *Especies de plantas*, popularizaron los estudios botánicos. Casi todas las academias científicas de Europa lo hicieron miembro suyo. En 1746

se emitió una medalla en su honor. Lo hicieron caballero de la Estrella Polar y le otorgaron un título de nobleza.

Pero aquellos honores y riquezas no lo envanecieron. Humilde, como siempre, adoptó para incluirla en su escudo de armas nobiliario una pequeña flor —la *Linnea Borealis*— que él descubriera en sus días de pobreza y a la que adoraba con todo su corazón porque era tan oscura, delicada y humilde como él...

Carlos Linneo —que así se llamaba nuestro joven estudiante— brilló esplendoroso hasta el día de su muerte, que sobrevino en 1778. Toda Suecia lloró inconsolable. La universidad se vistió de luto, se pusieron las banderas a media asta y el rey dirigió a su pueblo una sentida proclama, doliéndose de pérdida tan irreparable.

El joven pobre y vivaracho, el estudiante que comía por casualidad, el que leía a hurtadillas los libros ajenos, había llegado a ser, con el tiempo, una de las más grandes figuras de la humanidad. Su constancia y su tenacidad sin límites, su amor a la ciencia y su pasión por el estudio de la naturaleza, son un ejemplo vigoroso que debe servir de estímulo a nuestros jóvenes escolapios que desesperan y desalientan en medio de su pobreza.

Nosotros mismos, cuando nos vemos precisados a escribir a lápiz estos artículos, por falta de una máquina; cuando alguna vez queremos desmayar en el propósito; cuando la miseria parecía abatirnos; cuando el infortunio nos dejó huérfanos y descalzos en la infancia y se ensañó tan cruelmente que nos llegó a parecer que nuestro bendito y anhelado doctor Stobaeus tardaba mucho en llegar, ¡cómo nos sentimos confortados al pensar en las ropas raídas de Linneo, en su tesón sublime, en las bolitas de papel con que taponaba los agujeros de sus viejos y queridos zapatones...!

El sexo débil

“Dios ha creado a la mujer —solía decir la hermosa madame Dubarry— para inspirar amor y calmar la salvaje furia del hombre.”

Esta es una verdad de a folio. Cuando Livia Drusila, “una belleza casi perfecta” se presentó ante Octavio Augusto para implorarle de rodillas le concediera clemencia a su esposo (que estuvo complicado en la guerra sangrienta de Perusa), nadie daba un denario por la vida de Tiberio Claudio. La opinión general era que la misma Livia se jugaba la existencia con su rogativa, porque el futuro emperador estaba poseído de una furia salvaje. Pero Augusto se sintió conmovido al ver anegados en lágrimas unos ojos tan hermosos. Su corazón se estremeció de ternura al escuchar una voz tan dulce y acariciadora. Su pulso tembló al posar su mano sobre unos cabellos tan sedosos y perfumados, peinados con inigualable coquetería. Su alma se recreó contemplando embelesado a esa semidiosa que el destino le enviaba y se enamoró perdidamente de ella.

Perdonó a Tiberio, pero lo obligó a divorciarse de Drusila. Y ya libre ésta, Augusto la buscó para rogarle que se casara con él. Dice la historia que aquella mujer singular fue una magnífica emperatriz. No sólo se hizo adorar de su esposo, sino que todo el pueblo llegó a idolatrarla por su gran inteligencia, su vasta cultura, su exquisita elegancia, su extrema docilidad, su infinita ternura y su intachable conducta. Y, sobre todo, por su extraordinaria habilidad para contener y aconsejar a su marido. Su influencia sobre Augusto fue tan benéfica y tan irresistible, que varios historiadores aseguran que el emperador dominaba al mundo... ¡pero obedecía a Livia!

“La mujer —escribió con ironía Alejandro Dumás, hijo, el celebrado autor de *La dama de las camelias*— es más débil que el hombre. Fue lo último que hizo Dios, descansando después; así es que se nota en ella la fatiga del autor del universo.” Ésta es una mentira, también de a folio. La mujer es, tal vez, la obra suprema de la creación. Su influencia y su poderío suelen ser incontrastables. ¿Quién no recuerda el caso increíble de Catalina Mansdotter?

“Hija de un rústico cabo de guardia —dice de ella el historiador Federico Carlos Sainz de Robles— y de una maldiciente verdulera, vivía en el mercado de Estocolmo, sucia, harapienta, pícara... ipero de una graciosísima belleza deslumbrante! Catalina era el ídolo de los hampones, galloferos, vagabundos, menestrales y obreros de la capital de Suecia. Sus pretendientes se contaban por centenares. Y entre ellos se suscitaban continuas riñas, que presenciaba Catalina, muy satisfecha y hasta animadora de los púgiles. Al vencedor acostumbraba premiarlo con un beso, y al vencido lo consolaba con un nabo...

”Pasando un día por la plaza del mercado el futuro Érico XIV, joven príncipe sentimental, sencillo y soñador, conoció a la sugestiva Catalina Mansdotter y se enamoró locamente de ella. Ni el padre cabo, ni la madre verdulera, ni los pretendientes hampones, ni la educación callejera de la garbosa muchacha lograron sobreponerse al amor inmenso de Érico.”

El joven príncipe hizo instruir rápidamente a su amada y se casó con ella. La boda fue sumamente pintoresca. En ella estuvieron presentes todos los artesanos, obreros, vagabundos y hambrientos de Estocolmo. Pero Catalina no fue reina sino durante tres meses. Los hermanos de Érico se sublevaron contra él y lo metieron en prisión, juntamente con Catalina. En 1753 fue separada de su esposo. El joven rey quedó tan deprimido por la separación, que no pudo sobrevivir.

Al quedar viuda, le fue regalado a Catalina el señorío de Liukiana. Ella supo hacer uso noble de su fortuna, favoreciendo incansablemente a sus antiguos amigos y compañeros, los desheredados. A Catalina Mansdotter la amaron sus amigos y su pueblo todo. No obstante su humilde origen, merced a su gracia, a su belleza, a su maliciosa picardía y a la fuerza arrolladora de su personalidad, pasó por la vida como una verdadera reina, como la hermosa Cenicienta de un cuento de hadas de Perrault...

“La mujer —afirmaba Shakespeare— es un manjar digno de los dioses... ¡cuando no lo guisa el diablo!” Al lector amable tócale confirmar o refutar lo dicho por el inmortal autor de *Hamlet*. Limitémonos a narrar un caso alusivo. ¿El de madame Talién? ¿El de Terencia? ¿El de Laura Bassi? ¿El de Isabel de Portugal? ¿Acaso el de Hortia?

Tomemos al azar una sabrosa anécdota que refiere don Vicente Vega: "Cuéntase —dice el célebre escritor español— que al día siguiente de una discusión en el Ateneo, en que el poeta don Ramón de Campoamor se había mostrado hasta cierto punto libre pensador y heterodoxo, le encontró uno de los que habían sido sus contradictores, en el momento en que salía de la misa en una iglesia cercana a su domicilio.

"—¡Calle, don Ramón...! ¿Oye usted misa?"

"Y el poeta romántico hispano contestó, no sin cierta ironía: —Bueno... ¡entre oír misa y oírle la boca a mi mujer...!"

Mientras el lector amable da su propia opinión, yo repetiré, con toda mi alma, la frase de Eusebio Blasco: "La mujer es un abismo... ¡tégame usted el sombrero que me voy a precipitar en él!"

Locura de amor

Era la noche del sábado. Pero no se trataba de la portentosa novela escénica de don Jacinto Benavente, de ese título, que con tanto éxito estrenó doña María Guerrero en el Teatro Español de Madrid en 1903 y la cual pasa por ser de muy difícil interpretación, al grado de que se la considera piedra de toque para revelar el temperamento dramático de las grandes actrices. Era la noche del sábado, fecha de la reunión hebdomadaria de nuestro pequeño cenáculo, formado por amigos de las bellas artes. Hacia las 20:30 horas empezaron a llegar a nuestra residencia los licenciados Alejandro Cepeda Medina, Javier Olazábal Sierra y Gerardo López Ramírez, acompañados de sus esposas Carmela, Coco y Tata, respectivamente; el contador público José Alberto Mota Torres y Reina, su señora, y el contador e impresor Vicente Mota Torres, del brazo de su mujer, Elba.

De recibirlos y hacerles los honores de casa se encargaron mi esposa Esperanza y mi hija María del Rosario. Y mientras yo colocaba en el estéreo un cassette de María Ca-

llas para que escuchásemos trozos selectos de las óperas de Verdi en tan privilegiada voz, Carmela se acercó a la chimenea y señalando un pequeño grupo escultórico que la adorna, dijo:

—Esta hermosa pareja de jóvenes que se besan apasionadamente, son Psiquis y Amor. Los conozco. Él, como dios del Olimpo, tiene vigorosas alas de ángel. Ella, una mortal, es de una belleza arrobadora. Pero ¿qué tan tormentosos fueron sus amores?

—Una verdadera borrasca —respondí—. Según cuenta Apuleyo en sus *Metamorfosis*, el rostro divino y el cuerpo escultural de Psiquis le ocasionaron celos a la diosa Afrodita, la cual le ordenó a Cupido que provocara la desgracia de la joven, disparándole una de sus fatídicas flechas de plomo. Pero Cupido —es decir, Amor— al hallarse frente a la que debía ser su víctima, la encontró tan deliciosamente hermosa, tan seductora y tan dulce, que se enamoró de ella con tal fuerza que no sólo desobedeció el encargo, sino que hizo de aquella beldad su compañera. Se amaron con el fuego que revela esa estatuilla debida al genio del escultor italiano Antonio Canova. Pero tuvieron que separarse cuando ella faltó a su palabra y llegó a revelar la identidad de su amante. Psiquis, desolada y llorosa, buscó durante mucho tiempo a su galán y tras de largos y agitados viajes y de no pocas desventuras, pudo volver a reunirse con él. Y esta vez para siempre, porque en premio a su gran amor, los dioses le concedieron a ella también la inmortalidad...

—Lo más notable de esa obra —terció el licenciado Cepeda— es la sensualidad exquisita, el sentimentalismo lleno de ternura que plasmó Canova en ella. Y como tales seres no fueron reales, debe admirarse la fuerza imaginativa del escultor, que le llevó a crear dos seres de fantástica hermosura. Sobre todo, al tallar la figura de la dama no parece que se la contemplase con los ojos del cincelador, sino con los mismísimos de Cupido...

—Así es, licenciado —respondí—. El amor es el mejor pintor, el escultor supremo, el poeta más dulce. Bajo la magia del enamoramiento se han creado los mejores versos, se han pintado las telas más bellas, se han esculpido los más estu-

pendos mármoles, se han escrito las novelas y los dramas más conmovedores. La historia del arte está llena de estos enamorados...

—¿Podría usted citar alguno realmente conmovedor? —preguntó Carmela.

—Sí, señora. El escultor francés contemporáneo, Jaques Zwobada, discípulo y seguidor de Rodin al comienzo de su carrera, se enamoró tan locamente de su esposa —bastante guapa, por cierto— que al tratar de plasmarla en sus mármoles abandonó el camino de la figuración y rumbó hacia un concepto escultórico del movimiento por volúmenes y huecos, y con ello cinceló para la posteridad. Y al morir repentinamente su amada, fue tan grande su dolor que no la sobrevivió mucho. Y dedicó el tiempo que le quedaba de existencia a erigir un monumento funerario a la memoria de su mujer, en el cementerio de Mentana, cerca de Roma. En ese mausoleo hallaron sitio obras tales como las esculturas denominadas *La pareja* y *Cabalgada nocturna*.

—¿Dice usted que Zwobada es contemporáneo? —inquirió don Alejandro.

—Lo es. Murió en 1967.

—Pero ha dicho usted, profesor —insistió doña Carmen— que el amor ha enloquecido a escultores, poetas y pintores, tornándolos más imaginativos, más creadores, más artistas. ¿Podría narrar la vida de uno de ellos, que realmente haya enloquecido de amor?

—Podría relatar las vidas de muchísimos. Entre ellas la del poeta José Cadalso quien enloqueció al morir su adorada, la actriz María Ignacia Ibáñez, y quien por dos veces intentó robar su cadáver, sustrayéndolo de la capilla de una iglesia, para de nuevo ver junto a sí aquel rostro divino y tornar a besarlo... o podría relatarles...

—Profesor —interrumpió el licenciado Cepeda Medina— ¿no podría mejor contarles a las señoras aquí presentes el caso de alguna mujer famosa que haya enloquecido de amor?

—¿Bailarina, poetisa, pintora, música, actriz o reina...? —pregunté—.

—¡Una reina! ¡Una reina! —exclamó Carmela—. Debe ser interesante saber que una soberana, ante quien han de doblegarse todas las voluntades, se doblega a su vez ante un cariño extraordinario.

Las otras parejas del cenáculo nuestro, que habían estado haciéndole los honores al Old Parr, se aproximaron a la chimenea.

—¿Una reina, loca de amor? Debe ser interesante —comentó José Alberto.

—Narraré —dije— el caso de la reina de Castilla, doña Juana, hija de la famosa doña Isabel la Católica, casada con el príncipe alemán Felipe, a quien la historia conoce por el mayor atributo que tuvo. Se le llamó Felipe *el Hermoso*.

Doña Juana adoraba a su marido. Sólo vivía para él, a pesar de que éste, abusando de ese cariño extraordinario, le daba una vida de infierno, ya que ella era celosa y él casquivano. Ahora bien, *el Hermoso* falleció en Burgos el 25 de septiembre de 1506 a consecuencia de haber bebido un vaso de agua helada después de un agitado juego de pelota.

Doña Juana se volvió loca de dolor. Durante varios días permaneció llorando abrazada al cuerpo inerte de su esposo. Luego lo hizo embalsamar y salió en peregrinación por el reino, llevando el féretro consigo y sin admitir que a él se aproximasen las mujeres. Con su siniestro cortejo, fue de Burgos a Miraflores; de allí a Torquemada, Tortoles, Arcos y Tordesillas. El viaje duró meses y frecuentemente la reina abría el tétrico ataúd para poder besarle los pies al bienamado... Y cuando los adorados restos mortales fueron depositados al fin en el monasterio de Santa Clara, hizo que el féretro se colocara de manera que la reina pudiera verlo desde un balcón de su palacio. Y ella —loca de amor— permanecía constantemente en esa ventana, mirando el catafalco y desdeñando las proposiciones de matrimonio que le llegaron a hacer algunos otros reyes y príncipes.

Doña Juana, hipnotizada por aquel féretro, pasó a la historia con el nombre de doña Juana *la Loca*...

Por encima de la adversidad

Sobreponerse al infortunio, nadar contra la corriente de la desventura sin que el ánimo se acobarde; trepar a pulso por la escarpada vertiente de la desdicha, hincando con fe las uñas en las ligeras anfractuosidades de la montaña para llegar por fin a la cumbre, es algo reservado para los espíritus fuertes, para los mártires y para los héroes.

Según eso ¿fue un héroe Víctor Poncelet? ¿Podría decirse que fue un mártir de la ciencia? Dejemos que lo decida por sí mismo el lector amable.

El 18 de noviembre de 1812, cuando el ejército francés se retiraba desastrosamente de Moscú, acosado por el enemigo, el frío y el hambre, un joven oficial de ingenieros, Víctor Poncelet, cayó herido sobre las nevadas estepas que conducen a Krasnoi. Las tropas del mariscal Ney lo abandonaron creyéndolo muerto. Pero una patrulla rusa que acudió atraída por su uniforme de ingeniero, notó que aún respiraba y lo recogió para interrogarlo.

Malherido, debilitado por la sangre perdida, Poncelet fue obligado a marchar a pie durante varios meses a través de los páramos desolados, sin más abrigo que su raído uniforme, sin otro alimento que un mendrugo diario de pan negro y estremecido por un frío glacial que no sólo calaba los huesos sino que helaba el mercurio en los termómetros.

En marzo de 1813, más muerto que vivo, trasijado y ojoso, llegó Poncelet a la prisión de Saratoff, en los bancos del Volga. La mayoría de sus compañeros de infortunio no resistieron la bárbara caminata y quedaron esparcidos a lo largo del trayecto. Pero el oficial francés no parecía abatido. Al contrario, mirábase rebosante de felicidad. Un fuego interior aparentaba caldearle la sangre. Se diría que una luz íntima le abrasaba las pupilas radiantes. ¿Que había sucedido, pues, en la espantosa peregrinación? Hélo aquí:

Cuando Víctor yacía sobre la frígida sábana, desangrándose y castañeteando los dientes, su mente enfebrecida, en un golpe intuitivo prodigioso, halló de pronto la solución de un problema matemático que lo agobiaba y entrevió de súbito la posibilidad de crear una nueva Geometría que estudiara las

propiedades de las figuras, aquellas que no varían cuando se las somete a proyecciones o secciones. Una geometría tal, pensó, sería de alcances teóricos y prácticos fantásticos. Y Poncelet, por las noches, tras las marchas extenuantes, en vez de lamentarse como los otros, en lugar de pensar en el hambre y el frío, se abstraía en sus pensamientos y se entretenía junto a la hoguera, trazando líneas y ecuaciones sobre la inmaculada blancura de la nieve.

Insensible a la desdicha, no tenía tiempo más que para su nueva Geometría Proyectiva. Y cuando al fin lo recluyeron en la cárcel de Saratoff, usando pequeños carbones llenó las paredes de su celda con figuras geométricas, con demostraciones de teoremas científicos que, meses después, iban a llenar de asombro a toda la humanidad...

Pero el de Víctor Poncelet no fue el único caso de valor excepcional delante del infortunio que se registró en esa hecatombe napoleónica en que los ejércitos galos se retiraban flagelados por un frío espantoso. Hubo otros muchos. Entre ellos el extraordinario del doctor Juan Domingo Larrey.

Los elementos naturales desencadenados golpeaban las divisiones, destrozándolas y haciéndolas marchar en desorden. Los hombres, cansados y hambrientos, se convirtieron en bestias feroces que se disputaban los últimos mendrugos del abastecimiento. El hambre fue tan atroz que se registraron casos de canibalismo!...

En medio de tanto horror, sólo un hombre —un héroe de la ciencia también— pensó en otra cosa que en salvar el pellejo. Y mientras los demás se disputaban una manta, un trozo de alimento, el doctor Larrey recorría incansable las columnas militares, operando a los heridos sobre el duro y helado suelo, examinando a los enfermos, estudiando el fenómeno del congelamiento humano y anotándolo cuidadosamente.

“En la noche del 8 al 9 de diciembre de 1812 —relata en sus apuntes— el termómetro descendió hasta 30 grados centígrados bajo cero. El aspecto de nuestro campamento a la mañana siguiente causaba profunda impresión. Estaba cubierto de cuerpos, los cuales se creyó al principio que eran hombres dormidos, aunque en realidad estaban mortalmente heridos por el frío. Los que escaparon al triste destino de la congela-

ción, permanecían en un estado de estupidez. Apenas podían caminar ni pronunciar una palabra. Estaban desfigurados; no se reconocían entre sí, y si en las marchas forzadas del ejército no se les hubiese obligado a caminar, hubieran perecido todos...”

El doctor Larrey, termómetro en mano, recorría las filas de aquellos espectros, a la manera en que años después lo haría Florencia Nightingale con su lámpara piadosa en los campos de Crimea. Los síntomas, el cuadro clínico de la congelación humana, están descritos en los apuntes de aquel médico esforzado. Su observación admirable de que el frío extremo afecta más a los jóvenes que a los viejos, más a los fuertes que a los débiles, más a los descansados que a los extenuados, dio luego la pista para encontrar el mecanismo fisiológico que nos defiende del frío y propició grandes progresos en la física y la medicina. ¿Cómo podía Larrey pensar en sí-mismo, en la conservación de su vida, cuando se le deparaba la ocasión irrepetible de estudiar un fenómeno vital? ¿Cómo reflexionar en su propio sufrimiento, cuando podía mitigar en algo el de los demás?

Hay desventuras peores que las del más duro invierno, como hay caminos más escabrosos aún que las desoladas estepas rusas. El caso doloroso de Luis Van Beethoven es buena prueba de ello. Cuando el músico genial se dio cuenta, horrorizado, de que se estaba quedando sordo, le escribió a su amigo el doctor Wegeler: “Tu Beethoven es profundamente desventurado. Debes saber que la parte más noble de mí mismo, mi oído, se ha debilitado mucho. Ya en la época en que estábamos juntos sentía síntomas del mal y lo ocultaba; pero después ha empeorado. ¿Curaré? Lo espero, naturalmente, pero muy poco, porque estas enfermedades son de las más incurables, ¡Qué tristemente vivo, abandonando todo lo que amo y me es más querido, y en un mundo tan miserable, tan egoísta!... ¡Triste resignación ésta en la cual debo refugiarme! Naturalmente que me he propuesto reponerme de estos males. Pero ¿cómo me será posible?”

Cuando la sordera fue casi completa, Beethoven no se declaró vencido. Al contrario, se sobrepuso a su desdicha. Y como todavía bullían en su alma y su cerebro las más excelsas

inspiraciones, se las ingenió para poder seguir componiendo: colocaba una varilla de madera sobre la caja del piano, y el otro extremo del palo lo mordía, lo sujetaba con los dientes. Así, al resonar las cuerdas del instrumento, las vibraciones sacudían su mandíbula y transmitían a su cerebro, a través de los huesos, la impresión de los sonidos. Fue así, poseído de un tesón increíble —enfrentándose valeroso a su desgracia— como Beethoven pudo legarle a la humanidad algunas de sus más grandes creaciones musicales. Las notas de *La sensitiva* —su maravillosa sonata para piano— y los acordes inigualables de la *Novena sinfonia*, antes de hacer vibrar el alma entusiasmada del mundo, antes de hechizar con su encanto a los más selectos espíritus del orbe, tuvieron que recorrer la varilla de madera para hacer vibrar las quijadas contraídas, tesonerías, invencibles, del divino músico de Bonn...

Recordando a Poncelet, a Larrey, a Beethoven, ¿no es verdad que acuden espontáneamente a la memoria los versos estimulantes de Almafuerte?:

No te des por vencido, ni aun vencido;
no te sientas esclavo, ni aun esclavo;
trémulo de pavor, piénsate bravo
y acomete feroz, ya mal herido.

Ten el tesón del clavo enmohecido
que ya viejo y ruin vuelve a ser clavo;
no la flexible intrepidez del pavo
que amaina su plumaje al primer ruido...

Señor, ¿por qué hiciste al tigre...?

Ayer domingo cuando llegué a casa, encontré a mi hermano José Cruz inspeccionando los libros de mi biblioteca, en tanto que su esposa Lydia y mi mujer, Esperanza, sacaban hielos del refrigerador para unos refrescos.

—¿Te interesa alguna de esas biografías? —le pregunté, al notar que examinaba precisamente esa sección.

—Este libro de Harold Lamb sobre Gengis Kan ¿es interesante?

—Es soberbio, pero está lleno de crueldades inauditas. Da horror enterarse de a qué extremos pueden llegar no sólo el sadismo y la sevicia, sino la mismísima protervia. A Gengis Kan lo llamaban “Azote de Dios”, “Poderoso asesino” y “Señor de tronos y coronas”. Un día —cuenta Harold Lamb— en el pabellón de Karakorum le preguntó el kan a uno de los oficiales de su guardia mongola cuál era, a su juicio, la cosa que proporciona mayor felicidad en todo el mundo.

El interpelado lo pensó unos momentos y dijo: “Creo que no hay nada mejor que una abierta estepa, un día claro, un caballo ligero y un halcón en el puño para salir a cazar las liebres...”

“¡No! —interrumpió el Kan—. Las liebres son poca cosa. La mayor felicidad consiste en aniquilar para siempre a los enemigos; en verlos caer a nuestros pies, chorreando sangre; en tomarles sus caballos y arrebatárles sus bienes, todo en medio de los lamentos y los gritos de horror de sus hijos y de sus mujeres...”

—Eso —exclamó José Cruz— es horripilante. No sólo vulnera el quinto mandamiento de la ley de Dios, sino que, como ya lo has dicho, degenera en la más dolorosa protervia. El “no matarás” debe prevalecer siempre sobre las conciencias. Y el “no hurtarás” sobre todos nuestros actos.

—¿Se te hace muy cruel el pensamiento y la acción de Gengis Kan? ¡Pues espera a que te relate lo que hizo Basilio II, emperador de Oriente!

—Entiendo —dijo mi hermano— que el segundo de los Basilios fue un tirano en Bulgaria.

—Lo fue. En el año de 996 emprendió una campaña militar contra los sarracenos. Durante casi veinte años, en su avance cruel y tesonero sobre los poblados enemigos, cometió un sinnúmero de infamias. Y en el año 1014, dueño al fin de Bulgaria, decidió dar el asalto final contra las fuerzas del zar Samuel, el último de sus enemigos. Pero antes de ordenar la acometida, hizo que se congregara en una llanura a 15,000

cautivos búlgaros. Mandó separar a 150 y ordenó que le sacaran un ojo a cada uno de ellos.

—Y a los 14,850 presos restantes ¿les perdonó la vida?, ¿les respetó su integridad física?

—¡Qué los iba a respetar! Mandó que a todos ellos se les sacasen los dos ojos, a pesar de sus lamentos, súplicas y resistencias. Luego los hizo tomarse de la mano unos a otros, y puso al frente de cada 99 ciegos a un tuerto, para que éste les sirviera de guía. Y se los envió al zar.

Cuenta la historia que cuando Samuel vio llegar a aquellos infelices con las cuencas vacías, chorreando sangre y maldiciendo a gritos, se impresionó y conmovió tanto que allí mismo quedó muerto de un síncope cardíaco.

—Fue una crueldad refinada e innecesaria —comentó José Cruz—. Dicen los fastos históricos que Basilio habría ganado la batalla final aunque no hubiera causado previamente un daño tan espantoso. Pero, ya lo dijo el humorista George Bernard Shaw: “La crueldad sería deliciosa si se encontrase una clase de crueldad que no hiciese daño”.

—De todos modos —dije— los anales del mundo contienen salvajadas peores aun que las de Basilio o de Gengis...

—¿Es posible?

—Lo es, José Cruz. Los indios araucanos que, como sabes, habitaban el sur de Chile, entre el Itata y el río Toltén, fueron atacados un día por la tribu salvaje de los caribes. La matanza fue copiosísima y el botín tremendo. Nada se desperdició de aquella pelea, porque los vencedores, que lo fueron los de Caribana, se robaron a las guapas mujeres de Araucaria y... ¡se comieron a los maridos!

—Ese salvajismo —comentó José Cruz— no es defendible, pero sí explicable. Los caribes eran indígenas tan hambrientos que practicaban el canibalismo. Todos ellos, por supuesto, ignoraban los proverbios misericordiosos del Evangelio. Y no sabían el que expresa: “Con la vara que mides, serás medido...”

—¿Conoces —le interrumpí— el caso estrujante de Juan Bautista Carrier? Fue en aquella época en que se levantó un altar a la Diosa Razón...

—¿Durante la revolución francesa?

—Sí, José Cruz. Juan Bautista, hacia 1793, fue nombrado procónsul de la ciudad de Nantes. Y como quería congraciarse con los líderes de esa era, llamada del Terror, en cuatro meses ejecutó a unas 16,000 personas, incluidas en esa cifra cerca de tres mil criaturas no mayores de siete años. Mas como los que operaban las guillotinas no se daban abasto, organizó fusilamientos en masa. Y luego, para ahorrar balas y pólvora, mandó recluir a los detenidos en barcos previamente agujerados, los que se iban a pique, al fondo cenagoso del río Loire. Pero en el caso de Carrier, muy pronto tuvo aplicación el proverbio evangélico que has invocado, porque con la misma vara con que él midió, lo midieron.

—¿Lo ejecutaron?

—Sí. Apresado por tales excesos, fue guillotinado públicamente el 16 de noviembre de 1794. Por cierto que ese monstruo todavía tuvo la desfachatez de gritarle colérico a la muchedumbre: “¡Pueblo vil...! ¡Cuánto siento haberte servido!...”

—Lo ocurrido a Carrier —dijo mi hermano menor— viene a confirmar las palabras de Federico de Prusia: “El que da lecciones de asesinato, debe temer que algún día lo alcance el puñal de sus discípulos”. Ese Carrier, ese Gengis Kan, ese Basilio II, son verdaderos tigres humanos...

—Peor que eso, hermano. Escucha, al respecto, el durísimo, severo y casi maldiciente soneto que Julio Flórez tituló “¡Dios mío!” y que es una condenación del alma depravada de los hombres:

¿Por qué hiciste, Señor —oye mi queja—,
al tigre que, famélico, del risco
abrupto baja al sosegado aprisco
a hundir su garra en la apacible oveja?

¿Por qué, Señor, creaste la serpiente
que, oculta en un recodo del camino
hinca en el descuidado peregrino
su largo, agudo y venenoso diente?

¡Ah! todo puede ser... pero ¡Dios mío!
¿Por qué formaste al hombre, ese sombrío
ser más feroz que el tigre y la serpiente?...

¡Como él junta al instinto de la fiera
la reflexión, sobre el planeta impera!
¡Reina en él y se hace omnipotente...!

Panegírico de la fealdad

—Mis condiscípulas en el Instituto —dijo aquella tarde mi hija María del Rosario—, opinan que tú eres el cantor de la belleza femenina. Para ellas los mejores “Minutos culturales” que has escrito son aquellos en que destacas la hermosura de unos ojos rasgados o el mohín enloquecedor de unos labios coquetos. Pero ¿sabes lo que se le ha ocurrido a una de ellas?

—Si no me lo dices...

—Apuesta a que no podrías escribir un bonito artículo en que los personajes fuesen decididamente feos.

—Bueno, tal vez no me resultará bonito, pero escribirlo sería sencillísimo. El material abunda. Ten en cuenta que la fealdad es más copiosa que la hermosura. Y, gracias a Dios, la mujer tiene otros dones distintos de la lindura para enorgullecerse. Por ello el poeta y novelista francés Teófilo Gautier pudo decir: “Si la belleza constituyera el único mérito de las mujeres, todas las feas deberían ahorcarse”.

—Suponiendo que los escribieses, ¿de qué tratarían esos “Minutos”?

—Podrían tratar de seres tan extraordinariamente feos como doña Ángela Peralta, Aleksei Tolstoi, Hans Christian Andersen, Honoré de Mirabeau, Abraham Lincoln, Nicolò Paganini...

—¿Paganini, el gran violinista?

—El más extraordinario que ha producido la humanidad. Era excesivamente flaco —de una delgadez espectral—; sus cabellos largos y escasos; su nariz ganchuda; sus brazos descomunales, como los de un gorila. Sus ojos brillaban con un resplandor siniestro. Al tocar, se encorbaba, abría el compás de las piernas y se balanceaba grotescamente. Parecía un Mefis-

tófeles, violín en ristre. A pesar de ello, jamás tuvo complejos. Sabía que su arte era exquisito, y al interpretar las grandes melodías, se transfiguraba. Un fuego interno parecía aflorar y vivificarlo. El arco, como guiado por el mismísimo Apolo, arrancaba gemidos conmovedores o risas tonificantes. No sólo estaba orgulloso de su maestría musical, sino de su misma fealdad.

—¿Orgulloso de ser feo?

—Como lo oyes. Él mismo llegó a decir: “El espejo me dice que soy muy feo y hace tiempo dejé de ser joven; pero cuando las mujeres escuchan mi música y mis tonos aterciopelados, comienzan a llorar; entonces soy su ídolo y ruedan a mis pies...”

—Cambiano de héroe, ¿qué podrías decir acerca de una mujer horrible?

—Podría relatar la vida desventurada de la infanta Isabel, hermana mayor del rey Alfonso XII de España; o la no menos novelesca de Luisa María de Francia, hija de Luis XV —*el rey Sol*—, que era endeble y contrahecha; o la de Úrsula Southill Shipton, la cual encarna el colmo de la fealdad humana, al grado de que en la historia se la conoce como *la hija del Diablo*...

—¿Quién fue y qué hizo ese vástago de Satanás?

—Era una dama inglesa de aspecto horripilante. Cuentan que quienes se la tropezaron súbitamente en la noche, murieron de espanto. Pero aquel engendro poseía una inteligencia sobrenatural y un corazón tiernísimo. Profetizaba el futuro y adivinaba el pasado. Sus consejos siempre fueron conciliadores y constructivos. Jamás administró un brebaje que enloqueciera o una tisana atosigante. Sus curas eran a base de hierbas y parecían milagrosas. La gente le temía por su hórrido aspecto, pero en el fondo la adoraba y bendecía por sus virtudes. “La hija del diablo —decían— es un monstruo que tiene por corazón una onza de oro.” Y si lo que acabas de oír te parece estrujante en demasía, podría relatar el duelo de dos grandes artistas, una muy fea —*madame* Catalina Duchesnois— y otra guapísima —*mademoiselle* Georges— en que pudieron más las excelencias de una voz poderosa, matizada y de magnífico timbre, adunada a una mímica adecuada, que el mero encanto

de unos bucles dorados, una boquita acorazonada y unas pestañas como la seda...

—¿Ganó la artista fea?

—Sí, y en forma abrumadora. Por cierto que esa artista que distaba mucho de ser linda, mereció los epítetos de reina de la sensibilidad y actriz favorita de Racine.

—Y, ¿qué final poético podrías darle a tales “Minutos”?

—Escoge tú. ¿Lo quieres lírico, conmovedor, sarcástico, o cómico?

—Me gustaría oír un epílogo conmovedor.

—Helo aquí: Marianela —en la novela de Benito Pérez Galdós que lleva ese nombre— es una huérfana ignorante y bastante fea, que ha sido recogida por la familia Centeno. La ocupan de lazarillo para el señorito Pablo Panánguilas, richón del pueblo y ciego de nacimiento. Ante la dulzura, afabilidad y bondadoso talante de Marianela, Pablo se enamora de ella. Un famoso oculista que examina al muchacho dictamina que podría ver si se le opera. Marianela, aunque desea lo mejor para Pablo, está desesperada porque sabe que éste la repudiará en cuanto la vea. Huye temerosa y cae enferma. Cuando Pablo recupera la vista, busca afanoso a su adorada y al fin la encuentra... pero su gesto de asombro, de desilusión, de desencanto, de profunda decepción, es tan patente que acelera el doloroso final de la pobre Marianela...

—Veamos cómo te sale un final cómico.

—Hay en la literatura española un poema de don Francisco de Quevedo, que se refiere a una vieja de rostro feísimo, que se encontró un espejo mientras hurgaba en un muladar. Narra el verso cómo la anciana examinó aquella luna y que al mirar en ella su espantosa cara, se asustó. La composición poética se llama “El espejo” y termina así:

Y arrojándolo en el suelo
dijo con rostro cruel:

—Bien supo lo que se hizo
quien te echó donde te ves.

Señoras: si aquesto propio
os llegare a suceder,
arrojar la cara importa,
que el espejo
no hay por qué.

Diálogo de la vejez

—Debe ser una obra muy hermosa la que estás leyendo —me interrumpió ayer tarde mi hijo Luis Enrique—. Hace rato que te observo, y la satisfacción que ilumina tu rostro es el mejor heraldo de que se trata de una lectura magnífica.

—Lo es, en efecto, hijo. Se trata del célebre diálogo “De la vejez”, de Cicerón, en que intervienen Catón, Escipión y Lelio. Estos dos últimos se muestran sorprendidos de la augusta serenidad con que Catón soporta los achaques de la vejez y le ruegan que les enseñe el método que le permite sobrellevarlos. Para ello, Catón comienza por refutar las principales acusaciones que se le hacen a la ancianidad y a sus lacras. Demuestra que no es verdad que impida ejecutar obras dignas de admiración y de encomio. Que no es cierto que debilita el cuerpo ni que impida los mayores y mejores placeres. Y más falso todavía que nos acerca irremediablemente a la muerte.

”Con precisos y estimulantes argumentos afirma que la vejez puede ser la edad más propicia para la realización de las obras supremas del espíritu. Que a edades avanzadas el cuerpo se ve libre de la tiranía definitiva de la muerte y que viene a ser, por lo mismo, el paso a la verdadera vida... ¡la inmortalidad!

—Bueno —alegó Luis Enrique—, yo todavía no sé si la vejez debilita o no el cuerpo y si lo vuelve inútil o no para los mayores placeres. Pero he leído que el filósofo Goethe decía: “Se burlaron de un hombre entrado en años porque le gustaban todavía las mujeres jóvenes; pero él alegó que ése es el único medio de rejuvenecerse. Y este método —agregó sonriendo socarronamente el autor de *Fausto*, quien ya frisaba en los 80 años— es el que más nos gusta a todos”.

—Hay una gran verdad en ese pensamiento. Al contacto con la juventud, como que se aligera la carga de los muchos años. Se diría que tuvo mucha razón el pensador teutón Feuchalerleban cuando escribió: “Nada hay que haga envejecer tanto como el miedo continuo de llegar a viejo...”

—Tengo entendido —interrumpió Luis Enrique—, que Juan Ponce de León, el conquistador español que en el año de 1511 solicitó y obtuvo autorización para emprender el descubrimiento y conquista de las islas Bimini, situadas al occidente de las Lucayas, tenía la ilusión de encontrar en ellas la fuente de la juventud eterna, por así afirmarlo los indígenas que las habitaban.

—Es verdad —dije—. Se aseguraba que quien se bañase en dicha fuente se volvía eternamente joven; que sus energías se revitalizaban y que terminaban todos los achaques de la ancianidad. Por cierto que Ponce de León tomó el mando de tres carabelas, exploró tales islas —que son un conjunto de cayos del archipiélago de las Bahamas, a 80 kilómetros de distancia de Miami, al norte de Cuba y al este de La Florida—. Son unas 21 islas habitadas, 681 islotes y 240 cayos, por los que deambuló el viejo conquistador, en medio de grandes penalidades y de feroces luchas. Tan fieras fueron éstas, que en 1521 murió a resultas de las heridas que recibió en uno de sus encuentros con los aborígenes.

—La vejez —agregué—, se vuelve a veces tan impresionante que en la civilización egipcia existieron, y aún sobreviven, tribus africanas que tienen la costumbre de matar a los viejos para “libertarles de la mancha de la vejez”, mancha que “humilla al hombre poniéndolo al nivel de un niño y haciéndolo débil y hasta repugnante ante los demás hombres”. Esta creencia, practicada tal vez con fines rituales en tiempos de las “dinastías predinásticas” con los viejos decrepitos, revestía aspectos enfadosos cuando se trataba de un faraón y no de un anciano cualquiera.

—¡Claro! Un faraón era un todopoderoso y aún siendo viejo sobaban quienes se encargasen de cuidarlo y de protegerlo... Únicamente los envidiosos y los herederos impacientes constituían peligros que les hacían imposible la existencia. De cualquier manera, esas prácticas salvajes son de otras edades y de diferente tiempo. Ahora se protege al viejo tanto como al joven...

—No te creas eso. En épocas hitlerianas o stalinistas, los viejos volvieron a ser meros estorbos. Por otra parte, el ánimo del individuo, la forma como envejece, quieren decir mu-

cho. No sé si conoces el caso de Paul Lafargue, un político francés, discípulo y yerno de Carlos Marx. Él y su esposa se adoraban apasionadamente. Pero un día él la encontró llorando y se enteró de que en el pelo de ella había aparecido la primera cana! Les entró pánico de tener que enfrentarse a los achaques de la senectud. Y un día, cuando bajo los párpados del marido aparecieron las primeras arrugas, se pusieron de acuerdo y, por miedo a envejecer... ¡se suicidaron!

—Me parece absurdo ese suicidio... ¡Matarse sin padecer un mal incurable, cuando incluso los agobios de la vejez todavía parecen distantes, casi se me antoja una estupidez...!

—¡Claro que lo es! —comenté—. La vida es un don que el cielo nos ha dado y no le corresponde al hombre ponerle límite. La desesperación de la vida, el desfallecimiento de la fe en Dios, sólo asaltan a los acobardados, a los pusilánimes, a quienes no han sabido vivir ni envejecer. Decía el gran poeta latino Horacio que “vive feliz y dueño de sí mismo aquel que cada noche sabe decir: ‘¡Yo he vivido!, que mañana Júpiter haga brillar el sol o cubra el cielo con una nube ¡qué importa!, ¡no puede ya borrar lo que le ha traído al alma una hora cualquiera de nuestra vida, pero que fue realmente feliz!’.”

—¿Recuerdas, papá, algún ejemplo histórico, el caso de algún viejo encariñado con la vida, el de algún anciano que, a semejanza de Catón, sí supo envejecer con dignidad y no se arredró ante la perspectiva de oxidarse con los muchos años?

—Recuerdo varios. Pero dime antes ¿prefieres el caso de un hombre, o te da lo mismo que te refiera el de una gran mujer?

—Me da igual. Incluso, ahora creo que preferiré el caso femenino...

—Bien. Como ejemplo, pues, de un corazón que no envejece nunca, de un alma que no se calcifica jamás, de una voluntad que no se amilana con las muchas décadas vividas, he aquí el de la famosa y hermosísima actriz francesa Cecilia Sorrel, que fue miembro distinguido de la Comedia Francesa desde 1903 hasta 1933. Era una actriz dramática cuya apostura, garbo y buen palmito le permitieron desempeñar papeles de dama joven a una edad avanzadísima.

"El día en que la bella viejecita cumplía noventa años, fue objeto de un homenaje que tomó luego las características de un acontecimiento mundial. Los banquetes, las representaciones, los saraos y las entrevistas, se multiplicaron. Pues bien, en la velada final, delante de la multitud, una reportera se acercó a la agasajada y tuvo la ocurrencia de preguntarle: '¿A qué edad, señora, terminan, para una mujer, los sueños de amor?'"

"Y la viejecita, con su voz poderosa de contralto, que oyó todo mundo, contestó: '¡Tal vez lo sabré algún día! Pero, gracias a Dios, todavía no he llegado a esa penosa edad...!'"

Sopas de su propio chocolate

Aquella mañana, cuando llegué a casa del abuelo, hallé a mi hermano Óscar convertido en un basilisco.

—¡Esto ya es insoportable! —exclamaba—. La podredumbre y la corrupción han invadido todos los círculos sociales. Por un puñado de pesos ahora cualquiera hipoteca su alma. Con una cartera bien repleta se pueden torcer todas las conciencias. Si se dispone de una cuenta bancaria suficientemente abultada, todo patán se convierte, de la noche a la mañana, en un caballero distinguidísimo. Creo que si el cardenal Richelieu viviese ahora, repetiría su frase lapidaria: "¡Dadme dos líneas escritas por la mano de un hombre honrado y yo encontraré de qué acusarle!"

—¿A qué se deben tantos espavientos? ¿Cuál es la causa de tus recriminaciones?

—¡No me digas que no te has dado cuenta! ¡Vives en Babilonia! Te aconsejo que mires a tu alrededor para que veas que la buena fe, la lealtad, la honradez y la hombría de bien, han desaparecido del orbe. Se venden honras, se compran sentencias, se enajenan amistades. A mí me parece que hemos vuelto a la época nefasta de Procusto...

—¿Por qué a la de Procusto?

—Pedazo de borrico, ¿no sabes quién fue Procusto?

—Claro que lo sé, Óscar. Fue un bandido legendario que en la antigua Grecia hacía que sus víctimas se acostaran en una cama de hierro y debían dar la medida exacta del catre porque de otra guisa le cortaba las piernas en lo que excedían el tamaño de aquel, o se las estiraba con cuerdas para alargárselas. A ese tormento se le llamó estar en el lecho de Procasto, es decir, en una situación angustiosa. Pero ¿por qué traes a cuento ese lecho famoso?

—Te lo acabo de decir. ¿No se está ahora en uno de tales lechos cuando se ventila una cuestión cualquiera ante los jueces? Si te sobra razón o te falta, poco importa. Te la agrandan o te la acortan, según convenga...

—Exageras, Óscar. A Dios gracias todavía hay jueces honorables; abogados que si estudiaron el Derecho no fue para tener un *modus vivendi*, sino para hacer que la justicia respandezca e impere entre los hombres. Además, tú lo sabes, esos jueces venales, tarde o temprano tendrán una sopa de su propio chocolate. Espero que recuerdes que Teseo, el héroe del Ática, capturó un día a Procasto y, para castigarlo, hizo que se acostara en su propio lecho de hierro... Y como el bandolero tenía las piernas sumamente largas, de un solo tajo de su espada se las cercernó para que diesen el tamaño justo del fatídico catre...

—Algo parecido —comentó Óscar— le había sucedido ya a Diomedes, rey de Argos y héroe legendario de la guerra de Troya, cuya crueldad era proverbial en toda la Argólida. Poseía una cuadra de furiosos caballos y se recreaba alimentándolos con carne humana. Todo extranjero que llegaba a su reino, o todo vasallo que le disgustaba, eran convertidos en pienso para sus voraces cuadrúpedos.

Hasta que un día llegó a ese reino el poderoso Hércules, quien no sólo no se dejó devorar, sino que hizo que el mismo Diomedes recibiera una sopa de su propio chocolate. Como consecuencia de ello, el rey de Argos, dando feroces alaridos de dolor y de rabia, sufrió las dentelladas de los briosos corceles y acabó su agitada existencia en los vientres de sus mismos animales...

—Bien —interrumpí—, ya que hablamos de este tipo de casos, bueno es advertir que no han sido raros en la historia.

Bagoas —por ejemplo—, el eunuco favorito del rey persa Artajerjes III, ayudó a su señor a dominar Egipto, unos 343 años antes de Cristo y se ganó su confianza. Pero el castrado era una mala pécora y cinco años después asesinó al rey y a todos sus herederos, menos al más chico de ellos de nombre Arsés, y a éste le entregó el poder y el cetro. Dos años después mató al buenazo de Arsés y elevó al trono a Darío III. Y cuando este último empezó a dar señales de no sujetarse de modo incondicional a los deseos y consejos del favorito, trató también de matarlo. Pero Darío era un chico bastante avisado. Hizo vigilar al eunuco, y cuando éste trató de envenenarlo, lo apresó. Y en medio de burlas sarcásticas lo obligó a beber su propio veneno, es decir, su propio chocolate.

—El ejemplo de Bagoas —dijo mi hermano— no deja de ser patético. Pero me parece que lo sobrepasa en realismo y espectacularidad el de Fouquier de Tinville, quien fungió como acusador público en el Tribunal Revolucionario de París, en plena era del Terror. Dicen los historiadores que Fouquier era despótico y atrabiliario y que sus instintos eran los de una fiera. Cuando algún acusado intentaba defenderse de las acusaciones que se le hacían, Tinville gritaba indignado: “¡No tienes la palabra!”, y no lo dejaba hablar, ni replicar, ni negar, ni defenderse... Por ello, el 7 de mayo de 1795, cuando el acusador público era a su vez conducido a la guillotina, la muchedumbre rodeó la carreta en que lo llevaban. Entre la multitud iban muchos familiares y amigos de aquellos a quienes Fouquier mandó despectivamente al patíbulo. Pero la muchedumbre no lanzaba insultos esta vez contra el condenado, ni le salpicaban el rostro de sangre, como en el caso de Robespierre. La plebe marchaba feliz y regocijada y, en forma acompañada, como si se tratase de un coro gigantesco, iba gritando a pleno pulmón: “¡No tienes la palabra!... ¡No tienes la palabra...!”

—En efecto —dije— has citado un caso sumamente patético, de esos en que se recibe una sopa de su propio chocolate. Pero si lo que quieres es verismo, desquite salvaje, venganza horripilante y cruel; algo que esté por encima de todos los escrúpulos, entonces se debe evocar el del gran artista florentino Benvenuto Cellini. Como recordarás, Cellini cince-

ló —entre otras muchas obras inmortales— la *Ninfa de Fontainebleau*, que resultó de una belleza extraordinaria. Las líneas de la escultura se antojan divinas, por más que exageró un poquitín las de los muslos y las pantorrillas. Esa obra de arte estaba destinada al tímpano de la puerta de entrada del castillo de Fontainebleau, pero en vez de ello, a la muerte del rey Francisco I, Diana de Poitiers la hizo colocar en la puerta de su castillo en Anet, y allí estuvo hasta el año de 1806, en que fue llevada en triunfo al museo de Louvre.

”Pues bien, el modelo para esa ninfa esplendorosa fue una linda muchacha de nombre Catalina —misma que habría calificado en cualquier concurso de Miss Universo, si entonces se hubiesen celebrado ese tipo de competencias—. La jovencita era amante del escultor, pero lo engañaba con Paolo, uno de los ayudantes jóvenes del gran orfebre.

”Un día en que Cellini volvió inesperadamente al taller, sorprendió a su amante en los brazos de Paolo, su discípulo favorito y su gran amigo... Pudo haberlos matado allí mismo, porque siempre traía armas y era un espadachín sumamente hábil y pendero. Pero la muerte de los dos era, a su juicio, un castigo excesivamente benévolo.”

—¿Cuál fue, pues, la sopa de su propio chocolate que les brindó Cellini?

—Espera, Óscar. Calma tus nervios, que para allá voy: obligó a Paolo a que se casara legalmente con la hermosa Catalina, lo que aquél hizo con muchísimo gusto, en suntuosa boda a la que concurren amigos y familiares de ambos. Y al terminar la ceremonia y para que el traidor Paolo sufriera los mismos celos furiosos que experimentó Cellini, y su mismo espantoso dolor, Benvenuto tomó a Catalina de la mano y se la llevó a su casa para que siguiera siendo su querida... para que durante una larga temporada engañara a su vez a su marido.

Hazañas que parecen increíbles

El día 30 de marzo de 1984, en la vecina ciudad de Matamoros, Coah., y en tanto que esperábamos el inicio de la sesión final dentro de las Jornadas de Divulgación Literaria, auspiciadas por las Casas de la Cultura de Torreón y Matamoros, el Consejo Municipal de Arte y Cultura y las instituciones educativas y culturales de la Laguna, mi hijo Luis Enrique me disparó a quemarropa la pregunta:

—¿Conoces la hazaña de Horacio Coclés?

—Sí, la conozco. Si no recuerdo mal, Horacio fue un héroe legendario de la antigua Roma. En el año 508 antes de Cristo, acompañado sólo de dos soldados —cuyos nombres desgraciadamente no recogió la historia—, libró feroz batalla contra el ejército de Lars Porsena, rey etrusco de Clusium, quien trataba de restablecer en el trono a Tarquino el Soberbio. Para dar tiempo a que los romanos, que iban en retirada, pudieran destruir el puente Sublicio y evitar con ello que los invasores cruzaran el crecidísimo río Tíber para apoderarse de la hoy ciudad Santa, Coclés y sus dos compañeros le cerraron el paso a la entrada del puente y tenazmente defendieron la posición contra el contingente enemigo.

”Pronto cayeron muertos los dos camaradas de Horacio y éste quedó solo. Al poco rato un golpe de lanza le reventó un ojo. Pero bañado en sangre siguió obstruyendo la pasada. Y cuando el extremo opuesto del puente quedó por fin derruido, Coclés se arrojó al río y a nado ganó la orilla opuesta, en medio de una verdadera lluvia de flechas. La lucha había sido terrible pero Porsena quedó detenido y Roma se salvó de caer en manos de los etruscos. Ahora bien, tampoco registra la historia el apellido de Horacio...”

—Entonces ¿no se apellidaba Coclés?

—No, hijo. Coclés fue el mote que le quedó tras de su prodigiosa hazaña, ya que significa “el tuerco”...

—Esa hazaña —interrumpió Luis Enrique— me recuerda la de Pierre du Terrail, señor de Bayardo, a quien motejaban *el Caballero sin miedo y sin tacha*.

—Muy cierto. Pero esa otra muestra de valor ocurrió muchísimo tiempo después de la anterior, ya que sucedió en

1495, durante la batalla de Fornovo, una ciudad italiana. Allí ese caballero defendió el puente de Garellano en forma similar a la de Coclés. Combatió el solo contra una avanzadilla de 200 españoles.

—Pero Du Terrail —precisó Luis Enrique— fue más afortunado que Coclés, ya que salió indemne de aquella bárbara contienda. Y luego, como premio a su hazaña, no recibió el apodo de *el Tuerto*, sino el de *el Caballero sin miedo y sin tacha*, y fue armado caballero por el rey Carlos VIII en presencia de la corte.

—Dime rápidamente —apremió mi hijo— porque ya va a empezar la jornada literaria matamorensa, en la historia de México ¿no hay hazañas equiparables a esas?

—Claro que las hay. Veamos qué te parece ésta: durante la guerra de independencia de México, en 1817, el mayor del ejército insurgente, don José Sardá, desoyendo los consejos que se le daban para que huyese, decidió defender el fuerte de Soto la Marina, al que se aproximaba a marchas forzadas el coronel español don Joaquín Arredondo, al frente de una división compuesta de 1,625 hombres de las tres armas. La fuerza de Sardá apenas llegaba a 60 plazas, pero presentó una resistencia tan valerosa, que fue calificada como endemoniada por los propios iberos.

“Al ver Arredondo que no podría vencerlos rápidamente sin grandes pérdidas, ni desalojarlos, entró en arreglos con los mexicanos y les propuso una capitulación con todos los honores. Sardá la aceptó. Pero el coronel Arredondo era un tigre felón y pérfido. Violó la capitulación e hizo fusilar a Sardá y mandó a los calabozos al resto de su gente...”

—Ya está por empezar la jornada literaria —interrumpió Luis Enrique—. Ahí veo llegar a los escritores y poetas que van a participar. Entre ellos reconozco al doctor Carlos Montfort Rubín, Agustín Velarde, Luis Azpe Pico, Miguel Lozano Guzmán, Emmanuel Quiñones, Ivonne Olhagaray, Teresa Ávila Rueda... pero dime, tan rápido como puedas, ¿conoces algún otro caso mexicano comparable a los que acabamos de ver?

—Recuerdo varios, hijo. He aquí otro: en Arroyo Hondo, cerca de Querétaro, sucedió lo que hoy voy a narrarte. Ya

el 10 de marzo de 1821 había ocurrido el abrazo de Acatempan entre los jefes Vicente Guerrero y Agustín de Iturbide y se hallaban avanzadas las pláticas para la consumación de la independencia de nuestro país y la formación del Ejército de las Tres Garantías. Pero todavía se registraban encuentros entre insurgentes y realistas, toda vez que el virrey Apodaca no aprobó los actos de Iturbide.

"El 7 de junio de 1821 tuvo lugar el célebre combate entre las tropas del coronel Bucinos, compuestas por 400 españoles y una escolta de 30 hombres que comandaba el capitán mexicano don Mariano Paredes Arrillaga. Éste rechazó brillantemente el ataque tras una lucha feroz y encarnizada. De ese hecho de armas dice la historia que "si bien no tuvo significación política, fue de inmensa resonancia como muestra de singular valor, y mereció a los vencedores un escudo con palmas de oro y esta consagrada inscripción: *Treinta contra cuatrocientos...*"

Recordemos al sabio Bertrand Russell

Aquella noche estaba ya de pie junto a los teletipos de *El Siglo de Torreón*, tomándole el pulso al mundo enfebrecido; oyendo, mediante el milagro de la electrónica, las sístoles y diástoles del corazón de la humanidad, cuando llegó la fatal noticia. Era el lunes 2 del mes de febrero de 1970, "Bertrand Russell, el genial matemático, el cofundador de la lógica simbólica —tartamudeaba el teletipo—, acaba de morir en el Norte de Gales".

Me sentí conmovido. Aquel viejecillo de 97 años que se extinguía, era una de las figuras señeras de la civilización. Una de las glorias supremas del pensamiento. Su pluma, que en 1950 conquistó el premio Nobel de literatura, supo hablarle a los hombres de todos los niveles en su propio lenguaje. Lo mismo divulgó con amenidad y elegancia los pasos gigantes del progreso científico, que les habló a los técnicos en

la lengua del algoritmo para hacer más riguroso el razonamiento de éstos.

Me vinieron a la memoria sus libros capitales, que ocupan lugar destacado en mi biblioteca, al lado de los de Poincaré, Einstein, Eddington, Lorentz, Jeans, Perrin, Langevin: *El ABC de los átomos*, *El ABC de la relatividad*, *Nuestro conocimiento del mundo externo*, *Introducción a la filosofía matemática*, *Análisis de la materia*, *El panorama científico*, *Ensayos de un escéptico*. Y, desde luego, su monumental *Principia Matemática*, editada en unión de A.N. Whitehead.

Mientras el teletipo proseguía su rítmico martilleo, recordé que Bertrand, miembro de la nobleza, nunca fue a la escuela: recibió esmeradísima educación mediante instructores particulares, hasta que ingresó al Trinity College, de Cambridge, donde fue el alumno más brillante y donde se doctoró.

El estilo de Russell, aunque humorístico, fue siempre de pelea, paradójico y polémico. Su espíritu inquieto se preocupó hondamente por cuanto le rodeaba. Luchó por la paz del mundo y contra las injusticias. Dos veces estuvo en prisión por sus ideas antibélicas. En 1914 fue detenido seis meses, los que aprovechó para darle al mundo su formidable obra, *Introducción a la filosofía matemática*, escrita en su celda. En 1961 fue arrestado junto con su esposa porque encabezó una manifestación contra las bombas atómicas. Y es que, como él mismo escribe en su *Autobiografía*: "tres pasiones, simples pero abrumadoramente fuertes, han regido mi vida: el anhelo de amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por los sufrimientos de la humanidad".

Mientras el teletipo tomaba un respiro en sus transmisiones y estampaba un monótono RYRYRY de prueba, me puse a pensar en cómo reaccionaría el mundo ante la pérdida de un sabio humanista de la talla de Bertrand Russell.

Cuando la reina Victoria falleció en enero de 1901, en su castillo de la isla de Wight, toda Inglaterra se mostró desolada, porque durante el larguísimo reinado de la soberana, Albión alcanzó su máximo poderío. Sus colonias se desarrollaron extraordinariamente. Su comercio y finanzas dominaron el mundo.

Los funerales de Victoria semejaron los de un semidiós. Los barcos de guerra se alinearon en doble fila que cubría 13 kilómetros de mar, para formarle valla al cortejo. Los marineros lloraban con las cabezas inclinadas sosteniendo invertidos sus fusiles en señal de duelo. Pero la mejor medida de dolor general, de la pena colectiva, la dio este hecho insólito: todos los ingleses, chicos y grandes, se vistieron de luto y durante meses no se pudo conseguir en Londres un centímetro de tela negra. Toda se había agotado...

Cuando Johan Strauss era ya el rey del vals y sus melodías recorrían triunfalmente el orbe, cayó gravemente enfermo en Viena, su ciudad natal, en mayo de 1899. El pueblo se aglomeró todos los días frente a la casa del artista en demanda de noticias sobre su estado.

La noche del 3 de junio se extinguió la vida del autor de *Voces de primavera*, *Danubio azul*, *Cuentos de los bosques de Viena*, *El barón gitano*, *Sangre vienesa*, *Vida de artista*, *Vino, mujeres y canto*, *Vals del emperador*, *El murciélago*, etc. Y como la orquesta de Strauss daba un concierto esa noche, un hombre se abrió paso hasta el director y le entregó una nota. No bien la leyó, el director obligó bruscamente a la orquesta a hacer silencio. Hizo que destemplaran los instrumentos y, con las cuerdas asordinadas en señal de duelo, se interpretaron las notas del *Danubio azul*. El público entendió lo que pasaba y se puso a llorar desconsolado.

Cuando murió el doctor David Livingstone en la aldea africana de Ilala, en la noche del 30 de abril de 1875, los negros lloraron a gritos. El gran explorador había llevado la luz de la fe y de la libertad. La dulzura y el amor fueron sus normas. Llevó la medicina de los blancos y combatió enérgicamente el tráfico de esclavos, hasta lograr que la reina prohibiera tan bárbara práctica.

La noticia de su muerte corrió de choza en choza. Los tambores percutieron en la selva llevando a todos los pueblos el mensaje desolador: "¡El hombre-bueno ha muerto!"

Se embalsamó el cadáver. El corazón de Livingstone fue solemnemente sepultado en África. Y su cuerpo, rumbo a Inglaterra, fue escoltado por millares de negros, en una marcha

fúnebre que duró nueve meses, camino de la costa. Los tambores no guardaron silencio ni un solo minuto. Los negros no cesaban de repetir en coro, rítmicamente, su amarga letanía: "¡El hombre-bueno ha muerto!, ¡El hombre-bueno ha muerto!"...

El teletipo dejó de dibujar su RYRYRY y reanudó sus funciones de estetoscopio mundial. Yo desperté de mis reflexiones, preguntándome: ¿se acordarán de Bertrand Russell los combatientes de Vietnam? ¿Llorarán su deceso los checoslovacos? ¿Se vestirán de luto los huérfanos de las guerras? ¿Lo añorarán los enamorados de la ciencia del infinito?

Como quiera que sea, es una verdad de a folio la que ha estampado Ernesto Sábato en la biografía del sabio: "Bertrand Russell es paradigma de lo más alto, de lo más agudo, de lo más genial que ha ofrecido siempre la raza inglesa".

El peor de nuestros hallazgos

En la batalla de Bizancio, que duró cinco años, las fuerzas sarracenas que al mando de Cizico sitiaban a Constantinopla, fueron destruidas merced a un arma secreta, poderosa e irresistible, inventada por Galínico.

Las galeras árabes fueron incendiadas con una lluvia de fuego líquido que abrasaba, quemaba los rostros, la ropa, los puentes de las naves y que ni el agua ni nada podían apagar.

Rehechos más tarde los mahometanos, volvieron a la carga en el año 677 con una flota de 800 galeras potentísimas, misma que fue también destruida por aquella lluvia infernal, inapagable, que convertía en hornaza la superficie de las aguas en torno de los barcos. Esa arma fue desde entonces conocida como "fuego griego", o "la maldición de Calínico", y cien años más tarde hizo decir a Leo III, emperador de Constantinopla, que "el imperio bizantino sería eterno gracias a ella".

Cuando los antiguos romanos asaltaron Siracusa en el año 212 a.C., se convencieron de que un hombre de ciencia puede valer más que diez mil soldados. Sus naves de madera fueron incendiadas, no por un milagro químico, sino por uno físico: por medio de rayos poderosos que concentraban sobre ellas los espejos parabólicos o ustorios; destrozadas por peñascos que arrojaban catapultas de corto y largo alcance; remolcadas a tierra o volcadas por grúas provistas de afilados garfios de hierro; armas todas ellas producto del ingenio y la sabiduría de Arquímedes, célebre matemático de la antigüedad. Y aunque al final las tropas de Marcelo entraron a Siracusa, sus pérdidas no pudieron haber sido más espantosas...

La guerra biológica tal vez empezó a mediados del siglo XIV, durante el ataque de los tártaros sobre los puertos de Crimea, cuando los asaltantes, desesperados por la tenaz resistencia que hallaban, bombardearon las ciudades con cadáveres de enfermos de la terrible peste, provocando colosales epidemias entre los defensores.

Se asegura que los soldados de Francisco Pizarro, el conquistador del Perú, obsequiaban a los indígenas las ropas de los enfermos de viruela, provocando con ello gravísimos brotes de tan espantosa enfermedad.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la guerra biológica no es ya un experimento sino una cruda realidad. La producción en masa de los más virulentos agentes patógenos, su conservación, almacenaje y diseminación, han sido estudiados y puestos a punto; hongos y virus para destruir las cosechas del enemigo están ya en los arsenales modernos.

Como ha dicho Bloxan, catedrático de química del Departamento de Estudios de Artillería, de Estados Unidos, ya podemos "desalojar al enemigo con una descarga de tifus o unas cuantas andanadas de cólera asiático..."

Pero esos "adelantos" —con ser terribles— resultan en nuestro tiempo verdaderas nimiedades.

Hoy podemos reírnos de la maldición de Calínico, de los espejos ustorios, del bombardeo con cadáveres y hasta de la

moderna guerra biológica que, en resumidas cuentas, en esta nuestra era no pasan ya de ser meras diabluras infantiles.

Una sola bomba nuclear de cobalto, al estallar en el campo enemigo con fuerza equivalente a cien millones de toneladas de T.N.T., no sólo borraría del mapa a una ciudad populosa cualquiera, sino que la nube radioactiva que produce —320 veces más potente que la emanación del radio—, arrasará comarcas enteras y, llevada por el viento, se desplazará a miles de kilómetros de distancia llevando la desolación y la muerte.

La bomba de cobalto representaría el suicidio en masa de nuestra especie; y no sólo borraría todo rastro humano, sino que erradicaría todo vestigio de vida sobre nuestro planeta.

Los físicos agregan que un enemigo derrotado podría, en su desesperación, recurrir a enviar hacia el Sol una bomba de cobalto, con la que provocaría en el astro rey una reacción tan formidable, que lo convertiría en una estrella super nova, lo que destruiría todo el sistema solar...

El físico alemán Gualterio Nerst, premio Nobel, que murió en 1944 —un año antes del descubrimiento de la bomba atómica— escribía estas estrujantes palabras: “Nosotros vivimos, pudiéramos decir, sobre una isla de algodón pólvora, para la que, gracias a Dios, no hemos encontrado aún la cerilla”.

¿Qué habría dicho el sabio teutón si el Todopoderoso le hubiera concedido vivir un año más, para enterarse de que ya encontramos esa cerilla?

Bienaventurados los que han pasado hambre

El campeonato oficial de los ayunos perteneció durante muchos años al profesor Merlatte, de París, quien sentó la marca de 50 días sin probar alimento. Mucho tiempo hubo de pasar para que su poco envidiable título pasara a las manos exangües de nueve presidiarios que, desde el 11 de agosto hasta el 12 de noviembre de 1920 —un periodo de 94 días— estuvieron en huelga de hambre en la prisión de Cork, Irlanda. Un

décimo penado no pudo resistir la prueba y murió a los 76 días de abstinencia.

La actual campeona parece serlo la señora Elaine Johnson. Internada en el Hospital de la Administración de Veteranos de Wadsworth, en Los Angeles, California, se rehusó a ingerir alimentos durante 117 días. De los 143 kilogramos que pesaba al iniciarse la rigurosa dieta, descendió a poco menos de 90.

Pero estos ayunos fueron voluntarios: el de Merlatte, meramente deportivo. El de los encarcelados, un doloroso modo de protesta. El de la señora Johnson, un acto desesperado contra su incontenible gordura.

La historia registra otras hambres menos espectaculares pero de mayor resonancia mundial.

¿Sabía usted que María Sklodowska —Madame Curie— se desmayó de hambre muchas veces cuando era una estudiante pobre que luchaba por graduarse en la Sorbona de París? Como ella, muchos hombres y mujeres eminentes, luchando a brazo partido con el medio ambiente pasaron hambres, angustias, privaciones, hasta que lograron el éxito que se prometían.

A una de las más humildes y lóbregas buhardillas del bulevar parisino Bone Nouvelle llegó muchas veces con la boca seca, cansadísimo, sin haber comido un mendrugo, sin un céntimo, un jovencito que luchaba por abrirse paso en los medios teatrales y literarios de la Ciudad Luz. Era un soñador, un visionario que llevaba el oscuro nombre de Julio Verne. Posteriormente venció en su patria y en todo el mundo, y tuvo el dinero y la fama a sus pies. Y él le correspondió al orbe deleitándolo con novelas instructivas e interesantes, tales como *Viaje al centro de la Tierra*, *Los hijos del capitán Grant*, *De la Tierra a la Luna*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *El país de las pieles*, *La vuelta al mundo en 80 días*, *El soberbio Orinoco*, *Miguel Strogoff*, *La isla misteriosa*, y otras muchísimas, todas deliciosas.

Giacomo Puccini, el supremo cantor de las mujeres enamoradas, el genial creador de las óperas *Manon Lescaut*, *La bohemia*, *Tosca*, *Madama Butterfly*, ganó el dinero que quiso, recibió las adulaciones de sus contemporáneos y fue perseguido por miles de admiradores. Pero en sus comienzos también

pasó hambres. Estaba tan agobiado por deudas, y vivía tan estrechamente, que las notas inmortales surgidas de su estro tenía que escribirlas en pequeños pedazos de papel de envoltura, suplicados al tendero de la esquina.

El gran pintor brasileño Manabu Mabe, antes de que sus obras ganaran el primer premio del Salón de París, el máximo galardón de la Bienal Brasileña, el trofeo Lairner de la Galería Folha; antes de que lo inmortalizara su maravilloso cuadro titulado *La victoria*, se vio en la mayor pobreza, casi en la indigencia y tuvo que vender corbatas —pintadas a mano por él mismo— que pregonaba por las calles de Sao Paulo.

Aún el famosísimo Giuseppe Verdi, el llamado *Cisne de Roncole*, el inolvidable autor de la música de *Rigoletto*, *El trovador*, *La traviata*, *La fuerza del destino*, *Aída*. Atravesó una situación angustiosa en Milán, Italia, después de la muerte de su esposa Margarita Barezzi y de sus hijos Icilio y Virginia. En esos días negros anteriores a su triunfo, Verdi se vio tan afligido y escaso de recursos que, para no morir de inanición, se vio precisado a implorar la caridad pública, lanzándose a pedir limosna en las calles y en las plazas.

Vachel Lindsay, el dulce poeta norteamericano de inspiración profundamente religiosa, cuyos versos amables y humanos no pueden escucharse sin lágrimas en los ojos, iba a pie de pueblo en pueblo, buscando apoyo para su magna obra. Recitaba sus deliciosos poemas a cambio de pan y techo. Y tuvo la amargura de ver que muchos cretinos se los negaran.

Cuando Isaac Albéniz, el brillantísimo compositor español, llegó a Estados Unidos, tropezó con un ambiente duro, frío, casi hostil. En la Babel de Hierro ningún teatro se interesó por sus conciertos de "música buena". Ningún empresario se sintió atraído por la presentación de un virtuoso del teclado, por muy bueno que fuese. El gran artista gerundalense pasó apuros sin cuento. Y más de una vez hubo de acortarle puntos al cinturón.

El ardid al que acudió Albéniz para sobrevivir en aquel medio insensible, nesciente, es el mayor reproche que puede hacerse a una época y a una gran ciudad: empezó a tocar música popular en los teatros, sentado de espaldas al piano... ¡Y cómo se lo disputaban entonces los empresarios! ¡Cómo se aglomeraba la gente, peleándose por adquirir un boleto para

poder “ver” a ese genio excepcional del teclado, a quien no habían querido “oír”...

Desafíos inolvidables

Examinaba ayer en compañía de mi hija María del Rosario una vieja colección de almanaques, cuando tropezamos con la reproducción de una pintura bellísima, titulada *El desafío*. Representa una escena en el bosque de Vincennes, en que a la débil luz de un rayo del sol que se filtra por entre las hojas de los árboles, aparece una pareja de duelistas en reñido combate a florete, rodeada de los padrinos de ambos y con los carruajes de caballos aguardando allá a lo lejos. Lo notable del cuadro es que, con un golpe de su arma, el joven de la derecha le ha tumbado el yelmo o celada a su contrario y con ello deja al descubierto el largo y sedoso cabello de una hermosa mujer...

—¡Es divino ese cuadro! —exclamó mi hija—. El contraste de luces y sombras es soberbio; el escorzo estupendo. Pero, dime: ¿por qué no hay duelos como en el pasado?

—Porque los códigos penales de todo el mundo los prohíben y sancionan. En México, hacia 1891, sólo se imponía a los duelistas multas de 20 a 1,500 pesos y arrestos de 3 meses a 6 años, según que hubiese muertos o no. Ahora las penas son mucho más severas.

—¿Cuáles eran las causas más frecuentes que orillaban a esos retos?

—Meros puntillos de honor, en la mayoría de los casos; graves ofensas en la minoría. El 16 de enero de 1856 —por ejemplo— Carlos P. Casarín desafió y mató al español Ramón de Errazu porque éste no se puso de pie ante el pabellón mexicano. Rafael Bringas, otro mexicano, retó a muerte a dos oficiales del ejército invasor francés, porque uno de ellos le sacó la silla al tomar asiento y el otro le dio un empujón, en el Teatro Nacional.

—¿Se batió con los dos?

—Y les dio muerte. En otro caso, Carlos Díaz Dufóo li-
dió el 28 de julio de 1887 con Roberto Berea, porque éste le
dio una bofetada...

—¿Pelear a muerte por una cachetada?

—Sí, hija; esa ofensa siempre se considerará muy grave,
por más que el dramaturgo español Francisco de Rojas Zorri-
lla, en verso de gran desfachatez, proclame:

Duelista que andas cargado
con el puntillo de honor,
dime, tonto: ¿no es peor
ser muerto que abofeteado?

"Pues bien —proseguí— el que dio el sopapo quedó ten-
dido para siempre en el campo del honor. Fueron famosos los
duelos del poeta Salvador Díaz Mirón con Leandro Llada,
Francisco Landeros y Juan Chapital. Y el del romántico aedo
Manuel Gutiérrez Nájera con Gonzalo A. Esteva...

—¿Cuál es, a tu juicio, el desaffo más célebre de toda la
historia?

—Es difícil decidirlo. Para muchos tal vez lo sea el de
David contra Goliat, o el del Cid Campeador contra el temi-
ble espadachín, conde Gormaz...

—El de David —dijo María del Rosario— que con su
honda y de una pedrada mató al gigante Goliat, ya lo cono-
co. ¿Cómo fue el del Cid?

—En el *Cantar de Rodrigo* se cuenta que Ruy Díaz de Vi-
var, el Cid, a la edad de 12 años, desafió a ese conde porque
lo vio maltratar injustamente a los pastores que guardaban el
ganado de su padre. El aristócrata se burló de la osadía del
imberbe, pero cuando éste insistió y echó mano a su tizona,
desenvainó a su vez, riendo a carcajadas; sólo para acabar en-
sartado mortalmente por el mozuelo. Y como los familiares
del occiso clamaron venganza ante el rey Fernando, éste in-
tervino para conciliar y determinó que el joven debería casar-
se con Jimena, la hija del vencido. El Cid aceptó el casorio,
pero juró no juntarse con la novia hasta que él hubiese venci-
do en otros cinco combates...

—¿Logró hacerlo?

—Sí, Chayo. Doña Jimena Gómez fue su esposa. Por cierto que cuando doña Elvira y doña Sol, hijas del Cid y de doña Jimena, casaron con los infantes de Carrión, sus esposos les resultaron verdaderos trogloditas que un día ataron a sus mujeres desnudas a unos árboles y las azotaron hasta dejarlas por muertas. Para vengar esa afrenta, el Cid retó a los infantes, pero a la postre se convino en que éstos, de nombres Ferrán y Diego Gonçálvez, y Azur González, que les ayudó en su infamia, deberían batirse con Pedro Bermúdez, Martín Antolínez y Nuño Gustioz, representantes del Campeador. Los infantes pagaron con sus vidas su atroz vileza...

—Tengo entendido —interrumpió mi hija— que hubo otro duelo colectivo igualmente famoso, entre los Horacios y los Curiacios. Si no recuerdo mal, en la pugna entre Roma y la ciudad de Alba, por la supremacía, se concertó una lucha a muerte entre los Horacios, tres hermanos gemelos, por parte de la Ciudad Eterna, y tres cuates llamados Curiacios por la urbe rival. Al comienzo de la brega tomaron ventaja considerable los Curiacios y sólo quedó vivo uno de los Horacios, el que, ante la desesperación y el enojo del ejército romano, se dio a la fuga, perseguido por sus rivales. Pero cuando el fugitivo consideró suficientemente separados a sus antagonistas, se volvió rápidamente y en tres breves y feroces combates mató a sus contrincantes.

—Otro duelo colectivo inolvidable —dije— fue el de Barletta, una ciudad italiana, donde pelearon once españoles que capitaneaba el famoso Diego García de Paredes contra once franceses que acaudillaba el héroe Pierre du Terrail, llamado *el Caballero sin miedo y sin tacha*. Fue un combate refiido y sumamente parejo. Todos los contendores hicieron prodigios de valor y destreza. No hubo vencidos ni vencedores, porque los jueces decidieron suspender definitivamente el desafío ante la imposibilidad de que se dilucidara supremacía de alguna de las partes. Y dice la historia que cuando al Gran Capitán le dieron cuenta sus duelistas de que se había declarado un empate porque todos los luchadores eran igualmente buenos, pronunció la durísima frase: “¡Por mejores os envié yo!”

—Volviendo al cuadro de nuestro almanaque —interumpió mi hija— ¿hubo también mujeres duelistas?

—Muchísimas —contesté—. Puedo citarte varias. Pero creo que bastará con que te refiera el caso de Virginia Chesquiere, una joven francesa del siglo XIV.

Como su hermano gemelo era medroso y enclenque, y ella intrépida y fuerte, obtuvo permiso de sus padres para reemplazarlo en el servicio militar y con ello en la guerra. Disfrazada de hombre —como la beldad del almanaque— hízose soldado y pronto se distinguió por su arrojo. En la batalla de Wagram salvó la vida al capitán de su compañía, que había caído al río Danubio. En Portugal libertó a su coronel, envuelto ya por el enemigo.

Era una espadachina temible. Tenía dos estocadas favoritas: una relampagueante, a la altura de la gola, que destrozaba la garganta de los hablantines; y otra recta y a fondo, para traspasar el corazón de los perversos y malandrines. Parece increíble, pero en los innumerables asaltos feroces que sostuvo, jamás fue vencida y ni siquiera tocada. Y, finalmente, por su bravura indómita, fue condecorada y se le admitió en la Legión de Honor, todo ello en presencia de su enteco y pusilánime hermanito...

Un deleite pagano

—Si estás tan enfermo de los ojos —me preguntó ayer mi hijo Luis Enrique— ¿cómo te pones a leer un libro tan voluminoso como esa *Historia de Chile*?

—La repasaba solamente, hijo — respondí—. La primera vez que la leí completa fue hace más de veinte años.

—Apuesto doble contra sencillo a que examinabas el pasaje histórico de enero de 1847 en que las divisiones de San Martín y O'Higgins atravesaron los Andes, cayeron sobre los españoles y luego los derrotaron el 12 de febrero en la fiera batalla de Chacabuco...

—No, hijo. Repasaba el caso doloroso y aleccionador de Anacanamón, ese valiente caudillo araucano del siglo XVII. Cuando los conquistadores llegaron, en la región central chilena, a la Araucanía —formada por las provincias de Arauco, Bío-Bío, Malleco y Cautín—, Anacanamón, a petición y consejo de los ancianos y jefes de sus huestes, consintió en recibir como su huésped al español Pedro Meléndez, comisionado por los invasores para buscar fórmulas de convivencia pacífica. Lo alojó cómodamente y ordenó que se le tratase a cuerpo de rey. Pero Meléndez era un pícaro de siete suelas, ventajoso, abusón y libidinoso que, en un descuido, asaltó el harén de Anacanamón y raptó a tres pimpollos, una tercia de mujeres soberanamente hermosas, que pasaban por ser las más lindas de aquellas latitudes.

—¿Qué hizo el caudillo al ocurrir el despojo?

—Juró vengarse implacablemente de aquel engaño y de tal hurto. Y poseído de un furor demoníaco se convirtió en una fiera. Odió a muerte a los conquistadores y desde ese día se dedicó a combatir, atormentar y matar no sólo a sus enemigos, sino también a los araucanos que se atrevían a insinuarle nuevos diálogos y convivencias con los europeos.

—Ya me imagino —comentó Luis Enrique— lo que Anacanamón le habría hecho a Pedro Meléndez si éste hubiera caído en sus manos. Pero estaba escrito que serían otros y no él quienes pagarían los platos rotos. Me habría gustado que al jefe araucano le hubiese cabido la suerte que tuvo Catalina María de Lorena, la tremenda duquesa de Montpensier. ¿La recuerdas?

—¿Cómo no habría de recordarla, si la suya fue una venganza feroz? Ella era turbulenta y despiadada. Y un día, en plena recepción de la Corte, el rey Enrique III se mofó groseramente de la duquesa porque era coja. El corazón de la Montpensier se convirtió en un volcán de lava. Juró vengarse de aquel ultraje. Participó en todas las conspiraciones encaminadas a derrocar al monarca; se alió a todos los grupos opositores y tuvo la idea de apoderarse del rey y recluirlo de por vida en un convento.

De acuerdo con tal propósito, dicen los historiadores que la duquesa llevaba siempre consigo unas tijeras de oro con las

que se proponía cortarle el pelo y hacerle la corona de monje. Finalmente, cuando el puñal de Juan Chatel —dirigido por ella— asesinó a Enrique, la feroz aristócrata creyó morir, a su vez, pero de alegría. Gritaba, asomada a las ventanas de su palacio: “¡Ha muerto!... ¡Ha muerto!... ¡Siento que no haya sabido, antes de morir, que fui yo quien le dirigió el golpe”.

—Las mujeres —señaló mi hijo— suelen ser más crueles en sus venganzas que los hombres. Ahora mismo recuerdo que Sempronia, la viuda del gran orador romano Cicerón, tomó despiadada venganza contra el liberto Filólogo, por haber denunciado a Cicerón, poniéndolo en manos de los soldados asesinos mandados por Marco Antonio, en Gaeta. Cuando Sempronia lo tuvo en su poder, le aplicó los tormentos más refinados que ha inventado la mente humana y, finalmente, lo obligó a cortarse por sí mismo pedazos de su carne, cocerlos y comérselos... ¿No te parece esto el colmo de la maldad y de la perversión humana?

—No te hagas ilusiones, hijo —repliqué—. Los machos son tan desalmados como las hembras en el momento supremo de las vindictas. Ahora mismo podría citarte centenares de casos tan inhumanos, brutales y feroces, que te daría repugnancia oírlos. Pero todavía hay el agravante de que al hombre, cuando se venga, poco le importa si en ello le va la vida...

—¿Puedes, entonces, citarme algún caso así?

—Veamos qué te parece el de Rhodope, una bellísima cortesana que fue compañera de esclavitud de Esopo y la cual fue liberada por Charaux, hermano de la poetisa Safo, y el que se enamoró perdidamente de la meretriz. Por ese enamoramiento, Charaux quedó en la ruina. Y ella, enriquecida, huyó a Egipto. En Nancrantis sacó partido de su espléndida belleza, haciéndose pagar muy caros sus favores por la nobleza y los potentados. Acumuló tanta riqueza que los fastos históricos narran que pudo construir, a sus expensas, una pirámide y cinco lujosísimos palacios que eran la envidia de los mismos faraones. Pues bien, uno de los hombres que por ella se arruinaron y que empezaba ya a ser desdeñado por la hetaira, reunió las pocas joyas que aún le quedaban y con

ellas compró lo que sería su última noche de amor... y de venganza...

—¿Por qué de venganza?

—Porque el amante metió esa noche en el lecho perfumado y florido, un reptil de los más venenosos, el que no sólo mordió a la coqueta, sino que también le causó la muerte al enamorado.

—Admito —insistió Luis Enrique—, que se necesita tener muchas agallas para concebir y consumir una venganza tan espantosa. El ser humano es vengativo y cruel por excelencia y no siempre sigue la enseñanza de Cristo. El bíblico mandamiento de no matarás, el de perdonar a quienes nos ofenden, o el de poner la otra mejilla cuando nos golpean, jamás se cumplimentan. Pero vanagloriarse de tales infamias, ufanarse de ellas como lo hizo la duquesa de Montpensier, llega al salvajismo y a la barbaridad.

—¿Lo crees así? Pues espera a que escuches, entonces, el soneto brutal, impío, descarnado y cínico, pero muy hermoso, que con el título de “El placer de los dioses”, escribió el vate mexicano Francisco A. de Icaza, quien llegó a ser miembro de la Real Academia Española de la Lengua. Dice así:

¿Qué quieres?... soy así. Por el amigo
dispuesto estoy a dar vida y hacienda;
pero una vez lanzado a la contienda,
implacable he de ser con mi enemigo.

Odios y amores en el alma abrigo;
el que burlado fue que me comprenda;
ya de mis ojos arranqué la venda
y odios y amores morirán conmigo.

Tu consejo es injusto aunque cristiano,
que la razón a comprender no alcanza:
que se ame al enemigo como hermano...

Yo castigo el ultraje sin tardanza,
¿qué quieres?... así soy; nací pagano
y es placer de los dioses la venganza!

Contrastes dolorosos

Aquella mañana la discusión con mi hermano Óscar se estaba volviendo escabrosa. Él sostenía, tercamente, que sí existe la suerte, que hay seres privilegiados a quienes todo parece sonreírles; y que también viven o han vivido individuos que son la personificación de la desgracia y el infortunio.

—¡Pamplinas!, Óscar. La suerte —ya lo dijo el pensador norteamericano Orson Sweet Marden— no es más que la habilidad de aprovechar las ocasiones favorables. Echarle la culpa al destino de nuestra ineptitud o poltronería no pasa de ser una desfachatez.

—¡Estás insoportable, hermano! Pero dime una cosa: ¿Crees que las mismas oportunidades se presentan a todos los seres? ¿Piensas que jamás ha existido un hombre o una mujer que hayan dejado de tener su ocasión de oro?

—No digo tanto, pero...

—La verdad es que la vida está llena de contrastes dolorosos. A unos parece sonreírles la fortuna; a otros se diría que les hace muñecas. El violinista austriaco Fritz Kreisler se caracterizó siempre por el dominio técnico que tuvo sobre su instrumento. Compuso obras brillantes como su *Romance*, el *Tamboril chino* y el *Capricho vienés*, suficientes, por sí solas, para inmortalizarlo. Pues bien, el 2 de febrero de 1960, cuando cumplía 85 años de edad, recibió un grandioso homenaje que le tributó la ciudad de Nueva York. Durante esa pleitesía recibió una medalla conmemorativa y un violín tachonado de diamantes. El Sumo Pontífice, Juan XXIII, le otorgó la medalla *Rene Merendi* y el gobierno de Austria le entregó el premio Karl Renner. Kreisler lo tuvo todo y lo disfrutó hasta su muerte, en 1962. No sé si sería por su buena suerte, pero ¿quieres saber ahora lo que le acaeció, al morir, a Nicolás Paganini?

—No, Óscar. Bien que lo sé. El gran violinista genovés —tal vez el virtuoso más grande de su época—, autor de 24 *Caprichos* maravillosos, de las inolvidables *Variaciones sobre la cuarta cuerda* y del insuperable *Movimiento perpetuo*, sufrió mucho en sus últimos años. Su voz se volvía cada día más dé-

bil y su hijo tenía que descifrar los movimientos de sus labios para adivinar lo que deseaba expresar. Y cuando al fin expiró, su cuerpo tuvo que permanecer insepulto durante once interminables días, porque el señor obispo de Niza le negó el derecho de ser sepultado en un cementerio. Ante el clamor universal de protesta, intervino el Vaticano y anuló la absurda prohibición y fue así como, en 1876, el músico genial pudo descansar para siempre en la necrópolis de Polcevera.

—Y ¿qué me dices del caso de Temístocles? ¿No figuró entre los héroes que tomaron parte en la batalla de Maratón? ¿No se constituyó en el gran artífice del poderío marítimo de Atenas? ¿No fue él quien, tras de la retirada griega de las Termópilas y Artemisión, dirigió la evacuación del Ática y convenció a los jefes griegos para que dieran la batalla naval de Salamina, que se convirtió en una rutilante victoria para su pueblo?

—Sí, Óscar. Dice la historia que ese héroe portentoso fue después acusado injustamente y que el populacho, siempre voluble, lo desterró del país por un lapso de cinco años. Por cierto que al cumplirse el plazo de ostracismo en el año 471 antes de Cristo, Temístocles, con el alma llena de amargura y plena de rencores, se negó a volver al terruño y prefirió morir lejos de su ingrata patria.

—Espero —dijo Óscar— que también conozcas el caso de Carlo Goldoni, el soberbio escritor veneciano de comedias, que tan bien supo plasmar y satirizar la vida social de Viena en el siglo XVIII. Lo que a él le sucedió fue muy diferente de lo que le ocurrió a Temístocles.

—Claro que lo recuerdo. Y aunque los méritos históricos de Goldoni son muy inferiores a los del héroe inmortal que acuñó la frase “¡Pega... pero escucha!”, también es cierto que Goldoni tenía el don de hacerse querer por todo el mundo. A pesar de sus ingeniosas críticas, bastante sabrosas, el pueblo lo adoraba; y él, por su parte, idolatraba a su gente. Por eso, cuando a raíz de su fama y de sus triunfos, fue contratado como director del Teatro Italiano de París y se vio obligado a marcharse de Venecia, la ciudad se estremeció de pesar por su alejamiento, pero a la vez se sintió orgullosa con el honor y la distinción que se le hacía a uno de los suyos.

"Para decirle adiós se dio una alegoría con el teatro lleno. Y al final, cuando llegó el instante de despedirlo, el público le aplaudió delirantemente, como si en aquel aplauso pusiera el agradecimiento que se había granjeado en toda una vida dedicada al arte. Y como si cada una de las ovaciones renovadas que se le tributaban fueran piadosas oraciones en que le rogaban a Dios que a su ídolo le fuera bien en el extranjero. Dicen los cronicones de la época que Carlo Coldoni se emocionó tanto con ese homenaje, que allí mismo, sobre el tablado, lloró como un niño...

—Así —comentó mi hermano— podríamos citar infinidad de casos contrastantes. Isadora Duncan, la danzarina estadounidense que triunfó rotundamente en toda Europa, que revolucionó el arte de la danza, elevándolo hasta la excelsitud, al grado de que fue invitada a fundar una escuela de esa especialidad en Moscú ¿no fue por ello insultada y vejada en su patria?

—Isadora —dije— quedó tan apesadumbrada con esos desdenes, los que contrastaban con la admiración europea, que más de una vez lloró de rabia. Y al irse de Estados Unidos, juró no volver jamás a poner los pies en su patria...

—Bueno —interrumpió Óscar—, ya que nos ha dado hoy a ti y a mí por evocar contrastes dolorosos ¿podrías rememorar la contrapartida, pero mexicana, de la inolvidable diva Isadora Duncan?

—¿Quieres decir... una mexicana adorada y reverenciada por su pueblo natal? Puedo citarte varias. Pero me atenderé por hoy a doña María Enriqueta Camarillo, la poetisa y escritora que casó con el historiador mexicano don Carlos Pereyra. Nativa de Oaxtepec, Veracruz, fue la autora de esa deliciosa serie de libros de texto, *Rosas de la infancia*, que estudiamos en la escuela primaria. Además, sus versos son exquisitos y castos. Era tan dulce su carácter y tan tierno su corazón, que todos los mexicanos aprendimos a quererla y respetarla. Y en su pueblecillo natal la consideraban como un ídolo. La adoración fue tanta entre su gente, que cuando ella aún vivía le encargaron al escultor Victorio Macho una hermosa estatua de la formidable literata, misma que hoy engalana ese pueblo veracruzano.

”También podría narrarte las hazañas periodísticas y literarias de Magdalena Mondragón Aguirre o la gracia inefable de Pilar Rioja, que han hecho que la ciudad de Torreón les rinda homenaje en vida de ambas, colocando el busto de aquélla en la Calzada de los Escritores de la Alameda Zaragoza, y la estatua de ésta en la calzada Colón, repiqueteando las castañuelas.

—Por todo lo dicho —resumió Óscar— creo que debemos concluir diciendo, con Pítaco: “No reproches a nadie su mala suerte, por temor a encontrarnos algún día en el mismo caso”. ¿No te parece?

La campana de Nagasaki toca a rebato

—Es raro —dijo mi hermano José Cruz entrando el domingo a nuestra biblioteca— que en tus “Minutos culturales” no hayas abordado últimamente el tema de la bomba atómica. Con gigantescas manifestaciones de protesta que abarcan todas las regiones del mundo, la humanidad ha mostrado su repudio a esa forma bárbara, bestial, de hacer la guerra. Ahora, con motivo del cuadragésimo tercer aniversario de tan colosal matanza, se ha vuelto a recordar el sacrificio de Hiroshima y Nagasaki.

—Y un sacrificio —respondí— que al parecer va a resultar inútil. La carrera armamentista amenaza desencadenar una nueva hecatombe. Y si el 6 de agosto de 1945 perecieron 80,000 seres humanos y resultaron heridos 50,000 —todo en una millonésima de segundo—, calcula lo que será la nueva conflagración ahora que las potencias disponen de bombas de hidrógeno y de neutrones, miles de veces más eficaces y destructoras que la de Hiroshima.

—Por cierto —corrigió José Cruz— que la cifra de muertos y heridos ha crecido mucho, después del estallido. Grandes cantidades de heridos fueron agravándose y murieron, por lo que el número de cadáveres ascendió a 247,000. Y los heri-

dos, en vez de disminuir al ser restados los que luego murieron, también siguieron aumentando su monto, porque las radiaciones de la bomba, presentes en el suelo, en el aire, en el agua, siguieron minando los organismos y así los lesionados se elevaron a 180,000. Entre tus libros ¿tienes alguno que narre pormenores de la tragedia?

—Tengo varios, hermano. Pero uno de los más patéticos es el que con el título de *La campana de Nagasaki* publicó el profesor Paulo Takasi Nagai, víctima del bombardeo y quien falleció el 1° de mayo de 1951 a consecuencia de las radiaciones. Además de su testimonio personal —él se hallaba dentro de un edificio de hormigón— añade los relatos de gente que se encontraba al aire libre, de dos a siete kilómetros distantes del centro de la explosión. Las personas que estuvieron más cerca que eso, no pudieron declarar porqué se volatilizaron. ¿Quieres leer tú mismo el relato, digamos, del señor Chimoto?

“Estaba en la cumbre del cerro Kawahira cortando pasto. Visto desde aquí el hermoso distrito de Urakami se mostraba un poco inclinado hacia abajo —unos tres kilómetros al sudeste. Un sol pleno de verano brillaba deslumbrador. De repente oí un extraño y confuso ruido. Era un avión. Con la hoz en la mano me enderecé y seguí con los ojos el rugir de su motor. Justamente sobre mi cabeza flotaba una gran nube blanca parecida a la palma de una mano y me impedía ver la máquina. Segundos después el avión salió al cielo limpio. ¡Era un B-29! El sol le arrancaba reflejos plateados. Y mientras me entretenía en calcular a qué altura volaría —sería a unos 8,000 metros— se me escapó un grito: ¡Algo cayó!

”Era un objeto negro y alargado. Inmediatamente deduje que era una bomba y eché cuerpo a tierra. Cinco, diez, veinte segundos. Un minuto tal vez. Transcurrió bastante tiempo mientras trataba de contener la respiración. De repente se encendió un enorme resplandor, más poderoso que la luz del día, pero no oí ningún ruido. Levanté temeroso la cabeza. El objeto había caído en Urakami. Por encima de la iglesia de este distrito y en las cercanías flotaba una enorme masa de humo blanco que se iba extendiendo exageradamente. Pero lo que me sorprendió más fue el ver una ola que con fuerza incontenible venía abalanzándose desde las colinas y laderas de

Urakami y que nacía debajo de la nube de humo. La ola derribaba cuanto encontraba a su paso como piezas de ajedrez: estallaban las casas, volaban los árboles y arrasaba y quemaba las plantas y mataba todo lo vivo. La demoniaca ola seguía avanzando desenfadadamente, y mientras yo trataba de hacer algo ante el inminente peligro, la ola ya había arrasado el bosque que rodeaba a la montaña que tenía al alcance de mis ojos y subía por las laderas del cerro Kawahira. ‘¿Qué es esto?’ —grité. Me tumbé en una zanja y junté las manos para elevar a Dios mi última plegaria. Un tremendo, aterrador ruido me aturdió y minutos después me encontré atrapado contra el muro de piedra que limitaba mi huerto con el del vecino. La tremenda presión del aire me había arrancado de la zanja y me había lanzado a cinco metros de distancia...”

—Ése es sólo uno de los relatos —dije—. Viene luego lo que dijo el señor Furue, quien regresaba a su casa en bicicleta, por el camino de Michinoo, así como el testimonio del maestro Tagawa, quien se hallaba en la sala de clases de la escuela primaria de Ogakura, distante siete kilómetros de Urakami; el del señor Kato, que vivía en la aldea Oyama, a ocho kilómetros del centro de la explosión; y el del señor Takami que caminaba rumbo a Odorice, a dos kilómetros de Urakami, conduciendo sus vacas al establo. ¿Quieres ahora pasar a la página 29, donde se habla de los destrozos de la bomba? Allí hallarás las palabras de la enfermera Hashimoto:

“Me hallaba en la vecina sala de Radiología. Como estaba entre los armarios de la biblioteca y ésta era construida de hormigón, no recibí ni siquiera un rasguño. Los fantasmales movimientos que la explosión comunicó a todas las cosas, hicieron de ellas seres móviles que saltaban ruidosamente dando vueltas, mientras yo permanecía oculta en la pared... Pensé ir en busca de ayuda y salir del edificio arrastrándome por debajo de los muebles. Lo que mis ojos vieron me dejó estupefacta: todo era un revoltijo. Pude llegar con dificultad a la ventana por un camino cubierto de escombros, y mi asombro tuvo oportunidad de convertirse en espanto ante el espectáculo que me ofrecía el mundo. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo habían podido ser borrados del mapa los distritos de Sakamoto, Iwakana, Hamoguchi y otros que se veían desde aquella ventana unos momentos antes? El monte Iwaca,

cubierto hasta hacía pocos minutos de verdor, se había transformado en una montaña rojiza. Todo el esplendor del verano, las hojas de las plantas, las hierbas y las flores, toda la policromía que vestía de belleza el paisaje, había sido barrido de la faz de la tierra. ¡La tierra había quedado desnuda!... Mis ojos vieron, horrorizados, montones y montones de cuerpos totalmente desnudos... ¡Me cubrí la cara con las manos y prorrumpí en llanto! ¡Estaba en el mismo infierno!”

—Eso —exclamó mi hermano— es horripilante...

—¿Lo crees deveras? —insinué— Pues aguarda a que leas, por lo menos, lo que narró el profesor Aoki, horas después de la tragedia: “Allí estaban los cuerpos de mis muchachos, mis niños estudiantes, borrados por el fenómeno siniestro. Me restregué los ojos y me tomé el pulso. Sí, todo era verdad. No estaba muerto, ni aquello era una cruel pesadilla. Me acerqué a un cuerpo semicarbonizado. No pude distinguir quién era, a pesar de que los conocía bien a todos. Me acerqué a otro y lo llamé, pero no obtuve respuesta. Lo tomé del hombro y al querer levantarlo, la piel del muerto se me quedó en las manos... Me incliné al lado de otro cuerpo, que presentaba un estado edematoso, como la cáscara de una calabaza tatemada. Era el estudiante Araki. Tenía el rostro desollado e hinchado y en él solo se veía el blanco de los ojos, que de vez en cuando abría con dificultad. Habló con palabras entrecortadas: ‘Profesor... me acertaron. Parece que no tengo remedio... Muchas gracias, profesor...’ Muchos sangraban por las narices y las orejas. Algunos tuvieron una muerte instantánea al reventárseles el cráneo, tal vez aplastados por la tremenda presión del aire de la explosión. En la calle los gritos que salían de entre los escombros eran estridentes, verdaderos alaridos de dolor: ‘¡Ayúdenme, por favor! ¡Me muero! ¡Socorro! ¡Agua, que me arde el cuerpo! ¡Mamá... mamá!’ Era la voz de un niño... Veinte minutos después de haber caído la bomba, todo Urakami se convirtió en un mar de fuego. Las quemaduras producidas por los rayos gamma de las bombas, hacían a la gente marchar tambaleándose como beodos. Avanzaban por las laderas del monte del Este. Sin ropas y con su desnudez al aire para huir del fuego que los cercaba. Dos niños arrastraban, llorando, el cadáver de su padre... Una mujer joven pasó corriendo con un niño sin cabeza entre los bra-

zos... Algunos pasaban delante de mis ojos corriendo envueltos en llamas y unos pasos más adelante caían rodando como bolas de fuego...”

—Y el título de *La campana de Nagasaki* ¿por qué se le puso al libro?

—Porque un grupo de jóvenes, horas después del desastre, desenterró la campana de la iglesia principal de Nagasaki, que había caído de más de 30 metros sin dañarse. Puestos de acuerdo, lograron izarla con ímprobos esfuerzos y fijarla en lo alto de las ruinas, donde la hicieron tocar a rebato día y noche, para que el mundo supiera de su tremenda desgracia...

—Estos hechos terribles —concluyó mi hermano— debieran ser conocidos por toda la humanidad, no sólo para su condenación —que eso queda en las manos de Dios—, sino para que, estrujados los corazones, sientan renacer la fraternidad y unan sus plegarias al Divino Creador para que tales infamias no vuelvan a repetirse jamás.

La maravilla del siglo xx

Aquella noche del 15 de septiembre de 1922, Torreón celebraba sus bodas de cristal como ciudad. Todas las puertas y ventanas lucían banderitas y cadenas de papel tricolor. Los cohetes, petardos, carrilleras chinas, saltapericos y chicharras buscapiés, estaban a la orden del día.

Mi padre llegó presuroso a casa como a las 19 horas y nos dijo:

—Voy a llevarlos a que vean la maravilla del siglo xx. Es algo fantástico.

—¿Una maravilla? —preguntó mi hermano mayor, Óscar, quien ya frisaba los nueve años.

—Sí. Está a tres cuadras de aquí.

Tomados de sus manos Óscar y yo; y de la de mi madre Otilia, mis hermanos Concha y Luis, salimos a la avenida Abasolo, dimos vuelta al sur en la calle de Ramón Corona y

podimos ver que toda esa rúa y los alrededores de la Plazuela Juárez parecían un gigantesco hormiguero de gente. Todos los hombres, según se usaba entonces lucían barba y bigote y se tocaban con sombrero o huaripa. Las mujeres se arrebujaban con rebozos, chales, chalinas o mantones; su pelo se veía peinado en trenzas o chongos y sus faldas eran amplias y largas hasta cubrir los tobillos. En cuanto a los chicos, llevaban sus pantalones bombachos, sus zapatos abotonados y sus cachuchas de lujo.

La plaza ardía en hachones de petróleo, lámparas de cachuchones o de carburo. El olor a pólvora quemada hería las ternillas de la nariz, también acariciadas por el penetrante "aroma" de las fritangas, puestos de tripas, chanfaina, atoles, tortas compuestas, frutas, pasteles y dulces.

Los puestos de tacos y enchiladas empezaban desde el molino del Santo Niño y casi daban vuelta a la plaza, entreverados con las mesas para juego a las cartas, a los dados y a la lotería de "campo y tabla". En estos últimos destacaban los típicos gritones que anunciaban a los apostadores las cartas que iban saliendo para que, con maíces los apuntaran en sus tablas: "¡Qué saltos daba tu hermana!", y un grito de su ayudante explicaba el significado de aquello: "¡La rana! ¡La cobija de los pobres! ¡el sol! ¡El consuelo de las viudas! ¡el diablo...!"

Una gran muchedumbre se agolpaba, asimismo, en los juegos del "Pepe", del tiro al blanco con municiones o dardos. Los coches —viejo modo de transporte popular— rodaban sobre el empedrado de la plazuela o abrían surcos en las calles laterales, polvosas pero recién regadas.

Al llegar a la esquina de la avenida Matamoros, nos detuvimos frente a la maravilla. Estaba sobre una mesa iluminada —pero no con hachones de petróleo, sino con bombillas eléctricas de un brillo sorprendente. En el centro de la mesa veíase un cilindro plateado sobre el que descansaba una púa. De abajo de tal cilindro salían numerosos tubos largos y delgados que daban a la máquina el aspecto infernal de un escuálido pulpo.

Tomó mi padre dos pares de aquellos tubos y colocó uno en los oídos de Óscar y otro par en los míos. Mi hermano, desconfiado, no quería prestarse a la maniobra, pero al ver

que yo la admitía sin daño, igual que otras personas, cesó en su resistencia. El encargado de la mesa, tras recibir monedas de quienes alquilaban los tubos empezó a girar un manubrio. Y fue entonces cuando recibimos una sorpresa mayúscula...

—¡Papá —exclamé—, están tocando el Himno Nacional! ¡Lo oigo muy bien por estas tripas...!

Después del Himno, todavía escuchamos, por el mismo quinto en que se alquilaba cada par de tripillas, la “Marcha de Zacatecas” y el “23 de Infantería”. Y mientras aguardábamos la hora del “grito”, fuimos con doña Lupe, que vendía atole de grano y tamales en la esquina de Allende y Ramón Corona, a que cenásemos los chicos, mientras nuestros padres, en el puesto de al lado, el de doña Chole, se hacían preparar unas “taralailas” de a cinco centavos, que consistían en tortillas fritas y extendidas, recubiertas de papas con chile colorado.

Allí abrumamos a mi padre a preguntas: ¿Cómo podían aquellos tubos o aquel cilindro tocar el Himno Nacional? ¿En dónde se ocultaban los músicos de la banda militar que lo tocaba? Mi padre sonreía satisfecho de nuestro estupor. Pero antes de explicarnos cómo Tomás Alva Edison había inventado aquel fonógrafo maravilloso, nos dijo —no sin un dejo profundo de amargura:

—Este aparato es fantástico. Pero la ciencia que lo ha creado lo es todavía más. Me da envidia pensar en que cuando ustedes estén grandes van a presenciar cosas que van a parecer mágicas; cosas que su madre y yo ya no alcanzaremos a conocer... Un día, en 1877 —dijo mi padre—, Edison buscaba un método automático para registrar las señales telegráficas en un papel colocado sobre una placa rotativa, y mediante un estilete movido por un electroimán. La corriente eléctrica obligaba al punzón a profundizarse más o menos en el papel, con lo que resultaba grabado el mensaje. De pronto el sabio, a quien luego se conocería como *el Brujo de Menlo Park*, se detuvo en su trabajo. Acababa de tener una corazonada. Un relámpago acababa de fulgurar en su cerebro: si las vibraciones eléctricas del aparato de Morse —dijose— podían registrarse, ¿no podría hacerse lo mismo con las vibraciones de una membrana tensa, sacudida por la voz humana? Si esto fuera posible —pensó— se lograría fijar y reproducir toda clase de sonidos.

”Alborozado con aquella idea, dejó lo que estaba haciendo y se puso a cavilar profundamente y a trazar rápidos esquemas en hojas de papel que luego estrujaba nerviosamente y arrojaba al cesto de la basura. Finalmente logró un diseño que le pareció satisfactorio, consistente en un cilindro acanalado, recubierto con una hoja de estaño, que debía girar sobre su eje horizontal. Un diafragma con una aguja, un electroimán, un micrófono de carbón y dos o tres piezas y conexiones más, completaban el atuendo. Entregó su diseño al mecánico Juan Kruesi y éste, por 18 dólares, se comprometió a confeccionar el aparato.

Fabricado con sus propias manos, Kruesi no podía comprender, por más que lo intentaba, para qué serviría aquel mamotreto. Y cuando Edison fue a recogerlo, el gran mecánico se llevó una sorpresa mayor que la de Óscar y la mía. Edison acopló una batería eléctrica, conectó el micrófono, puso la aguja sobre el cilindro y echó a andar el aparato. Tomando entonces el micrófono, *el Brujo* gritó frente al diafragma: “¡María tenía un corderito!”, y luego empezó a cantar. Al terminar la melodía, Edison ajustó el diafragma reproductor e hizo girar de nuevo el cilindro. ¡La máquina empezó a cantar!

El desconfiado mecánico primero se aseguró de que no se trataba de un truco de ventriloquía y luego expresó su admiración sin cortapisas.

—Como ves —dijo el sabio— con este aparato he logrado registrar y reproducir la voz humana.

—¡No! —exclamó Kruesi—. Todavía hace un momento no comprendía yo la importancia de este aparato. Pero ahora la veo con toda claridad. Lo que usted acaba de grabar no es sólo la voz humana: ¡ha grabado su propio nombre, y para siempre, en los fastos de la eternidad!

Cuatro burlas sarcásticas

Los más grandes éxitos científicos, las figuras más ilustres de la ciencia, no siempre han sido tomados en serio. La maledi-

cencia, la envidia, los celos y la maldad, frecuentemente los han hecho objeto de las burlas más sarcásticas.

Cuando en 1895 el presidente de la Academia de Ciencias de Berlín, en medio de la expectación de tan docta asamblea, extendió su mano y la descarga de los rayos X mostró por primera vez en la historia los huesos humanos a través de la carne, Guillermo Conrado Roentgen no sólo había logrado un triunfo estupendo, sino que acababa de aportar para la ciencia una conquista maravillosa, un instrumento poderosísimo para la investigación.

Pero el común de la gente no lo creyó así. Cuando el descubrimiento irrumpió de los círculos científicos, fue la comidilla de los grupos sociales, de la prensa y de las tabernas. Creyéndolos inútiles, las burlas y las caricaturas buscaron para los nuevos rayos las más fantásticas aplicaciones: una fotografía y una radiografía, colgadas en la sala, mostrarían al abuelo "antes y después de morir"; un aparato colocado en la entrada de un bar, revelaría al cantinero quiénes eran los clientes y cuáles los gorriones, un monóculo de rayos X amortiguados, capacitaría a los gentlemen a divertirse en los paseos públicos contemplando discretamente el color de ciertas prendas femeninas.

Caro le resultó a Isaac Newton, el inmortal descubridor de las leyes de la gravitación universal y del cálculo infinitesimal, haber sido tío de la viuda del coronel Barton, una joven bellísima de la que se enamoró Jorge, marqués de Halifax. Aunque el marqués nunca pudo desposar a la beldad, a su muerte le dejó gran parte de su fortuna, y 100 libras esterlinas de renta al famoso sabio.

Cuando tardíamente se hizo justicia a los méritos científicos de Newton y se le rindieron honores oficiales, la maledicencia, alentada por Voltaire, hizo sátira cruel del "tío de Halifax", atribuyendo sus triunfos, más que a sus propios merecimientos, a los de su sobrina; y rumoróse que en la balanza de la política pesaban más 19 años de belleza que toda la gravitación universal; que unos ojos azules tenían más fuerza que todo el espectro luminoso y que una incógnita matrimonial resultaba más poderosa que todo el cálculo infinitesimal...

Como los efectos del cloral —líquido producido por la acción del cloro sobre el alcohol anhidro— resultaban peligrosos al usarse como anestésico, durante muchos años el médico escocés Jaime Young Simpson buscó un sustituto, encontrando así en 1847 las propiedades del cloroformo, mismas que experimentó primero en un perro y finalmente en seres humanos.

Esto dio origen al cuento de que el cloroformo había sido realmente descubierto por un perro, el que tuvo la curiosidad de oler una cápsula llena de dicha substancia, cayendo dormido en el laboratorio químico de Linlithgow. Según los burlones, la curiosidad canina había sido un instrumento de investigación científica superior a los desvelos de los químicos, y Simpson no era más que un ingrato que le estaba robando su “descubrimiento” al humilde cánido.

El ingenio francés se mostró sarcásticamente incisivo en 1661: tres años antes había enfermado de tifo su majestad Luis XIV, *el Grande, el Rey Sol* y había sido salvado mediante administración de antimonio. El pueblo se sintió feliz, porque adoraba a su monarca. Pero en 1661 enfermó del mismo mal el cardenal Mazarino, que era odiado, tanto por los altos impuestos que decretó, como por su despotismo y su enriquecimiento personal. Los médicos le recetaron el mismo antimonio que había salvado la vida del monarca. Pero la pócima esta vez no dio resultado y Mazarino murió.

Al saberlo, el pueblo se echó a la calle gritando jubiloso: “¡Viva el antimonio, que ha salvado dos veces a Francia!”.

Desafío en la cumbre de las matemáticas

Las tropas francesas, con su empuje formidable, lograron vencer las defensas italianas en 1517 y entraron a saco en la ciudad de Brescia. La matanza fue espantosa; un grupo de pacíficos habitantes que se había refugiado en la Catedral, fue pasado a cuchillo. Entre los inmolados se hallaba un joven vi-

varacho de doce años llamado Nicolás Fontana. Un sablazo brutal le pegó en la boca y le hendió el paladar. El chiquillo cayó envuelto en un mar de sangre. Cuando cesó la matanza, la madre de Fontana halló el cuerpo de su hijo, guiada por la presencia de un perro fiel y cariñoso que lamía las heridas de su pequeño amo. Pasaron los años y aunque aquel muchacho pudo al fin recobrase, le quedó un grave defecto que le valió el mote de *Tartaglia*, es decir, tartamudo.

Como sus padres eran pobres y viejos, Tartaglia pasó una niñez miserable. Llegó a la adolescencia sin saber siquiera leer, a pesar de su notable talento. Pero así como su cuerpo logró recobrase de las viejas heridas, su mente vigorosa pudo sobreponerse al infortunio atávico. Trabajando y estudiando, Tartaglia no sólo llegó a instruirse, sino a transformarse en uno de los matemáticos más célebres de su época. Perfeccionó la balística, abordó los problemas del cálculo de posibilidades y conoció ya el teorema de los binomios para todos los exponentes negativos.

Por ese mismo tiempo había en Italia un matemático muy competente llamado Antonio Fior, cuyo defecto principal estribaba en una envidia y un celo desmedidos contra aquel “condenado y miserable tartamudo”, tan ducho en las manipulaciones algebraicas.

Un día —era el año de 1535— Fior recibió una comunicación secreta de Scipio del Ferro, maestro matemático de la Universidad de Bolonia, en que éste le revelaba un portentoso descubrimiento suyo: la forma de resolver varios casos de ecuaciones cúbicas. Como la solución algébrica de tercer grado era el muro en que se estrellaban los esfuerzos de los más privilegiados cerebros de la época, Fior vio llegada la oportunidad de su vida. Desafió a Tartaglia a un concurso público que se ejecutaría en la plaza principal de su pueblo. Tartaglia —que no sospechaba siquiera la naturaleza de las nuevas armas de su enemigo—, aceptó, sin pensarlo dos veces, aquel duelo terrible.

El día de la gran batalla, la plaza se vio colmada de sabios y curiosos de todos los pueblos de la península. Antonio Fior, sonriendo socarronamente, escribió su primer problema. Al verlo, uno de los jueces le advirtió al contendiente que para

plantear una cuestión era requisito que pudiera resolverse y aquel caso era todavía insoluble.

—Es que yo sí puedo resolverlo —dijo Fior con orgullo.

—¿Y vos? —le preguntó el juez a Tartaglia.

—¡Yo también!

Y Nicolás Fontana resolvió uno tras otro todos los problemas que su antagonista quiso proponerle. ¿Cómo se había operado aquel milagro? ¿Acaso conocía Tartaglia la secreta fórmula de Del Ferro? Algo mejor. Merced a sus propias investigaciones, aquel joven miserable y mal vestido había llegado mucho más allá que el mismísimo sabio boloñés y conocía la solución general de tercer grado.

¡Y cómo se rieron entonces los concurrentes cuando Antonio Fior —el soberbio y malintencionado retador— no pudo resolver ni una sola de las ecuaciones que, a su turno, le planteó aquel “condenado y miserable tartamudo...!”

Bienaventurados los que llevan un Dios interior

“Las gotas de sangre de un pueblo en marcha —ha dicho Altamirano— son sus mártires. Ellas marcan la senda que han seguido, ellas revelan la fuerza de su espíritu y la grandeza de su fe.”

La historia de la ciencia está llena de héroes y de mártires. De hombres y mujeres que en pos de un ideal, poseídos de fiebre creadora y curiosidad sin límites, han llegado hasta el sacrificio en aras de la civilización.

¿Quién puede olvidar el caso dramático del médico parisiense Pedro Dulong, descubridor, junto con Alejandro Petit de la fecunda relación que existe entre los calores específicos de los sólidos y sus pesos atómicos?

Un día, experimentando con vapores sobrecalentados, se produjo violenta explosión que le arrancó los dedos de la mano derecha y le vació la cuenca de un ojo. En el hospital, sus amigos y familiares le rogaron unánimemente que dejara sus locos experimentos. Al oírlos, Dulong se incorporó prontamente en su catre y gritó:

—¡Cómo! ¿Dejar la química cuando todavía me quedan un ojo y una mano...?

¿Quién no recuerda el caso de Garré, doctor de Basilea y discípulo de Koch?

Para averiguar si el *bacillus antracis* era realmente el que causaba los terribles forúnculos característicos del ántrax —según afirmaba Pasteur—, cogió varios tubos de ensayo repletos de virulentos bastoncitos microscópicos y, a pesar de las protestas de sus ayudantes, se frotó con el contenido uno de los brazos.

No tardó Garré en experimentar los síntomas del carbunco o ántrax, en forma terrible. Le sobrevinieron cólicos, fiebre, mucosas inyectadas, dificultad para respirar, temblores, pulso rápido y abatimiento físico en grado extremo.

Pero su abatimiento físico —con ser tan grande— no pudo derrumbar su fortaleza espiritual y, en su lecho de enfermo grave, exclamó triunfalmente:

—¡Ahora me consta, personalmente, que este microbio, el estafilococo, es la verdadera causa de los forúnculos y del ántrax! ¿No creen, conmigo, que es un bello triunfo para la ciencia?...

La intrepidez, la osadía rayana en la temeridad, han sido atributos de los grandes soñadores de la investigación científica, particularmente en la medicina. Sus hazañas —y a veces su martirio— son incontables. ¿Será preciso citar a Dutton, quien, como se sabe, se infectó y murió de la fiebre de garrapatas al hacer una autopsia? ¿A White, que murió de un búbón pestoso para comprobar el efecto de una vacuna suya? ¿A Ricketts, que sucumbió en México de tifo exantemático mientras lo estudiaba? ¿O a los veintisiete voluntarios de Daniel Carrión, sacrificados por la verruga peruana, para demostrar que era igual a la fiebre de Oroya?

Un común denominador rigió las vidas y las hazañas de estos hombres fantásticos: su ansia de sabiduría y su amor por la humanidad. En todos ellos bullía ese aliento supremo de que hablaba el gran sabio de Arbois:

“Los griegos —decía Pasteur— comprendieron el poder arcano que rige las hazañas; lo designaron con una de las más

hermosas expresiones que conoce el lenguaje: crearon la palabra *entusiasmo*, que significa un "Dios interior". ¡Feliz aquel que lleva en su interior a un Dios, sea un ideal de la belleza, del arte, de la patria o de la virtud cristiana! ¡De él brotan las grandes ideas y las grandes hazañas, que son iluminadas, todas, por la eternidad!"

Bromas sarcásticas y crueles

La historia de la ciencia está llena de triunfos y de chascos; en cada una de sus páginas han sido escritas, en el curso de los siglos y por hombres de todas las nacionalidades, las más brillantes victorias, los más estupendos hallazgos... y los chascos más divertidos.

Un éxito colosal se obtuvo en 1910 cuando Pablo Ehrlich, tras 605 ensayos infructuosos, tuvo la idea genial de agrupar en torno de un núcleo general de anilina, un elemento arsenical trivalente, dos oxhidrilos y dos grupos amidos.

Un hallazgo impensado pero grandioso tuvo lugar cuando un muchacho estudiante, Guillermo Enrique Perkin, buscaba, en investigación que le ocupó mucho tiempo, un sustituto artificial de la quinina y encontró, en cambio, la malva, el colorante de anilina que transformó la industria.

La buena fe de algunos sabios ha sido sorprendida y se les ha hecho víctimas de constantes burlas; algunas regocijadas e ingeniosas, otras malvadas y crueles.

Entre estas últimas, la de que fue objeto Antonio Scopoli, brillante profesor italiano de química y de historia natural.

Un médico, durante su estancia en el campo, arregló el esófago de un pollo y, en una botella con alcohol, se lo envió a Scopoli diciéndole que era una lombriz que había sido expulsada por un enfermo "en un ataque de cólico". Fiado en el dicho de tan respetable galeno, el profesor halló con entusiasmo que aquel anélido era diferente de todos los conocidos. Lo clasificó minuciosamente, lo bautizó con el sonoro nom-

bre de *Physis intestinalis* y envió un magnífico reporte a la Sociedad Real de Londres.

Cuando el bromista reveló la burla, Scopoli no tuvo más remedio que reconocer su yerro. Y mientras las carcajadas burlescas le daban la vuelta al mundo, él se sintió tan deprimido, tan cruelmente avergonzado, que enfermóse de tristeza y muy poco después... ¡murió abrumado por la pena!

Un paleógrafo sinvergüenza —que también los hay—, Vrian Lucas, tuvo en jaque a los sabios ingleses durante ocho años y de paso burlóse de un geómetra francés ilustradísimo llamado Miguel Chasles.

Falsificando documentos, hizo creer a Chasles que Newton le había plagiado a Pascal —su compatriota— nada menos que la ley de la gravitación universal. Y en los documentos probatorios que le vendió figuraban firmas tan destacadas como las del propio Newton y Blas Pascal, las de Gassendi y Descartes, las de Leibniz y Montesquieu.

Como un gran número de sabios salió a la defensa del coloso inglés, Chasles presentó nuevos escritos apócrifos —sin saber que lo eran—, de personalidades insospechables como Racine y Huygens, como Luis XIV y Jacobo II. Y de cientos más. Inclusive una carta... ¡de Galileo Galilei!

La polémica, sobre todo con Duhamel y Le Verrier, duró ocho largos años. Y cuando la policía a petición del mismo Chasles capturó al falsificador y éste confesó su audaz impostura, Chasles quedó abatidísimo; la vergüenza le corroía las entrañas; el pesar casi le paralizaba el angustiado corazón.

Y ¡qué amargo acento había en la voz del pobre geómetra cuando de nuevo se presentó a la academia! El temblor de sus manos, sus ojos nublados por un llanto que pugnaba, que hacía lo imposible por no brotar, conmovieron a la docta asamblea. Y en vez de soltar las risotadas, se apresuraron a consolarlo y abrazarlo!

El colmo de la ingenuidad y la confianza imprudente, sin embargo, pertenece a un profesor de Wurzburg llamado Juan Beringer.

Era éste un decidido defensor de la vis plástica, aquella fantástica teoría de Avicena que negaba la autenticidad de los

restos fósiles y que afirmaba que la naturaleza posee una misteriosa fuerza que crea planetas y animales petrificados.

Las piedras "figuradas" eran la verdadera explicación de los fósiles y la obsesión de Beringer, quien todas las semanas, en el descanso de su cátedra, iba a las canteras cercanas en busca de piedras figuradas que confirmaran su creencia.

Unos estudiantes malvados pero humoristas, enterraron en las canteras, para que las encontrara luego el profesor, diversas piedras arregladas para representar a la Luna, al Sol y diversos pájaros. Y al ver el entusiasmo con que Beringer hacía tales hallazgos, añadieron algunos caracteres egipcios.

Beringer se llenó de júbilo con aquellos guijarros. Hizo excavaciones en gran escala en las canteras y en torno de ellas, y escribió con los datos que allí obtuvo, un voluminoso libro en que describía con verdadero fervor sus prodigiosos hallazgos. Pero un día encontró en las canteras una piedra dejada por los estudiantes malvados, que le reveló de golpe la burla tremenda de que venía siendo víctima. Aquella losa tenía grabada, en preciosas letras del tipo más moderno, esta sola palabra, resallante y dolorosa como un latigazo dado en pleno rostro: "Beringer"... ¡Su propio nombre!

Rascacielos de antes de Cristo

—Papá —me preguntó mi hija María del Rosario aquel día, mostrándome, en el periódico, un despacho procedente de Lima, Perú—: ¿Leíste lo del descubrimiento de las ruinas de la ciudad precolombiana en las selvas amazónicas, entre los ríos Marañón y Utucamba, a unos 650 kilómetros al nordeste de Lima?

—Sí, hija. Yo sabía que Gene Savoy venía explorando la América del Sur desde hace un cuarto de siglo. Y estaba enterado de que hace unos meses, bajo los auspicios de un club de exploradores de Nevada, de donde es oriundo, había iniciado una intensa búsqueda en las márgenes antiguas del río Utucamba.

—Esta noticia —prosiguió mi hija— dice que Savoy descubrió las ruinas de una enorme ciudad, que al parecer, perteneció a la misteriosa cultura preincaica de los chachapoyas, la que floreció alrededor de 800 a 1,000 años después de Cristo. La ciudad es de piedra y se extiende 85 kilómetros a lo largo de un área de 200 kilómetros cuadrados, y se dice que él y su equipo de 20 macheteros contaron unas 24,000 estructuras de la ciudad, con edificios circulares construidos encima de plataformas, mientras otros tienen 50 metros de extensión. Agregan que algunos están construidos en forma piramidal, del tamaño de un inmueble de 15 pisos... ¿no te parece esto una exageración? ¿Rascacielos construidos antes de la llegada de Colón al Nuevo Mundo?

—Ante todo, hija, hay que esperar la confirmación del descubrimiento y ver las fotografías, las ruinas de las construcciones. Y en cuanto a la altura de éstas, se han encontrado las ruinas de otras que fueron todavía más altas, edificadas varios siglos antes —no después— del advenimiento de Cristo Jesús.

—¿Es posible? Dame algún pormenor .

—Ello será fácil, porque abunda la literatura al respecto. Por ejemplo, Robert Silverberg, en su precioso libro *Ciudades perdidas y civilizaciones desaparecidas*, narra que en 1811 un joven llamado Claudius Rich, examinando unos montecillos escarpados y extraños, de gran tamaño, que se levantaban en los llanos de Mesopotamia, halló ladrillos con inscripciones en escritura cuneiforme, aún desconocidas en esa época. El sitio estaba como a 40 kilómetros al sur de Bagdad, en el montículo llamado Babil. Como estaba muy enfermo, el explorador no pudo hacer excavaciones, pero publicó sus hallazgos en un libro que rotuló *Memoria sobre las ruinas de Babilonia*.

—¡No me digas que en Babilonia había rascacielos!

—Los había. Guarda a que oigas lo que sigue: ese libro de Rich lo leyó un joven soñador y atrevido, llamado Paul Emile Botta, quien en marzo de 1843, excavando en la región del villorrio de Korsabad, se topó con dos muros paralelos de yeso, cubiertos con esculturas e inscripciones, con bajorrelieves de hombres barbados, animales grotescos y extraños ejér-

bitos de combatientes. Todo mostrado con viveza y motilidad. Abundó en sus excavaciones y resultó que lo que había hallado era el palacio de verano que en la ciudad de Nínive había mandado construir el rey asirio Sargón II, hacia el año 709 antes de Cristo!

—¿Y los rascacielos?

—Aguarda un poco más. Dos años después, en 1845, el joven investigador inglés Austen Henry Layard, excavando también en Mesopotamia, en un montecillo llamado Nimrud, cerca de Mosul, en su primer día de trabajo encontró dos espléndidos palacios asirios, sepultados muchos siglos atrás en las márgenes del río Tigris.

Uno de los palacios desenterrados por Layard era más espléndido que el descubierto por Botta y fue identificado más tarde como el palacio del rey Asurnasirpal II, quien había reinado en los años 885-859 antes de la era cristiana.

En marzo de 1899 el doctor Roberto Koldewey comenzó sus excavaciones en busca de la antigua ciudad de Babilonia.

—¿Donde estuvo la torre de Babel, de que habla la Biblia?

—La misma, hija. Babilonia, la gran ciudad de Nabucodonosor, fue la Nueva York de los tiempos antiguos; una babel de adobe, pero también de piedra y ladrillo, circundada por dos tremendas murallas, según las descripciones que de ella nos ha dejado el historiador Herodoto. “Era de tamaño tan grande —decía— que su dimensión parecía increíble.”

“El 5 de abril de 1899 —dice Roberto Silverberg— tras dos semanas de trabajos se topó con la tremenda muralla de Babilonia. Había miles de fragmentos de esculturas de la clase ya familiar en las ciudades del norte: leones alados, reyes barbudos y todo lo demás.” “A cada 55 metros a lo largo de la muralla interior, se encontraba una torre de atalaya, de 9 metros de altura. Koldewey calculó que originalmente había habido 360 de estas torres. Había grandes losas en el camino construido de ladrillo cubierto de asfalto, a lo largo de la muralla, que llevaba inscripciones como ésta: “Nabucodonosor, rey de Babilonia, hijo de Nabopolasar, rey de Babilonia, ese soy yo. Esta calle Babel yo la pavimento con losas de Shadú para la procesión del gran señor Marduk. Marduk, señor: concédenos vida eterna.

”La gran torre de Babilonia —relata Silverberg— fue otro de los hallazgos de Koldewey. La Biblia nos habla de la torre de Babel que manos audaces e insolentes construyeron tan elevada que casi llegaba hasta el trono de Dios. Probablemente se edificó en tiempos tan remotos como el año 3500 antes de Cristo. Hallábase situada en un gran patio rodeado de templos menores... Cada lado de la torre tenía 96 metros de largo, y la altura total del edificio llegaba asimismo a 96 metros. La torre se erguía en escalones retrocedidos, como un rascacielos moderno: el primer piso tenía 35 metros de altura, y el segundo 19. Después se levantaban cuatro pisos como de 6 metros cada uno. Coronados por un templo de 16, dedicado al gran dios Marduk. Las paredes del templo se encontraban recubiertas de oro y tenían embutidos ladrillos esmaltados, de manera que el Sol, brillando en la parte superior de la torre, iluminaba toda la ciudad con un resplandor de luz reflejada.”

—Tienes razón, papá —reconoció María del Rosario—. Si la torre de Babel medía 288 escalones y cada uno de éstos consta de 30 centímetros y medio, resulta que su altura debió ser de unos 87 metros, equivalente a la de un moderno rascacielos de 24 pisos...

—Así es, Rosario. Pero todavía Koldewey hizo otro descubrimiento más fantástico.

—¿Más que el de un rascacielos de antes de Cristo?

—Sí, porque halló uno de los jardines colgantes de Babilonia, de esos que la antigüedad consideró como una de las Siete Maravillas del Mundo. El mismo Silverberg lo narra:

“Cuando Koldewey hizo su descubrimiento, ya nada quedaba de la torre, sino la base: un gran cubo de ladrillos que se desmoronaba. Pero luego tuvo la dicha de hallar todavía erecto, uno de los jardines colgantes de Babilonia. El hallazgo ocurrió mientras cavaba en la Ciudadela del Sur, más allá de la Puerta de Ishtar.

”Encontró un edificio que tenía 14 bóvedas en arco. Era inusitado, tanto por el empleo del arco en su dibujo como porque se trataba de uno de los edificios de la ciudad en que se había utilizado la piedra al mismo tiempo que los ladrillos en su construcción, según las inscripciones. En el extremo occidental del edificio había un pozo muy extraño con un triple

tiro, uno oblongo flanqueado por dos cuadrados. Allí había habido una bomba de cadena con cubos en serie sin fin, con el objeto de sacar agua y elevarla hasta el techo del edificio. La maquinaria había desaparecido desde hacía mucho tiempo, pero el propósito resultaba claro...”

¡Era el lugar donde mitigaba su nostalgia la bellísima, la encantadora esposa del poderoso rey Nabucodonosor...!

Los grandes infortunios

“La multitud —decía el divino Platón— cuando ejerce la autoridad, es más cruel aún que los tiranos.” Eso se vio muy claro cuando la muchedumbre enfurecida atacó el taller del escultor italiano Giacomo Serpotta, impulsada por rencores políticos.

¿Cómo fue que un artista de la talla del autor del grupo escultórico *La caridad*, que se conserva en el Museo Nacional de Palermo, o de la *Judith*, estatua portentosa que se exhibe en el oratorio de Santa Zita, o *La pureza*, que brilla esplendorosa en el oratorio del Rosario, incurrió en las iras del populacho?

Su gran delito fue haber esculpido una estatua magnífica, estupenda —como todas las suyas—, de un ser monstruoso, odiado por la plebe. Y ese odio se recrudeció al conocerse que la obra artística sería colocada en la plaza de la catedral de Mesina.

En efecto, el rey Carlos II de España, apodado *el Hechizado*, hijo de Felipe IX y de Mariana de Austria, era un monarca indolente, apático e infatuado. Y, además, un retrasado mental. Entregado a la molicie y los placeres, puso las riendas del gobierno en manos de sus favoritos. La historia es testigo de que bajo su reinado España se precipitó por el camino de la decadencia. Y de que, como aquel engendro carecía de herederos, dejó el trono a Felipe de Anjou, cuyo advenimiento al poder provocó la guerra de sucesión que ensangrentó cruelmente a la madre patria.

Sabedor, pues. el gentío, de que Serpotta había inmortalizado en bronce a semejante mequetrefe, montó en cólera, y en avalancha incontenible, poseído de un furor satánico, invadió el obrador del gran artista y destruyó no sólo la figura metálica del odiado soberano, sino todas las obras que en mármol y en estuco había realizado Serpotta y que significaban una labor de más de veinte años, y entre las cuales había muchas capaces de inmortalizarlo. Cuando el vulgo se retiró satisfecho de su barbarie, junto a los trozos de bronce, de mármol y de yeso que momentos antes constituían demostraciones exquisitas de un arte esplendoroso y refinado, se vio a Serpotta de rodillas. Allí permaneció horas y horas, llorando a lágrima viva...

“Las desgracias —escribió San Agustín—, son las lágrimas del alma.” Y ¡qué amargas fueron las que el infortunio le arrancó a los ojos soñadores, románticos y dulces del poeta José Asunción Silva!

El bardo sudamericano, autor del hermoso tomito de versos titulado *Poesías*, de los preciosos cuentos que forman *El estuche de nácar*, de la vívida y ágil novela *De sobremesa* y, sobre todo, de su regia inspiración que nos deleitara con *Prosas y versos* y con las mundialmente famosas *Crisálidas*, *Vejece*, *Crepúsculos*, *Los maderos de San Juan*, y el inolvidable *Nocturno*, fue perseguido por la fatalidad.

Cuando murió su hermana Elvira, a la que Asunción adoraba con todas las fuerzas de su alma, sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor. Su temperamento romántico, que le hizo ser uno de los iniciadores del modernismo, recibió un golpe rudísimo. En 1883 viajó por Europa. Fue secretario de la delegación colombiana en Caracas. Se convirtió en un poeta dolorido, sentimental y exquisito, que lució enormidades con el uso del dodecasílabo.

Pero el colmo de las desdichas del aedo, lo que prácticamente lo orilló al suicidio, fue la pérdida horrorosa que experimentó en 1895 cuando en el vapor *L'Amérique* viajaba rumbo a su patria, de regreso de Venezuela.

Cuando el capitán de la nave avisó a los pasajeros que era inevitable el rápido naufragio, José Asunción Silva se precipitó a su camarote, recogió los preciosos manuscritos de

tres libros que tenía en preparación y subió con ellos a cubierta. Eran tres obras grandiosas, en cuya redacción había empleado varios años de su vida, y comprendían una serie de narraciones deliciosas bajo el nombre de *Cuentos negros*, y dos volúmenes de poesía fina, madura y melodiosa, que llevaban los marbetes de *Las almas muertas* y *Poemas de la carne*.

La borrasca era tremenda y fue un verdadero milagro que el poeta saliera con vida de aquel peligroso trance. Pero sus obras, la cumbre suprema de su vida y de su poesía, se hundieron para siempre entre las aguas del río Magdalena.

Parece que el ruido del furioso temporal no fue nada comparado con los gemidos dolorosos del artista ante la pérdida tan irremediable. Y que las lágrimas del bardo fueron tan abundantes y desconsoladas como cuando voló al cielo su divina y adorada Elvira...

“La inocencia —predicaba San Cipriano antes del espantoso martirio de su decapitación— es un crimen... para los malvados.”

¿Fue un crimen la inocencia que sacudió peligrosamente la carrera del genial matemático Isaac Newton, el descubridor de las leyes de la gravitación universal? ¿Fue un delito la desgracia irreparable que se abatió sobre el inmortal creador del cálculo infinitesimal?

Si hemos de creer a varios de sus biógrafos, sucedió que al ir un día a la capilla para cumplir sus obligaciones religiosas, Newton dejó por descuido una vela encendida sobre su mesa de trabajo. “Durante su ausencia —dice uno de sus biógrafos— su perro favorito, al que llamaba Diamante, volteó la vela, produciéndose un incendio que destruyó una gran cantidad de manuscritos, notas, estudios y cálculos de alta física y de difícil matemática. Al volver el sabio, dióse cuenta del desastre irresarcible que había acaecido y por el cual perdía el fruto del esfuerzo agotador de veinte años de tarea colosal.”

El alma de acero del gran teórico inglés se sintió estrujada bárbaramente por la impresión dolorosa de la catástrofe. Miró en derredor con infinita tristeza. Contempló al perro que le lamía humildemente las suelas de sus zapatos. Y aunque no lloró a gritos como Serpotta, ni gimió horas enteras como Asunción Silva, ¡cuánta emoción, qué infinito dolor re-

velaban las palabras que, como único y amargo reproche, le dirigió al cánido:

“¡Ah, Diamante...! ¡Diamante...! ¡Ojalá pudieras darte cuenta del mal que me has hecho...! ¡Estoy seguro de que sufrirías como yo sufro...!”

Miedos cervales

En la iconografía se representa el miedo por medio de una joven con los cabellos erizados, la mirada fija, la boca abierta, la tez pálida y en actitud inmóvil. La fuerza del miedo es tan tremenda que suele nublar la razón y paralizar las funciones vitales.

“El corazón que está lleno de miedo —escribió el genial fraile franciscano Antonio de Guevara— ha de estar, por lo mismo, vacío de esperanza.”

Ese fue precisamente el caso de Juan de Poitiers, señor de Saint-Vallier y padre de Diana de Poitiers, la favorita del rey Enrique II de Francia y mujer tan deliciosamente bella, tan sensualmente conformada, que el escultor Juan Goujon la inmortalizó al esculpirla desnuda e imponente —como una diosa antigua— bajo la figura de Diana Cazadora.

Acusado de grave delito, el señor Saint-Vallier fue condenado a la decapitación. Cuando escuchó la sentencia se puso intensamente pálido, los cabellos se le erizaron, abrió desmesuradamente la boca, se quedó inmóvil y permaneció varias horas con la mirada fija. Poco después, sin embargo, empezó a temblar de pies a cabeza y lo acometió una fiebre tan intensa y violenta —llamada luego la fiebre de Saint-Vallier— que a pesar de que el perdón le llegó momentos antes de que el verdugo lo ejecutase, no pudo sobrevivir y pocos días después murió... ¡de miedo!

“El miedo —decía el poeta barroco portugués Francisco Manuel Melo— se ensaña mucho más con los cobardes y en ellos se torna un mal irremediable.”

Cuando los terribles chaucas invadieron el reino de Xahuar Huaca, en el Perú, devastaron todo a su paso y realizaron actos de crueldad realmente monstruosos. Horrorizado y muerto de miedo, el Inca huyó vergonzosamente. Pero su hijo Ripa Yupanqui, conocido luego como Viracocha, indignado por la cobardía de su progenitor, se puso al frente de sus tropas y no sólo derrotó a los invasores, sino que llevó luego sus huestes victoriosas a la conquista de nuevos territorios que se extendieron hasta Coquimbo y Tucumán.

Al restablecerse la paz, Xahuar quiso retornar para reasumir el poder, pero Viracocha se opuso enérgicamente y destronó a su padre, tildándolo, con justa razón, de ser irremediablemente cobarde...

“Lo que más se parece al respeto —afirmaba el sardónico escritor Bottach— es el miedo.” Tal fue el caso que la historia conoce como el de “Los tres motivos del Oidor”. ¿Lo recuerda usted?

Cuando Gonzalo Pizarro se rebeló en el Perú contra el rey de España, fue apoyado decididamente por el capitán Francisco de Carbajal, célebre por las crueldades que cometió y las cuales le valieron el mote de *el Demonio de los Andes*.

Al frente de sólo 50 hombres, el feroz Carbajal tomó por sorpresa —el 27 de octubre de 1544— la ciudad de Lima. De inmediato apresó a todos los sospechosos de ser enemigos de Pizarro y en la plaza pública hizo ejecutar a los más destacados y poderosos. Luego hizo traer a los miembros de la Real Audiencia para que reconocieran, mediante un acta solemne, “al muy magnífico” Gonzalo Pizarro como nuevo gobernador. Temblando como azogados concurren los reales oidores y, por unanimidad, acordaron hacer lo que se les pedía. Pero el anciano oidor Zárate, de su puño y letra, hizo constar, arriba de su firma, las siguientes elocuentes palabras: “Juro a Dios y a esta Cruz, y a las palabras de los Santos Evangelios, que firmo aquí por tres motivos: por miedo, por miedo, y por miedo...”

Don Francisco de Quevedo y Villegas, el agudo escritor español, decía: “Mejor se puede disculpar al que de miedo se muera, que al que de miedo se mate”.

El padre de Diana de Poitiers no es el único que ha fallecido de miedo. La historia está llena de casos pavorosos. Tomaremos, al azar, uno de ellos:

Miguel Vidal, un rico terrateniente y poderoso comerciante hispano, tenía fama de ser valiente hasta la temeridad y audaz hasta la locura. En 1689, deseoso de escoger por esposa a una mujer excepcional, que fuera tan osada y valerosa como él, tuvo la estúpida idea de someter a su bella novia a una prueba suprema.

Varios espadachines simularon atacar a Miguel en los momentos en que cortejaba a la joven. Chocaron las armas en medio de infernal algarabía. Vidal era un esgrimista tremendo y se defendió con bizarría. Pero los atacantes eran tan numerosos que al fin cayó —aparentemente— con el pecho atravesado por una espada enemiga. ¿Y la dama?

Presenció la desigual pelea con los cabellos erizados y la boca abierta. Y cuando pareció que una espada se hundía en el pecho de su amado, lanzó un grito desgarrador, se acentuó la palidez cadavérica de su rostro... ¡y rodó muerta de miedo!

Al recordar estos hechos, no se puede menos que evocar también el pensamiento profundo, consolador, del filósofo chino Chuang Tse: “¿Cómo sé yo que el amor a la vida no es más que una mera ilusión? ¿Cómo sé que el que tema a la muerte no es como un niño que ha perdido el camino y no sabe cómo volver a su hogar? La fe sincera en Dios se traduce en apasionada confianza en la inmortalidad del alma. Si somos, pues, eternos, ¿por qué tener miedo a perder esta envoltura terrena y transitoria?”

Los presagios en la historia

—Papá —me preguntó ayer domingo María del Rosario—, ¿dónde compraste esta bella estatua de Marilyn Monroe?

—No tengo estatuas de esa artista, hija —respondí—; aunque confieso que me encantaría poseer alguna.

—Entonces, esta beldad ¿quién es?

—Es Comizahual, una divinidad de los indios mayas.

—Pero yo sé que la estatuaria de esos aborígenes tuvo un concepto diferente de la hermosura. Para tal raza la mujer chata, bizca, con la frente deprimida, era la más linda.

—Falta advertirte que esta efigie de Comizahual, que aparece rodeada de símbolos mayas, es la representación moderna, estilizada, de aquella preciosidad de que hablan los códices. Se trata de una mujer —gitana, probablemente— que según la leyenda apareció en las costas atlánticas de Honduras y Guatemala. Hermosísima —en el sentido europeo—, rubia y de un cuerpo arrobador, adivinaba el pasado y el porvenir. Los nativos que al principio la tomaron por una maga y curandera prodigiosa, acabaron por considerarla también entre sus principales diosas.

—¿Hay constancia de que realmente adivinara el futuro?

—Veamos qué te parece ésta: Comizahual le anunció a los mayas —dos siglos antes de la llegada de los españoles— que con el tiempo vendrían unos hombres del mismo color y tipo de ella; guerreros poderosos que vencerían y dominarían a los habitantes de estas regiones. ¿Sabes tú si se cumplió tal profecía?

—¡Ay, papá! Es cierto que mi fuerte no es precisamente la historia, pero tampoco estoy en pañales respecto de esa disciplina. No ignoro la llegada de Colón con sus tres carabelas a la isla de Guanahaní, ni la salida de expediciones a tierra firme, encabezadas por Francisco Hernández de Córdova, Juan de Grijalva y Hernán Cortés... Sobre todo la de éste, con capitanes tan esforzados como Pedro de Alvarado, Gonzalo Sandoval, Juan de Escalante y Diego de Ordaz. Eran hombres blancos y barbados cuya técnica superior les permitió vencer y dominar a los indígenas, después de tórridas batallas...

—Los aztecas —interrumpí— también tuvieron sus adivinos. La tradición revela algunas predicciones realmente asombrosas.

—¿Puedes narrarme alguna que sea sensacional?

—Será mejor que la leas tú misma. Está aquí, en la página 119 del primer tomo de la *Enciclopedia de México*:

“La catoptromancia, adivinación por medio del espejo, fue otra variante de gran importancia. Lo prueba cierto episo-

dio descrito en un proceso inquisitorial publicado por el Archivo General de la Nación (Procesos de Indios, México, 1912). Mientras en la plaza mayor de Tenochtitlan arreciaba la batalla entre mexicanos y españoles, Tetzlepanquetzal, señor de Tacuba, subió al templo de Huitzilopochtli en compañía del señor de Azcapotzalco, Oquiz, del señor de Tezcoco, Coanacoch, y del sumo sacerdote Coatzin. Llegados a la plataforma más alta, Tetzlepanquetzal sacó su espejo adivinatorio y dio principio a una ceremonia que 'se hizo a las espaldas de las casas de los ídolos, porque los cristianos andaban peleando en el patio'. También Cuauhtémoc estaba en lo alto del templo, pero no asistió al rito mágico. El señor de Tacuba pronunció 'sus palabras de hechicería o encantamiento' y he aquí que el espejo se oscurece. Sólo queda diáfana una mínima parte; en ella los cuatro nobles aztecas aterrorizados, ven aparecer un escuálido grupo de macehuales. Ya no hay lucha, ya no hay guerreros; todo se ha acabado: el espejo muestra la trágica imagen del futuro, en que todos los mexicanos están reducidos a la pobreza. 'Hay que decirle a Cuauhtémoc que baje, que bajemos todos' —dice quedo Tetzlepanquetzal—; 'México está perdido...' El espejo era grande y redondo: 'Se lo llevó el dicho señor de Tacuba porque era suyo'."

—Entonces —exclamó María del Rosario— ¿debemos creer en los adivinos? ¿Son verdaderos los presagios?

—Oscar Wilde —contesté— decía que "no hay presagios. El Destino no nos manda heraldos. Es harto sabio o cruel para hacerlo". El hombre puede prevenir ya muchas cosas, pero es sólo aquellas en que ha logrado indagar bien las causas...

—Lo peor de todo —comentó mi hija— es que hay quienes se atormentan tratando de adivinar futuras desgracias, o acontecimientos dolorosos del porvenir.

—Es cierto, hija. El ejemplo de Juan Huss es categórico al respecto.

—¿Quién fue Juan Huss?

—Fue un reformador religioso checo al que, por negarse a abjurar de sus escritos, se le quemó vivo el 6 de julio de 1415. Cuenta la historia que cuando era muy joven, una noche de invierno, mientras leía la vida de San Lorenzo —mártir romano que murió asado en una parrilla—, se exaltó a tal punto su imaginación al considerar el valor con que el santo

sufría los dolores de su atroz martirio, que metió su propia mano entre las llamas del hogar. Uno de sus discípulos lo contuvo, diciéndole que por qué hacía aquel disparate, y el futuro incinerado le contestó: "Ensayaba hasta dónde sería yo capaz de soportar los tormentos que sufrió San Lorenzo".

—¿Dices que a Juan Huss lo quemaron vivo?

—Sí, hija. La hoguera que lo consumió fue encendida en la plaza pública de la ciudad de Constanza, precisamente el día de su cumpleaños. Dicen los historiadores que al entrar a la pira y luego en plena lumbre, dio pruebas de gran entereza y que la mantuvo hasta los últimos momentos, tal y como lo había hecho San Lorenzo...

—Aunque ello sea heroico, es muy duro recordarlo...

—Al futuro —dije—, al porvenir, hay que afrontarlo siempre a la manera de Alejandro Magno. Los presagios, los oráculos, las adivinaciones, los vaticinios, las profecías, los horóscopos, no deben detenernos jamás en nuestros buenos propósitos. Dice la historia que cuando el gran macedonio se aprestaba a salir a la conquista del Asia, le aconsejaron que antes de acometer la formidable empresa consultara el Oráculo de Delfos. Y que sólo en caso de que el presagio le fuera propicio diera la orden de marcha.

Detúvose, pues, Alejandro, en Delfos y pidió consultar al Oráculo. Pero la pitonisa se negó a subir al trípode, alegando que era ya muy tarde y se hallaba cansadísima. Alejandro, ansioso de iniciar la conquista soñada, tomó de los cabellos a la agorera y a viva fuerza la arrastró hacia el trébedes mágico.

—¡Nada hay que se te resista!... —gritó ella. A lo que, saltándola, contestó el guerrero:

—¡Basta con ese oráculo; no necesito más!...

Magdalena Mondragón y la Caja de Arquímedes

Discurso pronunciado en el auditorio de la escuela de bachillerres Venustiano Carranza de la Universidad Autónoma de Coahuila, el día 22 de septiembre de 1989, en ocasión del póstumo homenaje a la periodista y escritora torreonense Magdalena Mondragón Aguirre.

Amable auditorio:

“El espíritu está pronto, pero la carne es débil.” Con estas palabras, dulces pero firmes, Jesús el Nazareno le reprochó a sus discípulos en el Monte de los Olivos que se hubiesen quedado dormidos en vez de velar durante una hora, en la noche terrible de la traición de Judas Iscariote.

Tres veces acudió el Redentor a despertarlos de su placido sueño. Y no fue —desde luego— porque a Pedro, Santiago y Juan les faltase espíritu religioso, o que su fe careciera de envidia, o que no se hubiesen dado cuenta de la gravedad de aquellas horas sombrías. Pero su carne era débil y la soñolencia resultó invencible.

Igual sucedió con el legado que Magdalena Mondragón le hizo a Torreón por conducto de la Venustiano Carranza. Los apóstoles del estudiantado se quedaron dormidos en vez de velar en aquellos tremendos días de agitación y alboroto, con lo que pudo consumarse la traición de Judas. Pero no se debe imputar a esa generación estudiantil que fuera pobre de espíritu, o que no tuviera fe en la cultura torreonense, o que no sintiera devoción por Magdalena. Simplemente el espíritu estaba pronto, pero la carne fue débil, con lo que algunos con alma de Judas sucumbieron a las tentaciones.

Que nuestro reproche sea, pues, como el del Cristo: suave, pero firme.

En las tareas del periodismo —como en las angustias del huerto de Getsemaní— hay que sacudir la modorra, velar perpetuamente y aún orar para no caer en la tentación.

El periodista ha de ser ágil, activo, despierto, audaz, inteligente y valeroso. Debe estar alerta, no sólo a los acaeceres cotidianos, sino a las inquietudes de la comunidad. Debe interesarse en las necesidades, y aspiraciones populares, para encauzarlas. Debe ser fuerte para afrontar las amenazas de los caciques y firme para eludir la tentación de los cohechadores.

No siempre el periodista que más ataca es el más valiente. Hay plumas pagadas que no corren otros riesgos que los inherentes a los treinta dineros de Judas. Pero hay otros que sufren atentados, persecuciones y exilios.

Cuando el periodista Jacques René Hebert fundó el diario *El padre Duchesne*, en París, lo dotó de un lenguaje soez y agresivo; y en sus columnas, que destilaban odio, atacó furioso a diestra y siniestra, llevando a la guillotina a centenares de “montañeses” y de “jacobinos”. Un día encabezó a las masas populares y penetró con ellas en la residencia real de las Tullerías. Pero no era porque fuese atrevido. Es que sentíase omnipotente. La presencia misma de la multitud lo alentaba y le daba vigor para marchar con ella. La fuerza del Club de Los Cordeleros, al que pertenecía con Dantón y Camilo Desmoulins, le animaba para llenar de vitriolo sus ataques.

Pero Robespierre, que lo protegía, lo hizo prender y fue condenado a morir en la guillotina. Y aquel periodista desbozalado, irritable, incontenible, se derrumbó estrepitosamente. Dice la historia que Hebert, al subir al cadalso, se amilanó tanto que dio muestras de una cobardía tan exagerada, que hubiera avergonzado a la mismísima marquesa Dubarry, que es fama que lloró, gritó y suplicó de rodillas le dejaran vivir... ¡un minuto más!

Magdalena Mondragón, la periodista torreónense cuya memoria venimos hoy a evocar, jamás dio muestras de cobardía ni de amilanamiento; se mantuvo al margen de las corrupciones y su brújula siempre apuntó hacia los desvalidos y rumbo a la justicia.

Cuando abrió para la mujer el campo del reportaje policiaco en el periódico metropolitano *La Prensa*, mostró una capacidad de trabajo, una avidez de noticias y un compañerismo tales, que sus colegas varoniles acabaron admirándola y respetándola, en vez de combatirla como lo habían hecho al principio. Y cuando dirigió el diario *Prensa Gráfica* mostró un valor rayano en la temeridad.

Fue luego reportera de la fuente de la Presidencia de la República, donde se requiere una gran preparación y cultura. Sus inquietudes se vieron reflejadas en sus columnas "Política al día" y "Política en solfa" que aún se recuerdan con elogios.

Magdalena en sus pláticas con frecuencia aludía a la comparación que se hace del periodista con un toro de lidia. "El toro bravo —decía— embiste con terquedad a pesar de los puyazos y las capas esquivas. No le asusta nada. La sangre que le mana a borbollones hace que se crezca al castigo y embista con mayor brío. Muge desesperado, pega al suelo la jeta y se lanza con furia tras la muleta."

"El toro dé lidia es como el buen reportero que, también, a veces muge desesperado pero que tampoco le teme a nadie ni a nada."

Y cuando alguien se dolía del sufrimiento del toro en las corridas, ella recordaba el verso sevillano que relata la conversación imaginaria que sostienen varios toros mansos que entran a la plaza para enchiquerar al bravo toro de lidia que acaba de ser indultado. En el verso andaluz, uno de los toretes se duele del destino de los toros lidiados. A lo que otro de los mansos replica: "Hay un destino peor. El de nosotros, pobres bueyes castrados..."

El campo de la literatura fue lo primero que atrajo el corazón de Magdalena. Desde muy joven gustaba de la poesía y se deleitaba con una buena prosa. Le cautivaba el lenguaje y estilo de la Pardo Bazán, de Azorín y de Anatole France. Pero desdenaba la poesía pesimista, del tipo de "La vida inquieta", de Paul Bourget, y, en cambio, gozaba con la romántica, delicada y pasional de Carolina Coronado, y repetía, degustándolo, "El último cáliz", del mexicano Donoso Arenas López.

Pero no se crea que Magdalena —como dicen ahora los jóvenes respecto de los viejos amantes de la literatura— se haya quedado dormida con Bécquer o Gutiérrez Nájera. Al contrario, como ocurre con los que en verdad tienen vena poética y capacidad, podía hacer poemas al modo antiguo y a la manera moderna. Uno de sus poetas favoritos lo era Ramón López Velarde, a quien no se puede imputar un estilo arcaico, pero tampoco ultraísta.

La Presidencia Municipal de Torreón, el Patronato del Teatro Isauro Martínez y la Universidad de Guadalajara, acaban de editar un pequeño pero bello y pulcro volumen en que se recogen las producciones de sus últimos años, cuando ya las pasiones juveniles amainaron y su intelecto alcanzó su máximo.

Ahora bien, por encima de su poesía, que es excelente, está su prosa, que es tersa, aterciopelada, amena. La fluidez de su narrativa hace fácil de leer cada una de sus obras. Lo mismo se lee con fruición *Puede que l'otro año* —novela sobre La Laguna— que fue premiada por el Ateneo Mexicano de Mujeres; que *Yo como pobre...*, sobre la vida en los tiraderos de basura de la ciudad de México, premiada en Nueva York como el mejor libro del mes; o *Más allá existe la tierra*. Editó unos veinte libros, todos ellos de magnífica factura.

Incurrió en el teatro. Entre sus obras destacan: *Cuando Eva se vuelve Adán* y *La sirena que llevaba el mar.*, *En la primera de ellas, invoca la lucha feminista por su emancipación y en la segunda muestra la persistencia del hábito poético que toda su vida alentó el alma de Magdalena.*

Magdalena Mondragón nació un lunes 14 de julio de 1913, en una casa de dos pisos ubicada en la calle Galeana, entre las avenidas Matamoros y Morelos, de esta ciudad, frente a la plazuela Juárez. Era hija del doctor Adolfo Mondragón y de la señora Delfina Aguirre Soto.

Hizo su instrucción primaria en la escuela local Benito Juárez y la secundaria en escuelas de señoritas de Piedras Negras y San Antonio, Texas.

Regresada a esta ciudad, se inscribió en la academia comercial del Colegio Hidalgo, del profesor Teodoro Verástegui, que estuvo situada en la esquina de calle Acuña y avenida

Matamoros. Al graduarse de secretaria estenógrafa y contadora privada, ingresó al periódico *El Siglo*, que entonces estaba ubicado en el número 418 sur de la calle Múzquiz, como secretaria del gerente, don Antonio de Juambelz.

Allí empezó también su carrera periodística. Publicó una columna de denuncia social, que tituló "Sin malicia" y que firmó con el seudónimo de Magdala.

Pero sus ambiciones literarias eran ya amplísimas, a pesar de que el nivel cultural de Torreón era modestísimo. Formó un primer grupo literario con Octavio Rivera, Enrique Borrego y Enrique Mesta. Y, como Mesta, que era jefe de redacción de *El Siglo*, y se había casado con Magdalena, no se atrevió a renunciar a su puesto para irse a la capital en busca de fortuna, se divorciaron y Magdalena en unión de su madre, doña Delfina, y su hermana menor, Ofelia, marcharon a la metrópoli, no sin antes malbaratar sus pertenencias.

Delfina, su madre, tenía por entonces un establecimiento de cultivo y venta de plantas de ornato, ubicado en avenida Morelos, entre las calles Ramón Corona y Leona Vicario, donde también criaba canarios finos y zenzontles. Todo ello se vendió a las volandas, y muchos muebles, al no poder venderse rápidamente, se mandaron empeñar en los montepíos La Equidad y El Faro.

Magdalena jamás olvidó a Torreón. Su Torreón. El humo del incienso de sus victorias jamás le nubló la vista. En los últimos meses de su existencia buscaba comprar una casa en Torreón para establecerse definitivamente y morir aquí. Pero las Parcas no se lo permitieron. Cloto se negó a seguir hilando y, con ello, Láquesis cesó en el devanado de un hilo que, por el cáncer, se agotaba rápidamente. Finalmente, el 5 de julio de 1989 —nueve días antes de que cumpliera los 76 años— Atropos, mediante un síncope cardíaco, cortó de súbito la delgada hebra que aún retenía en la tierra a la escritora.

En el velorio de su cadáver, previo a su cremación, efectuado en la Agencia Gayosso de las calles de Sullivan en la ciudad de México, se reunió la flor y nata de los coahuilenses radicados allá, y artistas y literatos amigos de Magda.

Don Nazario S. Ortiz Garza, exgobernador de Coahuila, le preguntó a Ofelia, la hermana de la extinta, por qué se iban a colocar las cenizas de Magdalena en un panteón de la capi-

tal, en vez de enviarlas a Torreón como una suprema reliquia. Ofelia respondió que nadie se lo había pedido.

Por conducto del licenciado Francisco López Serrano, y éste del licenciado Raymundo de la Cruz López, don Nazario consiguió el número telefónico del presidente municipal de Torreón, para pedirle que en sesión solemne del cabildo se acordase pedir la traída a Torreón de esas sacras cenizas y aun sugirió que se le hiciese un homenaje, no sólo municipal, sino estatal.

Magdalena era práctica y rápida en sus decisiones, pero jamás dejó de soñar. Quiso impulsar la cultura torreonense y decidió que sus bienes culturales: libros, pinturas, trofeos, esculturas, pasasen a ser propiedad de Torreón. Y entregó sumas de dinero, que depositó en un banco, para que con sus intereses la ciudad pudiese editar obras que contribuyesen a aumentar nuestro acervo cultural, y editar la obra de autores locales que carecieran de medios para publicarlos. El primer libro que se está editando con ese fondo fue escrito por Enrique Mesta y está a punto de ver la luz pública.

Recuerdo que un día —hace sesenta años— platicábamos en el balcón de su casa frente a la plazuela Juárez. Ella condenaba el pensamiento descreído, desvergonzado y a veces violento pero de buena factura, de Vargas Vila. Yo elogiaba la narrativa de Pierre Loti en *Las desencantadas*, que acababa de leer. De pronto ella me dijo:

—¿Has leído *El criticón*, de Baltasar Gracián?

—Sí, Magdalena. Me lo prestó Octavio. A veces es muy duro en sus juicios, pero tiene una imaginación sobrenatural. Su fantasía es deliciosa...

—Entonces recordarás que cuando los protagonistas Critilo y Andrenio recorrieron la dilatada campiña de la Ociosidad y los prados de los Vicios, se encontraron ante la tenebrosa Cueva de la Nada, sepultura de los vivos descarriados y donde los que nunca fueron nada, ni hicieron nada, ni aspiraron a nada, vienen a parar en nada, y son arrojados en esa cueva siniestra y a oscuras, donde no podrán ver nada ni serán nada, pero eternamente. Tiene razón Gracián. No debemos resignarnos jamás a ser nada. Hemos de aspirar a ser alguien, a no vivir y morir en perpetuo anonimato. Yo, en

cuanto pueda, volaré como las golondrinas en busca de más amplios horizontes. Pero, como los salmones, uno debe recordar y volver al sitio de su nacimiento.

—Magdalena —le dije— olvidas lo mejor de *El criticón*. Recuerda que Critilo y Andrenio, al contemplar luego desde una de las siete colinas la gran rueda del Mundo y del Tiempo, lo hicieron valiéndose de la Caja de Cristales de Arquímedes, que había sido construida para mirar, pero no con los ojos físicos del cuerpo, sino con los ojos del alma. Con esa cajita se veían en la rueda todas cuantas cosas hay, ha habido y habrá en el mundo.

—Sí, —contestó Magdalena—. Todo mundo puede, si se lo propone, huir de la Cueva de la Nada. Pero sólo los poetas y los sabios pueden mirar el mundo con la Caja de Cristales de Arquímedes.

Hoy, que la escuela de bachilleres Venustiano Carranza, de la Universidad Autónoma de Coahuila, rinde fervido homenaje póstumo a la distinguida literata, los estudiantes de este plantel, bulliciosos e inquietos por su misma juventud, deben hacerse dos propósitos. Primero: pedir formalmente al Ayuntamiento local que secunde la iniciativa de don Nazario S. Ortiz Garza para que sean traídas a nuestra ciudad las cenizas de Magdalena Mondragón Aguirre. Y, segundo: hacerse el propósito, cada uno de estos jóvenes bulliciosos y alegres, de evitar, con el estudio, la oprobiosa Cueva de la Nada, y buscar, dentro de su corazón y su conciencia esa Caja de Cristales de Arquímedes que ha de transformarlos en un sabio o en un artista.

Índice

Carta a Joaquín Sánchez Matamoros.	7
<i>Felipe Garrido</i>	
A manera de prólogo.	9
¿Quién fue el niño héroe que se arrojó envuelto en la bandera.	11
Las albacoras del patriotismo.	14
Mexicanas excelsas.	18
La magia de unos ojos hermosos.	21
La tiple Cecilia Cavero.	24
EL hechizo de las amazonas.	28
Envidias corrosivas.	32
En el lecho de muerte.	35
Los testarudos ilustres.	38
Astros que surgieron del abismo de la pobreza.	42
Los zapatos rotos de Linneo.	45
El sexo débil.	48
Locura de amor.	50
Por encima de la adversidad.	54
Señor, ¿por qué hiciste al tigre...?.	57
Panegírico de la fealdad.	61

Diálogo de la vejez.	64
Sopas de su propio chocolate.	67
Hazañas que parecen increíbles.	71
Recordemos al sabio Bertrand Russell.	73
El peor de nuestros hallazgos.	76
Bienaventurados los que han pasado hambre.	78
Desafíos inolvidables.	81
Un deleite pagano.	84
Contrastes dolorosos.	88
La campana de Nagasaki toca a rebato.	91
La maravilla del siglo XX.	95
Cuatro burlas sarcásticas.	98
Desafío en la cumbre de las matemáticas.	100
Bienaventurados los que llevan un Dios interior.	102
Bromas sarcásticas y crueles.	104
Rascacielos de antes de Cristo.	106
Los grandes infortunios.	110
Miedos cervales.	113
Los presagios en la historia.	115
 Magdalena Mondragón y la Caja de Arquímedes.	 119
<i>Discurso pronunciado el 22 de septiembre de 1989</i>	

Cuesta de la Fortuna

Títulos publicados

Salomón Atiyeh, *Realidad inadmisible*

Guillermo Estrada Berg, *Exposición de ruta*

Jaime Muñoz Vargas, *El augurio de la lumbre*

Fernando Ramírez López, *Pruebas de descargo*

Francisco Emilio de los Ríos, *Antología del soneto*

Saúl Rosales Carrillo, *Vuelo imprevisto*

Joaquín Sánchez Matamoros, *Espigas de oro de la historia*

Espigas de oro de la historia se terminó de
imprimir en noviembre de 1990 en los talleres
gráficos de la Dirección de Publicaciones de la
Universidad de Guadalajara.
Tiro: 1 000 ejemplares.

En este libro conmovedor, Joaquín Sánchez Matamoros nos propone una lección de vida: sigamos los pasos luminosos del héroe, capaz de vencer la adversidad, de avanzar sin perder de vista el ideal. A través de las lecciones que nos brindan los grandes, y a veces los no tan grandes personajes de la historia, Sánchez Matamoros construye un exquisito mosaico de tan alto valor por su peso moral como por su amenidad, erudición y sentido del humor.

Aunque asistió a la escuela hasta solamente el 6° año de primaria, Joaquín Sánchez Matamoros (Torreón, Coah., 1914) es uno de los pilares culturales de La Laguna. Ha sido presidente de la Sociedad de Estudios Matemáticos y Ciencias Afines de La Laguna, miembro del Ateneo Lagunero, catedrático de cálculo infinitesimal, geometría analítica, cosmografía y elocuencia, y pertenece a The Planetary Society, que encabeza Carl Sagan. Ha recibido las más altas preseas regionales en los campos de la investigación, las ciencias y la literatura, así como por servicios en el terreno de la cultura. Es autor de los libros *Minutos culturales* y *Maravillas del universo* y, desde 1932, de artículos que han aparecido casi sin interrupción, cada semana, en *El Siglo de Torreón*.



Cuesta de la Fortuna